

A steam locomotive is the central focus, positioned in a snowy, wooded landscape at night. The locomotive's headlight is illuminated, casting a warm glow. The scene is decorated with numerous small, glowing stars and lights, creating a magical, festive atmosphere. The locomotive's number, 486, is visible on its side.

HAIZEA LÓPEZ

tren
**EL DE LA
MEDIANOCHE**

**EL TREN DE LAS ALMAS OLVIDADAS
SIEMPRE SE DETIENE A MEDIANOCHE.
ESPERA A SUS PASAJEROS CON
PACIENCIA, SIN PRISA...**

EL TREN DE LA MEDIANOCHE

HAIZEA LÓPEZ

1.ª EDICIÓN SEPTIEMBRE 2016

2.ª EDICIÓN AGOSTO 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2016 HAIZEA LÓPEZ

ISBN: 9781718173415

Sello: Independently published

Las cosas que nunca sucedieron tienen, en ocasiones, consecuencias tan reales como aquellas que se consiguieron.

Charles Dickens

Un millón de gracias a esas compañeras de letras que siempre están ahí para ayudarme, aconsejarme y hacer que siga adelante. Sin ellas, todo sería más costoso. Raquel Cruz, por escucharme, animarme y compartir todas las

locuras que se me pasan por la cabeza, (¡qué paciencia la tuya!).

Otro millón de gracias a mi compañero de vida y de sueños, Christian. Sin él nada tendría sentido. Gracias por obligarme a sacar tiempo de donde no hay y por estar a mi lado siempre. Te adoro.

Y por último, gracias a ti, lector. Por apoyarme a mí y darle una oportunidad a este librito que tienes entre las manos.

PREFACIO

El tren de las almas olvidadas siempre se detiene a medianoche. Espera a sus pasajeros con paciencia, sin prisa... Sí, el tren de las almas olvidadas nunca tiene prisa. No tiene a dónde ir, pero siempre busca rutas que recorrer.

Cuando el tren se detiene en la estación, todas las luces se apagan, el ruido desaparece y tan sólo se escucha el agónico murmullo de las almas perdidas. Albert era la tercera vez que montaba en él, por tanto, sabía de antemano lo que se iba encontrar...

Las mantas todavía están pegadas a mi piel y la oscuridad tiene teñida mi habitación de negro. Me niego a abandonar mis sueños aunque hace rato que les he dicho adiós. Escucho los tacones de mi madre aporreando la madera del suelo, los gritos de Irina quejándose del desayuno y las suplicas de Rose para que se coma las tostadas. No, no quiero abandonar mi cama. No quiero ir a ningún lado.

Mi madre no tarda en aparecer, enfadada, suplicándome que me levante de la cama y me arrastre hasta la ducha. No quiero discutir, así que obedezco sin rechistar.

Mamá sigue en mi habitación, atosigándome, para liberar los nervios que la llevan consumiendo varios días.

—¿Dónde está tu maleta, Jake? —me pregunta, alterada, mientras eleva las persianas—. Por favor, Jake, dime que has preparado la maleta.

—Sí, mamá —respondo adormilado— la dejé en el salón.

Ella suspirada aliviada, me mira con los ojos repletos de desesperación y abandona mi habitación sin añadir nada más.

Mientras me ducho, mi cabeza tantea varias posibilidades: ¿y si me hago el enfermo? ¿Me dejará quedarme en casa? Lo dudo, pero he decidido intentarlo. Me resisto a marcharme a ninguna parte.

Cuando bajo a desayunar, me encuentro a mi hermana sentada en la mesa de la cocina, llorando como una magdalena mientras Rose le ordena que se termine el desayuno. ¿Nunca cambiarán las cosas en esta casa?

—Hola —saludo pasivo.

—Buenas días, Jake —me responde Rose, que parece todavía más alterada que mamá—. ¿Quieres tostadas? ¿Cereales?

—No, gracias. Me duele un poco el estómago.

Bien, muy bien, sonrío para mis adentros. Mi plan está en marcha. La operación “cancelación del viaje navideño” se ha puesto en funcionamiento. Rose me observa de hito a hito, extrañada, nunca digo que no a un tazón de cereales....

—¿Te duele el estómago? —repite— ¿quieres una manzanilla?

—No, gracias. Creo que ahora mismo mi tripa no admite absolutamente nada... —replico con un gesto lastimero.— Tengo ganas de vomitar.

—¡Yo también! —grita la pequeña Irina—. ¡Yo también tengo ganas de vomitar! ¡No quiero comer más tostadas!

—¡Nena, termina de comerte las tostadas, por favor! —le responde Rose, poniendo los ojos en blanco.

Las dejo a solas, discutiendo. Sé por experiencia que mi hermana pequeña puede llegar a ser insufrible, aunque también sé que Rose puede llegar a convertirse en tu peor pesadilla.

Cuando salgo de la cocina, me fijo en las cuatro maletas beige que esperan pacientes en el pasillo... ¡No! Definitivamente, lo último que me apetece es pasar las vacaciones de navidad en casa del tío Albert.

Me tumbo en el sofá haciendo gala de mi mejor actuación; no puedo dejar pasar ninguna oportunidad. Hago un ovillo con mi cuerpo y ,agarrándome la barriga con fuerza, me retuerzo mientras suelto pequeños alaridos. . ¿Por qué mamá no me dejará quedarme en casa? ¡Ya soy mayorcito para decidir qué narices quiero hacer!

—¿Qué haces en el sofá, Jake? ¿No has desayunado? —pregunta mi madre, que me está observando con cara de circunstancia desde el umbral del salón.

—Me encuentro fatal, mamá —respondo, sin levantar la mirada— me duele mucho el estómago.

La escucho suspirar y, unos segundos después, el ruido de sus tacones alejándose resuena en mi cabeza.

¡Oh, no! Esto no pinta bien. No creo que me deje quedarme en casa.

—¡Quiero abrazar al tío Albert! —la voz de mi hermana se reproduce

como un inmenso pitido, arrollador para mis oídos.
Mamá se gira y le sonrío.

Viajamos todos en el mismo coche, en el monovolumen. Rose conduce, concentrada, sin prestar ni la más mínima atención al alborozo de Irina, mamá tiene el ordenador en su regazo y está repasando unos archivos del trabajo y yo..., bueno, mis intentos han fracasado y aquí estoy, sumergido en un viaje interminable, rumbo a casa de un tío al cuál no tengo ganas de visitar.

Estoy pegado a la ventanilla, observando el cielo y aquello que vamos dejando atrás. ¡Mierda! ¡No me he despedido de John! Bueno, supongo que mamá habrá hablado con su madre.

John es mi mejor amigo y mi compañero de clase. Llevamos juntos desde preescolar y no estamos acostumbrados a distanciarnos más que el tiempo justo y necesario. Le echo de menos.

Esta última semana no nos hemos visto, porque él ha estado enfermo y no ha venido al colegio... me pregunto si estará mejor.

—Mamá —murmuro, sin apartar los ojos del cristal— ¿has hablado con la señora Jones?

Mamá no me contesta, ni siquiera se inmuta. Continúa con los ojos clavados en la pantalla del ordenador, sin prestarme atención.

—¿Mamá? —insisto.

Irina se está riendo de mí. Tiene una risa maliciosa e irritante, aunque puede llegar a tornarse graciosa y contagiosa, así que pocos segundos después, me estoy riendo junto a ella.

—¡Mamá! —exclama Irina, sin contener la risa.

Rose suelta una tremenda carcajada y mi madre levanta la mirada, curiosa y ansiosa.

—¿Qué pasa chicos? —pregunta, distraída.

Todos nos estamos riendo, menos mamá, que tiene una ceja arqueada y nos repasa a con expresiva curiosidad.

Tal vez estaba confundido y no sea tan horrible como pensaba, quizás hasta me lo pase bien.

Ya llevamos dos horas de viaje y mi pequeña hermanita está dormida. Todavía no hemos parado para descansar y mi vejiga parece estar a punto de reventar... ¡Necesito ir al baño! Pero no me puedo quejar en voz alta, porque

antes de salir de casa Rose nos ha dicho tropecientas veces que fuésemos al servicio, que luego no pararía por nosotros. Rose es así, siempre cumple lo que dice. Así que de nada me serviría pedirle que parase.

Rose es la hermana mayor de mamá, nuestra tía Rose Mary. Irina y yo la conocimos hace tres años, cuando papá murió y ella se mudó a nuestra casa. Como ninguno de los dos había oído hablar de la tía Rose hasta entonces, nos negamos a llamarla tía y la llamábamos Rose, a secas.

Por aquel entonces, yo no estaba muy bien, me portaba bastante mal con mamá y no aceptaba a Rose en la familia, ¡era una completa desconocida! ¿Qué esperaba mi madre? Acababa de perder a papá y ya tenía suficiente que asumir, como para aceptar y conocer a un nuevo miembro de la familia...

—Sí, soy Elizabeth. Necesito que me mandes un email con un informe completo del proyecto..., no entiendo las estadísticas de la gráfica, Karen..., ¡los porcentajes no deberían ser tan bajos!

Mamá está hablando por teléfono y su voz suena irritada. Creo que habla de asuntos del trabajo, no estoy seguro. Siendo sincero, ni siquiera sé muy bien de en qué consiste el trabajo de mamá.

—No, Karen, no. —suspira—. Lo necesito ahora mismo..., espera un momento, Karen, no cuelgues el teléfono —mamá se quita el teléfono de la oreja— Rosy, ¿puedes parar en el siguiente merendero?

Rose asiente con la cabeza. ¡Sí, sí, sí! ¡Vamos a parar y podré mear! ¡No voy a explotar! No me estallarán los riñones, ni correré el riesgo de bajar del coche con un cerco en el pantalón. Gracias a Dios el universo se ha alienado a mi favor para que el resto del viaje sea un poquito más llevadero.

—Tengo que colgar Karen, te llamo en un rato.
Mamá suelta el teléfono cabreada y Rose aparta la mirada de la carretera para analizarla.

—Vale, Buffy, se acabó eso de trabajar en vacaciones —susurra Rose— ¿entendido? Ahora te toca disfrutar, relajarte y pasar el rato con los chicos.

Mamá frunce el ceño y suspira de nuevo. Parece muy malhumorada. Revuelve nerviosa su bolso, buscando algo, y aparta la vista antes de responder a Rose.

—Claro, una llamada más y se acabó.
Las dos sonrían.

Se me hace raro escuchar a Rose llamar Buffy a mamá; creo que es un diminutivo de Elizabeth, o un sobrenombre... O tal vez sea un simple apodo de la infancia, pero siempre me resulta extraño. Al fin y al cabo, son hermanas y se han criado juntas, no debería de sorprenderme.

Creo que Rose y mamá se distanciaron por culpa de papá. Parece ser que a Rose no le caía muy bien mi padre, o eso me pareció escuchar el día de su funeral. Si bien, no me interesa. ¿Por qué debería de importarme? Rose no le conocía. En doce años no recibimos ni una visita suya, ni un regalo navideño, ni una llamada telefónica... Así que no considero que pueda tener voz ni voto para opinar o hacer comentarios sobre él.

El monovolumen se ha detenido y estamos en un merendero rodeados de pinos, abetos y mesitas de madera. Es un sitio bastante agradable y se respira tranquilidad.

—Despierta a tu hermana y aprovechar para ir al baño —ordena mamá. Yo obedezco y despierto a Irina, que refunfuña y me pega un manotazo sin querer.

—Despierta, boba... Doña perfecta ha parado el coche para hacer un descanso —le digo, mientras la zarando.

—¿Doña qué? —pregunta soñolienta, sin entenderme.

—Rose, ha parado el coche para hacer un descanso —repito, mientras salgo disparado del coche en busca de un lugar dónde orinar.

A veces creo que mi hermana es un poco lenta. Siempre hay que ser literal con ella porque no es capaz de captar ninguna broma e ironía. En ocasiones me pregunto si yo a su edad era igual o simplemente ella es así. ¿Se le caería a mamá de los brazos siendo bebé? Un golpecín, tal vez...

Mientras mamá discute con su secretaria por teléfono, Irina y yo exploramos la zona y nos entretenemos recopilando las piñas caídas.

—Podemos decorarlas y pintarlas —me dice— y luego colgarlas en el árbol de navidad del tío Albert.

Irina adora al tío Albert, aunque es normal, porque el tío Albert la tiene muy mimada. Se dedica a comprarla regalos de toda clase y a darle aquello que pide. Sí, el tío Albert mima demasiado a Irina..., a su niña pequeñita.

A veces no puedo evitar sentir un poco de celos, porque el tío Albert no

suele prestarme mucha atención. Supongo que es lo normal, porque ya estoy crecídito y he dejado de ser un niño.

Recuerdo que, cuando era pequeño, sí que me prestaba mucha atención; hacíamos juntos maquetas de trenes y cada noche me contaba fantásticos cuentos de magia y de fantasmas... ¡El tío Albert y sus historias! Siempre tiene relatos que contar.

—Podemos pegarles lacitos rojos y bañarlas en purpurina —imagina, mientras observa con entusiasmo una de las piñas— seguro que quedan muy bonitas...

—Seguro que sí, enana.

Se la ve tan entusiasmada con la idea que esta vez no puedo evitar ser agradable por una vez.

—¡Jake, odio que me llames enana! —protesta, enfurruñada.

2

Después de cuatro largas horas de viaje, al fin hemos alcanzado el sendero que lleva a la casa del tío Albert. Hemos dejado la antigua y roñosa estación de ferrocarril y las cuatro rojizas casitas mal hechas tras nosotros.

Por fin puedo divisar en lo más alto de la colina la mansión de nuestro tío. ¡Dios mío, cada año parece más enorme! O al menos no la recordaba así. Sus paredes blancas, están camufladas entre la blanquecina nieve y lo único que evita que pase desapercibida entre el descampado que la rodea es el tejado, azul cielo, que parece pertenecer a otra estación más calurosa y se niega a adaptarse al frío invernal. Desde aquí, observo el taller de madera —el cobertizo— en el que tío Albert fabrica sus maquetas, que parece encontrarse en un estado nefasto y descuidado.

—¿Tenéis ganas de ver al tío Albert? —pregunta mamá.

—¡Sí, sí! —exclama Irina, eufórica— ¿Qué crees que me habrá comprado por navidades, Jake?

—No lo sé, tonta... ¡No soy adivino!

Irina frunce el ceño y me mira cabreada. Cuando pone esas caras es tan graciosa, ¡qué no puedo evitar reírme!

—Mamá, ¡Jake me ha llamado tonta! — se queja.

Un móvil ha empezado a silbar y mi madre está buscando el provenir del sonido por su bolso. Irina me mira cabreada y yo le saco la lengua, divertido. Mamá nos ignora. A veces hacerla rabiar es tan divertido, que podría tirarme así todo el día. ¡Ventajas de ser el hermano mayor!

—Mamá, Jake no me deja tranquila —se vuelve a quejar.

—¿Karen? Sí, sí. Ya lo he revisado...

—¡Mamá! —Reclama Irina— ¡Jake me ha llamado tonta! — dice cada vez más alto.

Mi madre está al teléfono y su cara refleja preocupación. ¿Cuándo dejará de trabajar un rato para prestarnos atención?

Siempre es igual. En vacaciones promete que pasará más tiempo con nosotros, aunque luego nunca cumple su palabra. Se pasa el día colgada al teléfono o mirando emails en su ordenador.

Rose suele ponerse de nuestra parte y la regaña por trabajar tanto pero... no cambia nada. Nunca cambiará.

—Jake, por favor, deja a tu hermana en paz —murmura Rose, que parece desesperada con tanto ruido a su alrededor — . Y no gritéis, vuestra madre está al teléfono.

Ignoro con descaro a Doña Perfecta y le pego un pellizco en el brazo a mi hermana, que salta del asiento gritando a pleno pulmón:

—¡MAMÁ! ¡Dile de una vez a Jake que me deje en paz!

Mi madre se da la vuelta y nos fulmina con la mirada, sin decir mediar palabra. Ya sabemos los dos que “mientras trabaja o está al teléfono no podemos hacer nada de ruido”, así que guardamos silencio lo que queda de trayecto.

Las cinco enormes chimeneas están encendidas y el humo que sale de ellas juega con el viento mientras se aleja de la mansión. No llueve, pero la tremenda aglomeración de nubes grisáceas nos avisa del próximo chaparrón que va a caer, seguramente, dentro de muy poco tiempo.

El mayordomo del tío Albert está descargando nuestras maletas del monovolumen. No recuerdo su nombre, creo que se llamaba Stephen o algo así.

Irina se baja del coche muy emocionada y da un par de vueltas sobre sí misma, observando todo con un pequeño “oh” esbozado en los labios. Mamá sigue al teléfono, discutiendo con Karen, y Rose está saludando a Stephen (si es que se llamaba así).

Un hombre de mediana edad, con el pelo canoso y unos ojos azules muy expresivos nos observa con una sonrisa inquieta en los labios desde la puerta principal de la mansión. ¿Es el tío Albert? ¿Se ha dejado barba?

—¡Tío Albert! —saluda mi hermana, entusiasmada.

El hombre abre los brazos como si estuviese esperando un abrazo, e Irina echa a correr hacia él con la enorme bolsa de piñas balanceándose en uno de sus brazos.

¡Dios mío! Al tío Albert le queda realmente mal la barba, ¡parece un viejo!

Mamá le está saludando con la mano, distraída, mientras continúa regañando a la pobre Karen. No sé porqué, pero de repente siento una terrible lástima hacia Karen... ¡Pobre! Mamá siempre la está gritando y ordenándole que haga cosas... Y aunque a nosotros no nos presta mucha atención, por lo menos no se pasa las horas pegándonos bocinazos en el oído.

—¿Vamos a saludar al tío Albert, Jake? —me pregunta Rose, sacándome de mis pensamientos.

Asiento con la cabeza y los dos juntos nos encaminamos hacia la puerta principal de la mansión.

El tío Albert tiene a mi hermana aupada en brazos; la está achuchando y besando, mientras ella se agita en sus brazos y le informa de que “la está dejando llena de babas, puagh”.

—¡Oh, Rosy! —exclama tío Albert, mientras suelta a Irina y la deja en tierra firme.— ¡Y mi sobrino Jake! ¡Qué mayor estás, colega!

—Tío Albert —saludo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Rose le da un pequeño abrazo al tío y éste le devuelve un par de besos entusiastas.

—¿Qué te apetece hacer hoy, colega? —me susurra en la oreja—. Tengo una maqueta a medias, ¿te apetece acabar de construirla conmigo?

¡El tío Albert y sus maquetas! No puedo reprimir una pequeña risita y asentir con fervor..

—¡Tío Albert! —exclama Irina—. ¡Quiero ver mis regalos de navidad!

Ha empezado a llover y todavía estamos en la calle esperando a mamá, que sigue al teléfono gritando a Karen mientras el mayordomo la resguarda con un viejo paraguas grisáceo. Parece que no tiene intenciones de colgar el teléfono, ni de acercarse a la casa, así que el tío Albert nos invita a pasar dentro y dejamos y la dejamos atrás.

La casa es espectacular. Tiene una grandiosa entrada con paredes blancas, candelabros fulgurantes, lámparas de pie que parecen elevarse hasta el techo y pequeños pufs esparcidos aquí y allá.

Irina corretea por todas partes con los zapatos repletos de un fango verdoso y, allí por donde pasa va dejando tras de sí un rastro de huellas marrones.

—¿Y las maletas, Albert? —pregunta Rose— ¿no las ha traído Stephen?

Él frunce el ceño y mira hacia la puerta.

¡Sí, el mayordomo se llama Stephen! Me doy una palmadita a mí mismo, orgulloso de mi buena memoria.

—Se habrán quedado fuera —susurra— voy a buscarlas, ahora mismo vuelvo...

—Te acompaño —contesta— Esperadnos aquí, chicos. No quiero que correteéis por la casa.

—Deja a los chavales disfrutar, Rosy —le dice tío Albert, con una sonrisa de oreja a oreja.

Irina aplaude con ganas, entusiasmada. Se la ve muy feliz y no puedo evitar contagiarme de su buen humor. Creo que yo también empiezo a estar

ilusionado. Tal vez no haya sido tan mala idea venir.

—¿Puedo subir a ver cómo está mi habitación, tío? —pregunta mi hermana.

—¡Claro que sí, cariño!

Nuestras habitaciones están en el tercer piso, la de mamá y Rose en el segundo y la de tío Albert está alejada, en la torre.

Las enormes escaleras de caracol parecen no tener fin, no recordaba lo mucho que cansaba subir y bajarlas... ¿Cómo se las apaña tío Albert para recorrer la casa? Debería instalar ascensores o algo así. Sí, lo de los ascensores es una muy buena idea, así que me la apunto en mi bloc de notas ficticio para comentárselo luego.

Mi habitación está igual que la dejé; parece que nadie ha entrado en ella desde las navidades pasadas. Antes de marcharme dejé en el suelo una de las maquetas en miniatura de un ferrocarril y, allí sigue, tirada. La cama está hecha, la ventana entreabierta y el prototipo del tren fantasma del que tanto habla tío Albert sigue colgado del techo. Ninguna perturbación del orden, no ha cambiado nada. Aunque... ¡no hay polvo y huele a limpio! Así que sí que han entrado para limpiarla.

Me decepciona un poco saber que han estado husmeando en mis pertenencias, aunque conozco bien las manías de mi tío y no me sorprende en absoluto. Cada una de las mañanas en las que me he despertado aquí una de las chicas de la limpieza entraba para hacer la cama y ordenar mis pertenencias... ¿Por qué no iban a limpiarla en mi ausencia? Tío Albert es un obseso del control.

—No ha entrado ni un alma a lo largo del año, Jake —dice tío Albert, que está observándome desde el pasillo y parece haberme leído la mente—. Ayer le pedí a Susane que quitase el polvo y rehiciese la cama, y nadie más ha pisado la habitación desde que tú te fuiste. Te doy mi palabra.

—Gracias, tío.

¿Por qué le doy las gracias? Él sonríe, me guiña un ojo y se aleja en dirección a la habitación de Irina.

Todos los libros fantasmagóricos de Dickens siguen sentados en las estanterías y me alegra saber que no se los han llevado ni han ido a parar a ningún contenedor de basura. ¿Me regalará otro libro tío Albert por navidad?

¿O tal vez alguna maqueta?

El árbol de navidad es desmesurado; cuando lo he visto casi me muero del susto pensando que un bosque había invadido la casa. Ocupa medio salón y está repleto de perifollos navideños, con una colosal estrella fugaz decorando su pico. Es precioso.

Mamá está sentada en sofá, con el portátil encima de las piernas mientras teclea sin parar, Rose bebiéndose un chocolate caliente en taza e Irina se encuentra a los pies del árbol navideño, sentada en el suelo con todas las piñas esparcidas a su alrededor y un bote de pintura dorada a su derecha. Tío Albert a su lado, ayudándola a decorar las piñas y lo que no son éstas.

—¡Jake, muchacho! —me llama, mientras observo el charco de pintura que se ha ido formando alrededor de sus pies, colándose a través de las juntas de la madera del suelo— ¡Ven aquí a ayudarnos!

El tío Albert nunca cambiará, siempre será así de positivo y... ¿feliz?

Llevamos una docena de piñas doradas con purpurina y lacitos cuando Stephen aparece en el salón principal de la mansión. Tiene el pelo mojado y la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa? —pregunta tío Albert, alarmado, mientras deja caer el pincel.

—Señor, creo que debería de venir... Tiene visita.

Arquea una ceja y baja la mirada, pensativo... ¿Visita? ¿Quién más viene a visitar al tío Albert?

—Señor, debería de venir enseguida —repite el mayordomo.

—Ya te he escuchado, Stephen —responde con seriedad.

Inconscientemente, Irina le agarra una mano y le suplica con la mirada que no se marche. Mi hermana, que al igual que las piñas y el suelo, también tiene la nariz ataviada con purpurina y parece estar disfrutando como hacía tiempo que no hacía en casa.

—Todavía no hemos terminado de pintar todas las piñas, tío —susurra bajito, para que Stephen no pueda escucharla.

—Luego terminamos de pintarlas, cielo.

Irina hace un mohín y tío Albert se aleja.

Mamá no se ha inmutado continúa inmersa en su portátil, aunque Rose ya ha acudido al rescate y se ha sentado a nuestro lado para continuar la labor.

—¿Quieres pintar las piñas conmigo, nena? —le pregunta a Irina.

Mi hermana esboza otro pequeño mohín y asiente.

—Rose... —murmuro, pensativo— ¿en qué trabaja tío Albert?

Ella se encoje de hombros, ensimismada. ¿No sabe en qué trabaja?

—Chicos, ¿qué os parece si hacemos un juego? — nos pregunta.

—¿Un juego? —pregunta mi hermana, intrigada.

—Sí, un juego. —sonríe, con picardía—. Cuando mamá suelte el portátil, yo la distraigo y vosotros lo cogéis y lo escondéis, ¿vale?

Mi hermana asiente exageradamente con la cabeza, excitada por la travesura que vamos a cometer.

—Pero que no os vea cogerlo, ¿vale? Y hacéis lo mismo con el teléfono móvil.

Dos horas más tarde, mamá está hecha una furia. No deja de vociferar y buscar los aparatos. El tío Albert y Rose están sentados con mi hermana en el sofá y, sinceramente, parece que se lo están pasando en grande.

—¡No me hace ninguna gracia! —chilla mamá— ¿Qué habéis hecho con mi móvil? ¡Esto no me hace ninguna gracia!

—No te enfades Buffy, seguro que lo has dejado por ahí —le dice tío Albert, mientras le guiña un ojo a Irina.

—¡Con el trabajo no se juega! —patalea enfadada, mientras se cruza de brazos y los repasa con la mirada— ¿Qué habéis hecho con mis cosas? ¡Jake! ¡Ven aquí ahora mismo!

—Buffy... Jake no utiliza esas cosas —señala Rose.

¡Oh, sí! ¡Gracias por salvarme, Rose! Aunque, pensándolo bien, si mamá se enfada conmigo será culpa tuya, porque tú has tenido esta descabellada idea de...

—¡Quiero que aparezcan mis cosas! ¡Ya! —ordena— ¡Ahora mismo!

La oscuridad ha enterrado bajo sus garras los alrededores de la casa, y por mucho que observe desde la ventana, no consigo distinguir nada. Aunque hemos pasado una tarde agradable, ha costado lo suyo convencer a mamá para que dejase de trabajar y de vocear.

Tengo la extraña sensación de que éste será el mejor día de las vacaciones y de que todo lo que queda por venir será acompañado de una buena dosis de aburrimiento. Me habría gustado que John hubiese venido a visitar al tío Albert con nosotros pero... ¡No he llamado a John! ¿Cómo estará? ¿Se habrá recuperado de la gripe? Seguro que alucinaría con el abeto del salón. Me pregunto si mamá me dejará llamarle desde su móvil mañana...

Tío Albert ha aparecido en mi habitación para desearme buenas noches. Va vestido con una bata azulada y la expresión de su semblante delata con insolencia su cansancio. ¿Cuántos años tiene el tío Albert? ¿Cincuenta?

—¿Qué te pasa, colega? —me pregunta, intrigado.

—Echo de menos a mis amigos, sólo es eso.

Esboza una pequeña sonrisa nostálgica, como si comprendiese a la perfección mis sentimientos.

—¿Te aburres aquí?

—No, no es eso —respondo con rapidez.

¿Cómo demonios lo sabe? ¿Me está leyendo la mente? ¡No seas estúpido, Jake!

—Mañana quiero enseñarte una cosa —anuncia con picardía, mientras se sienta junto a mí—. Te llevaré de viaje.

—¿De viaje? —pregunto con expectación— ¿me vas a llevar de viaje? ¿Nos vamos a marchar?

Suelta una estrepitosa carcajada que hace brillar sus ojos. Ahora parece joven y divertido.

—¿A dónde?— insisto.

—Es un secreto —murmura— creo que ya estás mayorcito para las maquetas, ¿verdad?

—No, no... Me gustan tus maquetas, tío. Me gustan mucho.

Me levanto del sillón y agarró uno de los trenes que tío Albert y yo construimos el invierno pasado. Es bonito, la verdad es que me encantan sus maquetas.

—Quiero enseñarte un lugar... extraño —continúa— pero antes tengo que saber que estás preparado para descubrirlo.

—¿Preparado? —pregunto sorprendido. Ya soy mayor, estoy preparado para descubrir nuevos lugares, para marcharme de viaje sólo con tío Albert sin que venga mamá, ya no soy un niño asustadizo.

La curiosidad brilla en mi sonrisa y cada vez me siento más intrigado. ¿A dónde me quiere llevar? ¿Preparado? ¿A qué se referirá con estar preparado?

—Es un sitio completamente diferente a cualquiera que puedas conocer, Jake, aunque creo que a lo largo de los años te he instruido lo suficiente bien como para que seas capaz de afrontar la situación a la que te verás expuesto. ¿La situación? ¿Qué demonios significa “la situación”? ¿De qué narices me está hablando?

—Yo lo descubrí con un par de años más que tú, pero ya estoy viejo para volver, así que tendrás que regresar tú por mí.

—¿A dónde me vas a llevar, tío Albert?

—Ya lo verás mañana, muchacho —me dice, sonriente— no seas impaciente. Ahora duerme, anda. Mañana te espera un día largo.

Noto como el colchón se hunde y se mueve... ¿Qué pasa? Abro los ojos, desconcertado, y me encuentro a mi hermana pegando saltos de júbilo a mi lado. Está gritando “*ya es navidad, ya es navidad*” y tiene los ojos repletos de alegría. Cuando me incorporo, Irina me abraza y me besa la mejilla. Sí, mi hermana puede llegar a ser insufrible, pero también un encanto.

Salta de mi cama con total agilidad y corre hasta la ventana para elevar las persianas. ¡Dios mío! ¡Está nevando! ¡Está nevando un montón! Irina continúa pegando saltitos, eufórica, junto a la ventana, mientras observa cómo los copos de nieve bailan con el viento y tiñen todo de blanco. El paisaje que nos brinda mi ventana es precioso.

Antes de que pueda darme cuenta, tengo a mi hermana de nuevo en la cama

instándome para que me levante, quiere salir a la calle.

Me encanta verla tan exaltada, así que no puedo resistirme y me permito emocionarme yo también. ¿No estás mayor para estas cosas, Jake?

Irina me tiene agarrado de la mano y me arrastra escaleras abajo. Creo que quiere jugar con la nieve, pero los dos estamos descalzos y todavía llevamos el pijama puesto.

—Zapatillas, Irina —le digo, sonriente, mientras le aprieto la manita— necesitamos zapatillas.

Mi hermana se detiene en seco y se observa los pies. Mueve los deditos que están cubiertos por unos grosos calcetines azules y después clava su mirada en mí.

—Vale, sí, vale —tartamudea— voy a buscarlas. Te veo abajo, ¡date mucha prisa, Jake!

Suelto una carcajada mientras observo a mi hermana correr escaleras arriba, tropezándose con cada escalón.

—¡Date prisa, Jake! —me grita de nuevo, sin mirar atrás.

Tengo que admitir que en ocasiones puede llegar a ser adorable.

Llevamos más de una hora jugando con la nieve y mi hermana parece haberse olvidado de los regalos de navidad. Está haciendo un muñeco de nieve con Rose y tío Albert y, aunque parece estar muy entretenida, los dientes le castañean con fuerza. Me quedo mirándola y me doy cuenta de que todavía lleva el pijama puesto, aunque los pies los lleva bien protegidos con unas botas de monte.

Vuelvo a casa en busca de una chaqueta con forro polar y me encuentro a mamá sentada en uno de los puf de la entrada, hablando por teléfono.

—¡Feliz navidad, mamá! —exclamo gozoso.

Me sonrío y se lleva el dedo índice a los labios, haciéndome un gesto para que no levante la voz. Me quedo junto a ella unos minutos, esperando a que cuelgue para poder abrazarla... Pero parece ser que la conversación no va a terminar. ¿Tiene pensado dejar de trabajar el día de navidad, o piensa pasarse el día al teléfono?

No importa, ya estoy acostumbrado. Le sonrío y me despido con la mano; no voy a perder mi tiempo sentado en un puf mientras el resto de mi familia disfruta en el jardín.

Cuando regreso con la chaqueta al exterior, me encuentro a una Irina húmeda y hundida de pies a cabeza, lanzando bolas de nieve a doquier. Antes

de poder reaccionar, una estrambótica bola blanca que, seguramente, ha lanzado Rose hacía mí, se acerca a gran velocidad. No me da tiempo a cubrirme con la chaqueta de Irina y la bola se estampa en mi semblante... ¡Dios, me ha quemado la piel!

Busco a Rose con la mirada y la fulmino.

—¡No me hace gracia, Rose! —bramo, enfadado.

Noto cómo la sangre me sube a la cabeza y mi rostro comienza a ser un volcán en erupción, ¡arde! ¡Quema mucho! Me preparo para soltar cuatro palabrotas muy bien dichas sin importarme el qué dirán de después, cuando noto la fría y pequeña manita de Irina en mi pantalón.

—Toma, Jake, devuélvesela —me dice, mientras me entrega una pequeña bolita de nieve.

No puedo evitar sonreír, aunque estoy cabreado. Decido guardarme las palabrotas que había preparado para otra ocasión y me agacho hacia el suelo para inflar la bolita que mi hermana me ha entregado.

Cuando tengo una buena pelota preparada, escucho a Irina pegar un alarido y la observo. ¡Tío Albert le ha dado de lleno en el estómago! ¿Qué se han creído estos viejos?

—¿A por ellos, enana? —le pregunto, mientras se sacude la nieve del pijama—. Toma, ponte la chaqueta y vamos a machacarlos.

—¡Sí! —exclama ella, llena de júbilo, mientras sale corriendo detrás de Rose.

A pesar de lo que había imaginado, la tarde de juegos no ha estado nada mal. Hemos terminado de jugar con la nieve y hemos regresado a la mansión para abrir los regalos de navidad que tío Albert nos ha comprado. Ya estamos todos listos, menos mamá, que todavía está con el portátil en el sofá, e Irina, que se ha pegado a la chimenea porque no puede dejar de temblar... ¡Vaya, vaya, seguro que pilla un buen resfriado después de la guerra!

—¡Aquí pone Jake! —exclama Rose, mientras zarandea un paquete anaranjado por los aires.

—Venga, ábrelo, muchacho, seguro que a tu hermana no le importa —me apremia tío Albert.

Cojo el regalo y me dispongo a abrirlo cuando Irina aparece corriendo.

—¿Me dejas abrirlo a mí? —me susurra.

—Ese regalo es de tu hermano, nena, a ti te tocará abrir el siguiente —le

dice Rose, intentando persuadirla.

Mi pequeña hermana hace pucheritos y pega unas pataditas al suelo mientras me mira con ojos llorosos.

—Me gusta abrir los regalos, Jake —balbucea, procurando darme pena.

¡Qué bien lo sabe hacer la muy malvada! Le cedo mi regalo con una sonrisa manchada en el rostro y veo cómo se le ilumina la mirada con intensidad.

—¡Irina, nena, devuélveselo a tu hermano! —suplica Rose, exasperada por la rabieta que se ha cogido mi hermana—. Tú ya abrirás los tuyos, ¿vale? Devuélveselo.

Mi hermana vuelve a hacer otro puchero mientras agarra con fuerza el paquete con mi nombre.

La verdad es que siempre nos estamos pegando y chinchando, aunque a veces, no puedo evitar ser bueno con ella... Al fin y al cabo, es una niña y yo ya estoy mayorcito.

—Que lo abra, Rose, a mí no me importa en absoluto —aclaro, para hacer feliz a mi hermana.

Irina arranca el fulgurante envoltorio anaranjado que envuelve el paquete y exclama con entusiasmo.

—¡Es un libro, Jake! ¡Tío Albert te ha regalado un libro!

Todos saltamos en carcajadas mientras ella me devuelve el regalo y yo le agradezco a tío Albert el detalle. Una novela más, de Charles Dickens, para mi colección. Es el tercer regalo que abre Irina cuando Rose decide nombrarla “*abridora oficial de los regalos de navidad*” y mi hermana salta por los aires repleta de ilusión.

—¡Mamá, éste es para ti! —anuncia— ¡Mamá, me toca abrir tu regalo!

Tío Albert y Rose se lanzan una mirada cómplice, que sólo ellos dos son capaces de descifrar.

—¡Mamá, ven, corre! —grita mi hermana— ¡voy a abrir tu regalo de navidad!

Ahora entiendo la mirada furtiva de mis tíos; mamá no tiene intención de venir con nosotros, está trabajando.

Mi hermana nos mira dubitativa, sin saber qué hacer.

—¡Buffy! —clama Rose— Tu hija va a abrir tus regalos de navidad, ¿puedes venir?

—¡Un minuto, cielo! Abre el regalo de mamá y luego me lo das, ¿vale? — responde mi madre, pasiva.

Irina suelta el paquete y éste cae en seco al suelo.

La observo, mientras sus lagrimales se hinchan y comienza a tonarse rojiza. ¡Oh, no! ¡Se va a poner a llorar! ¡Se avecina una enooooormeeeee rabieta!

—Venga, cielo, abre el regalo de mamá y luego se lo daremos —insta tío Albert, que se nota que no sabe qué hacer y parece preocupado por la situación que se ha generado. El resto, por desgracia, ya estamos acostumbrados.

Ya ha comenzado. Las lágrimas han comenzado a deslizarse con silencio por sus mejillas mientras sus ojitos azules nos observan temblorosos, llenos de dolor y de inocencia.

—No pasa nada, nena. Mamá verá sus regalos más tarde —intenta calmarla Rose.

Antes de que podamos acercarnos a ella, Irina sale corriendo escaleras arriba, llorando desconsolada.

La entiendo. Entiendo cómo se siente pero no puedo hacer nada para ayudarla.

Hubo un tiempo en el que yo también me había sentido así cuando mamá nos ignoraba, aunque hacía mucho que había dejado de importarme.

Veo cómo Rose y tío Albert salen corriendo tras ella y decido quedarme pasmado, inmóvil, en mi sitio. Sé que nada de lo que le digan la puede consolar, porque no los necesita. No necesita el consuelo de sus tíos, necesita el de su madre.

Varias veces me planteo acudir a charlar con mamá, a explicarle la situación que acaba de omitir... Pero no puedo. La veo allí, sentada, con los ojos clavados en la luminosa pantalla del ordenador y sólo puedo dejar que la rabia me carcoma por dentro.

Desde que mi padre murió, mi madre es así. Pasa olímpicamente de nosotros y tan sólo se preocupa por su querido y ansiado trabajo. Es lo único que le ayuda a evadirse de la realidad; es lo único que la distrae lo suficiente como para no tener que pensar en cómo perdió a su marido.

Cuando papá murió, mi madre cayó en lo que los médicos denominaron “*depresión*”, y allí apareció Rose, a la que ninguno de los dos —ni mi hermana, ni yo— habíamos conocido ni visto hasta entonces. Ella nos cuidó mientras mi madre se recuperaba de aquella enfermedad tan extraña que la

estaba devorando por dentro.

Mi hermana, que por aquel entonces no era más que una pequeña criatura no entendía nada. Lo único que sabíamos con certeza, tanto ella como yo, era que habíamos perdido un padre, una madre y que ahora dependíamos de una mujer que jamás en nuestras vidas habíamos visto y que decía ser nuestra tía.

Rose nos trató mejor de lo que había esperado en un principio. Se preocupó de alimentarnos, de trabajar para mantenernos a los tres, de cuidar a mamá y ayudarla a superar su enfermedad. Tanto Irina como yo, odiamos a Rose cuando apareció. La odiamos con todos los restos que quedaban de nuestro destrozado corazón, aunque con el tiempo, Rose se ganó un puesto en él que mamá iba perdiendo poco a poco.

Ahora formaba una parte de la familia.

Llega la hora de comer y por primera vez en lo que llevamos de día, nos reunimos todos. Mamá, tío Albert, Rose, Irina y yo. ¡Hasta invitamos a Stephen a comer con nosotros! Pero éste se niega rotundamente y se limita a servirnos la comida en silencio.

Mi hermana está enfadada, muy enfadada. La rabia y el rencor brillan sin disimulo en sus ojos, los cuales no apartan la mirada de mamá.

Se respira un ambiente tenso, seco y muy frío, aunque Rose y tío Albert intentan animar la comida una y otra vez con las estupideces que primero se les pasa por la cabeza.

—Oye Albert, deberías comprarte un perro —dice Rose, sonriendo— aquí arriba estás muy solo y no te vendría mal la compañía. Además—añade, mientras fija la mirada en nosotros— los chicos estarían encantados de tener una mascota con la que jugar en las visitas que te hacemos... ¿Verdad, niños? Irina no responde. Creo que ni siquiera está escuchando la conversación.

—¿Sí?, ¿os gustaría tener un perrito, chicos? —pregunta tío Albert, que también se está esforzando por calentar el ambiente.

—Yo quiero un perro —afirmo— pero no quiero que viva aquí, quiero que viva conmigo siempre.

—¡Oh, Jake! Lo hemos hablado mil veces —salta mamá— no pienso meter un chucho maloliente en nuestra casa, ¿queda claro?

—Yo también quiero un chucho —habla mi hermana por primera vez en la cena—. Además, tú no nos haces caso... Quiero una mascota con la que poder jugar.

Mi madre se queda pasmada, completamente asombrada por el “tú no nos haces caso”.

Tío Albert y Rose se lanzan otra mirada de complicidad, una de esas que siempre comparten en los momentos tensos. Me callo, sabiendo que aquella conversación no acabará en buen puerto y que los esfuerzos de mis tíos por animar la comida serán en vano.

—No digas eso, mi amor, os presto la atención que puedo —se defiende mamá— pero las personas mayores tenemos responsabilidades que no podemos dejar de lado. ¿Entiendes lo que mamá quiere decir, cielo?

—¡NO! —se queja Irina— Rose también es una persona mayor y nos presta atención... ¡Mucha más atención que tú!

Mamá está alucinando; mira incrédula a su hija, sin querer comprender ni asumir que aquello que ésta dice no es más que la verdad; después ladea la cabeza y observa a tío Albert y a Rose, en busca de su ayuda. Pero estos no dicen nada.

—Señorita, como sigas levantado la voz tendrás que marcharte a tu habitación ahora mismo... ¿Quieres comportarte como es debido? ¡Esos no son los modales que yo te he enseñado!

—Haya buen ambiente, por favor, ¡que es navidad! —suplica tío Albert, sin saber cómo solventar la situación.

Rose está callada. Quizás porque comprende a Irina y no quiere meter más cizaña, o porque no sabe muy bien qué decir.

—¡Eres una bruja! —brama mi hermana, enfadada y rabiosa— ¡Te odio! ¡Tú no eres mi madre!

—¡BASTA YA! —grita mamá, muy, muy alto. Todos no quedamos de piedra, callados—. Vete a tu habitación ahora mismo. No estoy de humor para aguantar impertinencias, ¡y menos en navidad!

Veo como los pequeños ojitos azules de mi hermana comenzaban a hincharse y a enrojecerse y, como me temía, por segunda vez en un mismo día, se marcha corriendo escaleras arriba, llorando, dolorida.

Esta vez, Rose y tío Albert deciden no salir corriendo para consolarla y se mantienen sentados en la mesa guardándole el respeto a su hermana pequeña. Pero yo no. No voy a quedarme aquí sentado cuando, por una vez en la vida, comparto la misma opinión que mi hermana.

—Me voy con Irina, no tengo hambre —anuncio, desganado.

El día de Navidad se está torciendo más de lo que había esperado.

—Tú te quedas donde estás, Jake, no fastidies más la comida, ¿entendido?
—dice mamá.

—No mamá, no tengo hambre. Y si Irina tiene que marcharse de la mesa por ser sincera, por demostrarte su dolor, no quiero estar aquí —respondo con maldad, sabiendo que aquello le va a doler—. Si tú no sabes consolar a tu hija, no te preocupes, que tiene un hermano mayor para ello.

—Jake, no te pases —salta tía Rose en defensa de mamá.

—Adiós —respondo, sin más.

Mientras subo las escaleras de caracol hacia el tercer piso, escucho el llanto de mamá.

“Por lo menos no es inmune a nuestras palabras”, pienso, esperanzado.

Tal vez aquello la hubiese hecho comprender.

Mi hermana, Irina, está tendida en la cama, llorando desconsolada mientras aprieta con fuerza la delicada muñeca de porcelana que tío Albert le ha regalado por navidad contra su pecho.

—La odio...—balbucea, mientras se incorporaba en la cama para mirarme.

—No la odias, sólo estás enfadada —respondo, intentando consolarla lo mejor puedo.

Nunca se me ha dado especialmente bien reconfortar el estado de ánimo de las personas.

—Sí la odio, Jake, la odio mucho —susurra— echo mucho de menos a papá, quiero que vuelva... Quiero que mamá vuelva a ser como antes, que todo sea igual que fue.

—No es posible, papá no volverá —le digo, entristecido, mientras intento recordar cómo sonaba la voz de mi padre.

Cuando le echo mucho de menos, intento recordar su risa, su voz, su olor... Algo, cualquier cosa, con tal de asegurarme de que no lo he olvidado por completo. Quiero que una parte de él, aunque sea pequeña, se mantenga viva por siempre en mis recuerdos.

—Pero yo quiero que vuelva, Jake, quiero que papá vuelva —balbucea mi hermana, deshecha.

La veo pequeña, inmadura, indefensa. Demasiado niña para entender porqué su padre ya no está a su lado y porqué su madre ha cambiado tanto en tan poco tiempo.

—No volverá —afirmo de nuevo— aunque si intentas recordarlo, será como si nunca se hubiese marchado. Intenta recordar su cara, o su voz...

—No quiero recordarle... ¡Quiero verle! —vocifera, rabiosa, mientras comienza de nuevo a llorar.

¿Qué puedo decirle para calmarla?

—Lo siento —susurro— yo también lo extraño. Le echo mucho de menos.

Aquella tarde no se escucharon más risas, ni se observaron sonrisas, ni palabras bonitas, ni gestos navideños. Cada uno continuó su camino hasta que, como cada noche, la oscuridad se apoderó de la mansión.

Observo las maquetas que tío Albert construyó hace tiempo para mí y una extraña nostalgia inunda todo mi ser. ¡Vaya día de navidad tan patético!, pienso, mientras rememoro la silenciosa cena que acabo de vivir.

Decido poner fin a la navidad y me meto en la cama, pensativo. ¿Cómo hubiese sido el día si papá no habría muerto?, me pregunto a mí mismo. Pero sé que preguntarme eso no tiene el más mínimo sentido.

Antes de que mi mente tenga el tiempo suficiente como para analizar alguna estúpida ocurrencia, el sueño me invade y caigo dormido.

—Despierta, muchacho —susurra la voz de tío Albert— ya es medianoche.

—¿Tío Albert? —pregunto adormilado, sin comprender qué hace en mi habitación en plena madrugada.

—Ssssh, no hables alto colega, o despertarás a la casa entera —me responde él.

Me incorporo un poco y me froto los ojos con las manos. Poco a poco, mi vista se va acostumbrando a la falta de luminiscencia y consigo observar con más claridad que al principio.

—Tenemos un tren que coger, muchacho —me dice tío Albert, mientras rebusca en mi armario de los zapatos—. Toma, cálzate y ponte una chaqueta. Nos vamos de viaje.

Mi tío me ha sacado arrastras de la cama y me ha traído a la vieja estación de ferrocarriles abandonada. No entiendo qué hacemos aquí y estoy preocupado por Rose... Siempre que se despierta para ir al baño, comprueba que los dos estamos en la cama. ¿Y si se despierta y ve que no estoy?

De pronto, escucho un leve murmullo que se aproxima a nosotros desde la lejanía. Me remuevo inquieto en el banco en el que estamos sentados y busco la mirada de tío Albert con curiosidad. ¿Qué está pasando?, ¿qué es ese ruido?

El murmullo comienza a convertirse en un sonido atronador y el suelo tiembla con inquietud. ¿Eso que suena es un tren? ¿Desde cuándo se detiene un tren aquí? Había dado por sentado que la estación estaba abandonada...

Recuerdo que cuando era niño, bueno, que cuando era más niño, tío Albert siempre me traía aquí a jugar. Él se sentaba en uno de los bancos y empezaba a relatar historias de trenes olvidados, de pasajeros perdidos y de destinos inesperados. ¿Serían de verdad?

Estoy nervioso y noto como mis piernas se tambalean. No dejo de preguntarme a dónde me querrá llevar tío Albert y, sobretodo, porque me tendrá que llevar a escondidas y a estas horas de la madrugada.

De pronto, mientras el ruido crece y crece, la oscuridad es invadida por dos fulgurantes focos de luz amarillenta... ¡Dios mío, es un tren! ¡Sí, es un tren! Todavía está lejos, pero lo escucho y ahora lo puedo ver. ¿De dónde demonios ha salido el tren?

Miro al tío Albert con nerviosismo y, él, tranquilo, me devuelve la mirada con los ojos repletos de ilusión y nostalgia. Tiene mi mano derecha entrelazada entre sus dedos y me la está apretando con fuerza. Él siente algo de nerviosismo, aunque lo oculta de mejor manera que yo.

El viento sopla y los carriles ferroviarios rechinan con fuerza... El suelo está temblando... ¿Hacia dónde marchará? ¿Por qué tío Albert ha decidido traerme

aquí?

Observo cómo el tren disminuye la velocidad. El primer vagón pasa por delante de nuestras narices. Intento observar el interior y... ¡hay gente! ¡Viaja mucha, mucha gente en el tren!

—¿A dónde lleva? —pregunto, alzando la voz todo lo que puedo.

Tío Albert baja la mirada y me observa. Tiene una ceja arqueada y la cara manchada de incertidumbre. Con tanto ruido no ha podido escuchar lo que le he preguntado.

—¿A dónde lleva el tren, tío Albert? —vuelvo a preguntar, gritando todavía más.

Él sonríe, aunque no me contesta.

De repente, el silencio invade la estación. El tren está plantado frente a nosotros, inmóvil. Pero no suena; no hay un ápice de ruido, ni luz. Estamos completamente a oscuras.

—No tengas miedo, Jake —me dice tío Albert— todo irá muy bien.

Intento adaptar mi vista a la imprevista oscuridad parpadeando con fuerza. ¿Por qué no se escucha el murmullo de los pasajeros? ¿Por qué se ha quedado el tren sin luz?

Tío Albert da un paso al frente, arrastrándome junto a él. De pronto una de las puertas del vagón que tenemos enfrente se abren con silencio y un caballero vestido de negro se baja del ferrocarril.

—¡Pasajeros al tren! —llama, mientras una campanilla suena de fondo.

No se escuchan más ruidos, ni más sonidos.

—No tengas miedo, Jake —me susurra tío Albert— súbete al tren.

—¡Pasajeros al tren! —vuelve a llamar el hombre— ¡pasajeros al tren!

Las campanillas siguen sonando de fondo, la oscuridad continúa adueñándose del paisaje y el silencio reina por doquier. ¿A dónde narices lleva?

De pronto, siento una punzada de miedo y el estómago se me encoje, ¡no quiero estar aquí! ¡No quiero subir a ese tren! ¿Qué hago aquí?

—Súbete al tren, Jake —repite tío Albert, mientras suelta mi mano—. No tengas miedo, no te pasará nada.

—¿A dónde lleva el tren, tío? —le pregunto, asustado, con voz temblorosa — ¿no vienes conmigo?

—No —responde él—. Tendrás que ir tú solo. No te preocupes, muchacho, estaré esperándote aquí cuando regreses.

Doy un paso al frente, decidido.

Siento una insaciable curiosidad adueñándose de mi cuerpo... Y esa extraña e insaciable curiosidad es mucho más intensa que el miedo.

—¡Pasajeros al tren!

Las campanillas suenan, aunque no consigo escuchar más allá de ellas. ¿Por qué la gente no grita? ¿Por qué nadie se baja?

—¡Señorito! —exclama el hombre de negro— ¿va a subirse o no?

Yo asiento, dubitativo, y camino adelante.

—¿Tiene billete? —pregunta el hombre.

—No... No, no, señor —tartamudeo, sin saber qué contestar—. No tengo billete. —digo, al fin, con un poco de decisión.

El hombre suspira y saca un embrolloso rollo de papel dorado.

—¿Es su primer viaje? —pregunta, mientras corta una tira dorada del rollo.

—Sí, señor.

Me sonrío y me pega un par de palmaditas en la espalda mientras subo a bordo.

Las campanillas han dejado de sonar y comienzo a escuchar el murmullo del motor poniéndose en marcha. Mi alrededor sigue a oscuras, ¡no veo! ¡No sé dónde estoy!

El ferrocarril está en marcha y me tambaleo de un lado al otro, a oscuras, sin saber qué hacer ni a dónde agarrarme. Tengo miedo, pánico. No entiendo nada, ¿a dónde demonios me lleva?, ¿por qué la gente no habla, grita o protesta por la falta de luz?, ¿por qué seguimos inmersos en esta tétrica oscuridad?

Camino un paso al frente en busca de algún objeto al que aferrarme para no caer al suelo en seco, pero mis manos no encuentran soporte y, a pesar de mis esfuerzos por mantener el equilibrio lo mejor posible, caigo.

Una pequeña luz, que parece provenir de una linternita, ilumina mi rostro.

—¿Estás bien? —pregunta un hombre.

Reconozco la voz. Es el mismo tipo que me ha dado el billete dorado.

—Sssí —bisbiseo, sin saber qué contestar.

Quiero decirle que no. No estoy bien, tengo miedo... ¡Pánico! No sé dónde estoy ni a dónde voy. ¡Quiero que el tren se detenga y bajarme!

—La luz no tardará en encenderse —me calma él.

Y mientras el extraño señor del tren pronuncia las palabras, la luz vuelve. El tren se ilumina por completo y la oscuridad queda enterrada entre el murmullo de los pasajeros y las risas que resuenan de aquí allá.

Me levanto del suelo, intentando divisar íntegramente lo que mi campo de visión salvaguarda. Sólo puedo observar el vagón, muy pequeño, en el que estoy a bordo. Unas grandes lámparas con forma de araña maliciosa cuelgan a lo largo del techo, los asientos, o mejor dicho, bancos, se agrupan de dos en dos en los laterales dando cabida en cada rincón a cuatro pasajeros. El tren está lleno, completo, a pesar del silencio que había reinado hacía tan sólo unos segundos.

Noto como las miradas de los viajeros se clavan en mí y me doy cuenta de que sigo en el suelo. A mi izquierda, el hombre extraño que me ha entregado el billete dorado me observa con una pícara e insólita sonrisa.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta— ¿necesitas ayuda?
Niego con la cabeza y me levanto tambaleándome.

—¿Podría indicarme cuál es el destino del tren?— pregunto, con la mayor educación posible, pensando detenidamente cada palabra que abandona mi boca.

—Depende del billete que te haya tocado —me responde él.

Observo mi billete. Dorado, brillante, intenso. Un dieciséis rojizo mancha el papel con disimulo.

—Dieciséis —digo, sin comprender muy bien cuál es el significado del número.

—Allí —él señala con el dedo un asiento vacío—. Ése es tu sitio.

—¿Y el destino? —vuelvo a preguntar, todavía tembloroso por el susto.

El hombre no responde. Se da la vuelta y, sin mirar atrás, susurra:

—Siéntate antes de que vuelvas a caerte, muchacho.

Obedezco. Camino, despacito, hasta dar a parar con mi asiento.

En frente de mí, dos hombres con gorros de vaqueros charlan animadamente. Tienen pinta de ser cowboys y ese pensamiento provoca que se me escape una pequeña risita.

A mi izquierda, una mujer pelirroja de ojos verdes, delgada y vestida con un camisón, observa a través del cristal. ¿Están disfrazados?, me pregunto, mientras tomo asiento.

—Hola —murmuro avergonzado. ¿Debería llevar yo también un disfraz

puesto?

Los cowboys siguen con su animada conversación e ignoran mi saludo. La mujer pelirroja que tengo a mi lado, observa por la cristalera sin inmutarse de mi presencia.

Respiro hondo, intentando tranquilizarme. ¿Dónde narices me ha metido tío Albert?, ¿a dónde me está llevando este tren?

Dieciséis... ¡Qué significará el maldito número! Observo el papelito dorado con la mancha rojiza cuando levanto la mirada y ésta tropieza con otro número, rojizo, que también mancha la tapicería dorada de los asientos de los cowboys.

Un trece y un catorce decoran el respaldo de los asientos del tren.

Me giró con disimulo y observo el número que decora mi lugar: dieciséis.

¡No entiendo nada!

—Disculpen —susurro bajito, intentado ser cortés, aunque sin poder disimular mi vergüenza, mi desconcierto y mis temores.— ¿Sabrían decirme a dónde lleva este tren?

Los cowboys siguen a los suyos, sin prestarme atención. ¿Es que nadie piensa decirme a dónde demonios me lleva este tren?

—A mi hogar —balbucea la mujer pelirroja, sin apartar la mirada del cristal.

La escucho suspirar y justo cuando me decido a preguntarle dónde está su hogar, se gira y clava su mirada en mis ojos.

Tiene unos ojos verdes, intensos. Me quedo embobado, observando su iris sin pensar en nada más que en... En su mirada. Tendrá unos treinta y pocos años, está delgada y algo desgastada, pero no puede ser mucho más mayor.

—¿Eres tú el que va a darme otra oportunidad? —me pregunta con seriedad.

¿Otra oportunidad? ¿Qué quiere decir con otra oportunidad?

Noto cómo los nervios aumentan en mi interior con desmesura y cómo mi pierna patatea contra el suelo de madera.

—¿Otra oportunidad? —repito, sin comprender.

La mujer del camisón suelta una risita, me observa de hito a hito, y vuelve su mirada hacia el cristal.

—¿Dónde vives? —pregunto, curioso, intentando comprender lo que está sucediendo.

—Francia —susurra ella— pero sólo eres un muchacho, un niño... Tú no puedes ayudarme.

¡¿FRANCIA?! ¿Este tren me está llevando a Francia? ¡Voy a matar a tío Albert! Sí, cuando vuelva a casa, ¡pienso matarle! ¿Cómo me ha metido en un tren que viaja a Francia?, ¿cómo? Y lo más importante e ilógico para mi cabeza, ¿cómo un mísero tren va a llegar desde Inglaterra hasta Francia? ¡Es imposible!

Suspiro e intento relajarme de nuevo.

Tengo ganas de llorar. Es navidad, y tío Albert me ha metido en un tren que me lleva a Francia. Mis pensamientos se repiten una y otra vez, una y otra vez, pero no consigo abandonar esa espiral: Francia, tío Albert, navidad, tren...

—No tenías que haberte subido —me dice la mujer del camisón, sin mirarme—. No vas a salir de aquí.

—¿Perdone? —repito, incapaz de procesar lo que aquella señora me acaba de decir. Que no tenía que haberme subido, lo sé. Lo de que no voy a salir de ahí...

—Nada —susurra.

Los minutos pasan con parsimonia y cada vez estoy más nervioso. Los cowboys siguen a lo suyo, sin prestarme atención. No me extrañaría que ni siquiera se hubiesen percatado de mi presencia. ¡Ni me han mirado!

Los pasajeros, unos pocos con vestimenta aparentemente normal y el resto vestidos de una manera muy pintoresca, ríen, gritan y charlan animados.

No soy capaz de comprender lo que me rodea y tan sólo tengo una cosa clara en mi cabeza: quiero salir de aquí. Quiero abandonar este tren.

He decidido esperar la próxima parada, sea donde sea, y bajarme. Pero los minutos pasan, y pasan, y siguen pasando... Y ninguna estación tropieza en nuestro trayecto.

—Busca al hombre que te ha dado el billete y pídele que te cambie el número —me dice la mujer, que sigue observando por el cristal sin mirarme siquiera—. Es lo más sensato que puedes hacer.

—¿El número?

Asiente, en silencio.

—¿No quiere que me siente a su lado? —le pregunto, incapaz de comprender su actitud y sus palabras.

—No me malinterpretes, joven, estoy encantada de tener compañía pero... —susurra, mientras se da la vuelta para volver a clavar sus pupilas en mí—.

Eres un crío, conmigo no podrías abandonar el tren. Tienes que buscar a otra persona que te lo ponga fácil.

—¿Fácil?

La mujer me observa con detenimiento. Hay algo en ella que... ¡No me lo puedo creer!, ¡está llorando!

—Próxima parada, ¡París! —anuncia el revisor mientras agita una campanilla.

—¡¿París?! —repito, incrédulo.

—Jamás saldremos de este tren, chico, ni tú, ni yo —balbucea la mujer, sin apartar la mirada de mis ojos.

¿Cómo demonios podemos estar llegando a París? ¡Es imposible!

Me levanto de mi asiento con torpeza y corro hacia el extraño hombre de los billetes dorados. Quiero explicaciones. Quiero saber a dónde voy. Y no quiero mentiras al respecto.

El hombre me observa inmóvil mientras me aproximo a él.

—¿A dónde vamos? ¡Quiero saberlo! —exijo, alzando la voz y procurando captar la atención de todos los pasajeros que se hallan presentes. Tal vez alguno acuda en mi auxilio.

—A París, señorito, lo acabo de decir.

—¿Cómo vamos a ir a París en tren? —pregunto, incrédulo, mientras él suspira y suelta una peculiar risita— ¿Cómo? ¿Tan rápido?

—Llegaremos en unos minutos, chico, tienes muy poco tiempo... Si yo fuese tú, estaría preparándome —me aconseja con tranquilidad, mientras juega a girar la linterna que mantiene en su mano.

Hay un brillo en el reflejo de sus ojos, un extraño brillo, que no me gusta. No me gusta en absoluto ese tipo. Su manera de hablar, de mentir...

Vuelvo la cabeza hacia atrás y me tropiezo con la mirada de la chica del camión. Nos está observando.

—Está bien —suspiro— pienso bajarme en “París” —digo, con tono burlesco.

El revisor sonrío maliciosamente y me hace un gesto para que regrese a mi asiento. Obedezco sin rechistar, pensando, todavía, a dónde demonios me estará llevando el maldito tren. A París desde luego que no.

—Me bajo en la próxima parada— le comento a la pelirroja— volveré a casa andando si hace falta... O le pediré a algún policía que me lleve.

¡Voy a matar a tío Albert! ¿Cuánto tiempo llevo a bordo? ¿Treinta

minutos?, ¿una hora? Está bien, no puedo estar muy lejos de mi hogar.

—No podrás volver a casa —me dice la joven con tristeza—. Será mejor que te cuente lo que pueda, tal vez te ayude.

—¿Contarme qué? —repito, atónito.

¡No me puedo creer que esto me esté pasando a mí!

—Estás en el tren de las almas perdidas. Una vez te subes a bordo, no hay vuelta a atrás. Tendrás que coger un billete, sentarte al lado de un alma, e intentar salvarla como te sea posible. Tendrás doce horas del pasado para cambiar el presente y el futuro. Tan sólo doce horas, no olvides esto, porque es importante. Tanto si fracasas en esta misión, como si logras cumplir tu objetivo, tendrás que regresar al tren. Si no lo haces, no podrás regresar a tu hogar jamás. Este tren transporta almas, almas de personas que han fallecido o almas de personas que quedaron perdidas. Todos y cada uno de los presentes aquí, no somos nada. No existimos. No tenemos un lugar al que viajar. Somos pasajeros, sin rumbo, esperando que alguien del presente, con vida, se suba a bordo y le toque nuestro número.

—¡Dos minutos para llegar a la estación!

—¿Almas?, ¿cómo que almas? —pregunto, incrédulo.

¿De qué me está hablando esta mujer?

—Chico, ten muy presente lo que te acabo de decir. Doce horas, no tienes más. Te ruego que procures salvarme, porque sé que, si no lo haces, tú también quedarás atrapado en este tren. Salvando un alma, comprarás el billete que necesitas para viajar a tu hogar. ¿Lo has entendido?

—No, no entiendo —respondo, vacilante— ¿esto es una broma de tío Albert? Porque no le encuentro la gracia.

Una sigilosa lágrima se desliza paulatinamente a través de la mejilla de la chica del camión. Siento lástima, aunque no sé de qué, y me pregunto cómo tío Albert ha podido llegar tan lejos en esto.

—Doce horas para regresar a donde este tren te deje. Sólo recuerda eso, por favor —suplica la pelirroja.

—Está bien —resoplo, atónito, pero sin ganas y sin querer escuchar más.

Clavo mi atención en los curiosos cowboys e intento captar el hilo de su conversación para distraerme, aunque no me llega nada. Sólo escucho un murmullo inentendible y el resoplar de sus risitas.

Todas las personas que se encuentran a mí alrededor parecen fuera de lugar. Todas. “El tren de los disfraces”, pienso, mientras intento reírme de mi

mala suerte y concentrar el tremendo odio que carcome mi interior hacia el tío Albert. Ésta no se la pienso perdonar.

La pelirroja continúa virada, observando el exterior, cuando noto como el tren comienza a disminuir su velocidad. Me estoy poniendo nervioso... más y más nervioso.

—Cuando me encuentres, dime que Cosette tiene problemas y que necesito tu ayuda. Tal vez con eso consigas salvarnos...

El tren pega un frenazo en seco y no puedo evitar salir despedido hacia delante. He estado a punto de comerme a uno de los cowboys y él ni se ha inmutado; ¿es qué soy invisible para la gente?

—¡PARÍS! —grita el extraño hombre de los billetes, mientras me observa fijamente desde el otro lado del vagón.

¿Y si no me bajo? No, tengo que bajarme. Cuanto antes abandone este tren, mejor.

Intento volver hacia atrás en mis recuerdos y rememorar con exactitud la frase que me ha dicho la chica pelirroja del camisón... ¿Cosette? ¿Cuándo me encuentres? ¡Uff, vaya locura tienen en el tren de los disfraces!

Camino, todavía tembloroso por todos los acontecimientos que acaban de suceder, cuando escucho la voz de la chica gritar “*suerte*” detrás de mí. Prefiero ignorarla y decido continuar mi camino sin mirar atrás.

—Mucha suerte —me dice el hombre de los billetes con una de sus maliciosas sonrisas dibujada en el rostro.— Espero no tener que recoger otra alma.

—Gracias, te aseguro que no me volverás a recoger jamás —le digo, enfadado, mientras procuro controlar el abanico de sentimientos que está aporreando sin piedad mi pecho.

En un primer momento, el tiempo, el sol y el calor llaman descaradamente a la puerta de mi atención; ¡pero si estamos en Navidad! ¿Cómo diablos puede hacer tantísimo calor?

Cuando me deshago de la ropa sobrante, el calor pasa a un segundo plano y el bullicio de la gente disfrazada, las calles teñidas de gris y los coches antiguos ocupan mi curiosidad.

Unos hombres trajeados chocan contra mí y me derriban. Caigo redondo, todavía alucinando por lo que mis ojos observan, y me quedo inmóvil en el suelo esperando a que los apuestos señores me tiendan la mano para ayudarme a levantarme... Pero eso no ocurre. Los dos caballeros, galanes y distinguidos, continúan su camino sin mirar atrás, sin importarles mi estado.

Me recupero del golpe y me levanto, ofendido, pensando si sería apropiado correr hasta ellos para gritarles cuatro cosas bien dichas. Me imagino a tía Rose despilfarrando un poco de todo y mamá susurrando: “*qué poca educación tiene la gente.*”

Cuando consigo despejar mis ideas y pensar con claridad me pregunto dónde puedo estar; en una feria, ¿tal vez? Seguro que esto es una broma de tío Albert, pienso esperanzado. Pero cuando la lógica todavía está intentando ganarle la batalla al miedo y la desesperación, me doy cuenta de que ¡es de día! ¡El sol brilla cuando hace pocas horas estaba enterrado en la oscuridad en una vieja estación abandonada!

—No puede ser..., —balbuceo, completamente perdido— necesito encontrar ayuda.

Ayuda. Ayuda. Ayuda.

Es lo único que mi mente es capaz de procesar. ¡Necesito que alguien me ayude y me lleve hasta casa!

Otro transeúnte vuelve a chocar contra mí y ni se inmuta. La gente pasa de

largo, mirando al frente, sin importarle quién o qué derriba por el camino. Tanteo la mirada entre todos los presentes en busca de un agente de la ley, pero no lo encuentro, así que decido pedirles ayuda a las primeras personas que se cruzan en mi camino.

—Disculpe... Me he perdido —susurro entrecortado a una pareja que me encuentro de frente—. Quiero volver a casa y no sé dónde estoy.

Las palabras que tío Albert me había dicho la noche anterior resuenan en mi cabeza: “*creo que ya estás preparado...*”

—Gabriella, s'il vous plaît —el hombre le hace un gesto a la mujer para que continúe caminando, pero ésta se detiene y me observa con fascinación, sin hacerle caso.

Les escucho mantener una acalorada discusión en francés y no soy capaz de comprender ni una palabra de lo que dicen... ¡Dios mío, francés!, ¡estoy en Francia!

—Hablas inglés, ¿verdad? —me pregunta ella.

—¡Sí! —respondo de inmediato.

Uff, menos mal que me entiende, pienso, si no, estaría perdido.

—¿Te has perdido, cielo?

Escucho al hombre gritar, pero no entiendo lo que dice, así que me concentro en el mal inglés que habla la mujer y procuro contestarle lo más despacio posible para que me entienda.

— Sí, estoy perdido. Necesito encontrar un policía que me lleve a casa, por favor.

La mujer alza la mirada para encontrarse frente a frente con su acompañante. No sé qué será lo que se están diciendo, pero no parecen palabras bonitas.

Al final, el hombre continúa su camino y la mujer se dirige a mí:

— ¿Cómo te llamas?

— Me llamo Jake, señora.

— ¿Jake? —repite con el ceño fruncido— está bien, Jake, ¿sabes cuál es tu dirección?

— Sí —respondo, sin añadir nada.

¿Cómo voy a decirle a esta señora que vivo en Inglaterra si estamos en París? Me abandonaría, seguro. Y teniendo en cuenta que comprende a la perfección mi idioma, no sería bueno perderla tan rápido de vista.

— Dímela para que pueda acompañarte hasta tu casa.

— Eeehhh... mmm... esto...yo vivo en...

La mujer echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

— No recuerdas tu dirección, ¿verdad? —me dice, divertida.

— No, señora —miento, procurando aparentar confusión.

— No me llames señora, por favor, llámame Gabriella.

Gabriella ha prometido quedarse a mi lado hasta que un gendarme me lleve a casa sano y salvo. Parece una buena mujer, aunque es demasiado parlanchina.

No deja de preguntarme por mis *extrañas vestimentas*, y cada vez que le respondo que ella es la que viste extraña, se echa a reír como una loca.

Los coches, muy antiguos, comparten el ancho completo de la calzada con los apresurados peatones. Unas cuantas mujeres caminan con un paraguas abierto en pleno día soleado, mientras que, los hombres, visten demasiado galanes para mi gusto y opinión.

Me gustaría preguntarle a Gabriella qué clase de feria es ésta y cómo puede ser posible que haya amanecido en tan pocas horas. Me gustaría explicarle lo que ha pasado en el tren y contarle que, en realidad, vivo en Inglaterra. Pero sé de sobra, a pesar de mi juventud, que mis palabras no tendrían sentido ni lógica.

Gabriella me está hablando de su hermana, que vive en España con una tía de allí, en unos terrenos enormes que cuentan con plantaciones de todo tipo. Me habla de la inmensa finca que posee su familia, de lo feliz que había sido allí cuando era joven y de cómo aprendió inglés. Resulta que sus adinerados padres la obligaron a estudiarlo cuando tenía, más o menos, mi edad, y entre risas, me confiesa que es un idioma que odió muchísimo a lo largo de su juventud.

— Aunque me alegro de saber hablarlo — confiesa, sonriente, mientras caminados entre la muchedumbre— ¿Tú sólo sabes hablar inglés?, ¿no hablas ni un poquito de francés?

— No, señora... No sé hablar francés.

— ¡Ohh, por favor! No vuelvas a llamarme señora, Jake, o tendré que abandonarte aquí mismo —bromea con felicidad.

Llevamos caminando más de media hora y Gabriella ha comprado una hogaza de pan y un poco de fruta para el camino. Creo que nos dirigimos hacia una comisaria, pero no estoy seguro y no quiero preguntarle nada, tan sólo

limitarme a atender.

Escucho a la gente que se cruza con nosotros charlar y me quedo asombrado por el tierno acento que tiene ese idioma. Las conversaciones suenan dulces, aunque no tengo ni idea de lo que estarán diciendo.

A Gabriella también se le escapa alguna palabra en francés de vez en cuando, pero se corrige sola, inmediatamente, sin darme tiempo a preguntar el significado. Tengo curiosidad; me están entrando ganas de aprender un poquito de este idioma tan... dulzón.

El hombre con el que ella paseaba hasta encontrarse conmigo, Pierre, es su hermano mayor.

— A pesar de aparentar ser un cabezón y un cascarrabias —me cuenta— en el fondo es un hombre con muy buen corazón.

Asiento en silencio y le doy la razón, aunque no conozco a ese tipo de nada. Además, si hubiese sido por él, ella no estaría aquí, ayudándome. Por tanto, poco bueno puedo decir de ese señor.

— Hace poco soñé con un chico que se parecía mucho a ti... Aunque creo que tenía el pelo más rojizo... Sí, lo tenía más rojizo. Caminaba por la calle, solo, y me pedía una hogaza de pan. Lógicamente, yo quería comprársela, porque el pobre muchacho tenía pinta de estar un poco desnutrido. No como tú, que te ves muy sano y saludable.

Escucho la inquieta vocecita de Gabriella hablar sin parar de fondo cuando comprendo que nada de lo que estoy viviendo tiene sentido porque esto, todo, es un sueño. Estoy soñando, pienso, procurando así calmar un poco los nervios. Lo que está ocurriendo no puede ser real.

Y la verdad es que estoy mucho más tranquilo que cuando me he bajado del tren; me encuentro mucho mejor y no estoy tan asustado.

— Al final Pierre le compraba la hogaza de pan porque el muchacho no dejaba de perseguirnos... ¿Ves cómo en el fondo mi hermano tiene un buen corazón?

— Sí —confirmo, distraído.

— ¡Oh, mira! Un gendarme... —me dice ella, mientras señala a un tipo que camina uniformado— espérame aquí, yo hablaré con él.

La observo alejarse; lleva puesto un vestido largo, con encajes y todas esas cosas que les suele gustar a las mujeres. También va disfrazada, aunque ya no estoy tan seguro de que sea un disfraz.

— Parece estar demasiado ocupado para ayudarnos, Jake —me cuenta, un

poco entristecida, en su regreso—. Así que nos tendremos que buscar la vida nosotros solos.

— Me parece bien —respondo, porque no sé qué decir.

La cosa está demasiado complicada para mí. Me encuentro en un país completamente desconocido, donde hablan un idioma que no soy capaz de entender y en el cual visten de una manera diferente a la mía. “Tal vez sea la nueva moda parisina”, pienso, mientras intento recordar las pasarelas y las revistas de moda de mamá. Pero... ¿y los coches? ¿Es que la tecnología no ha llegado a Francia todavía?

Gabriella me hace muchas preguntas y sigo sin saber muy bien qué contestar. Me pregunta el nombre de mis padres y no me queda más remedio que contarle la verdad: que vivo con mi madre, Rose y mi hermana pequeña, Irina. Y mi respuesta, como cabía esperar, no le ayuda. Quiere que sea exacto para poder encontrar mi hogar...

— ¿Y qué estáis haciendo en París?, ¿estáis de vacaciones?

— No, eeh... mi madre y Rose... han venido porque...

— ¿Por trabajo? —me pregunta, muy curiosa.

— Sí, eso, por trabajo —afirmo con rapidez.

— Bueno, tú no te preocupes por nada, cielo. Las encontraremos —susurra esperanzada— pero ahora vamos a comer algo, ¡madre mía, son las cuatro! No me extraña que esté muerta de hambre.

Una punzada de angustia se inyecta en mi cerebro. ¿Las cuatro?, ¿cuántas horas tenía para regresar al tren? Una pequeña parte de mí me pide que ignore el asunto, que me concentre en Gabriella y que le cuente la verdad. Tal vez ella consiga un billete de avión para que pueda volver a Inglaterra... O tal vez la chica pelirroja del camión tuviese razón. Si no, ¿cómo había podido llegar el tren a Francia?, ¿y en tan poco tiempo?

Mientras comemos una especie de pasta color verde en un restaurante que aparenta ser bastante caro, barajeo de nuevo la posibilidad de que todo esto sea un sueño; de que no me esté ocurriendo en realidad. Me pellizco el brazo con fuerza, porque es lo que suelen hacer en las películas cuando sienten algo así, y me muero de dolor.

Esto no es un sueño, Jake. Te has subido en un tren a medianoche en Inglaterra y has aparecido en París a plena luz del día en muy pocas horas. Si lo que te ha contado la chica del camión es cierto, tienes que volver en menos de doce

horas al andén en el que has pisado tierra firme. No tienes mucho tiempo, ni nada que perder..., me dice mi cabeza.

— ¿A qué hora nos hemos encontrado? —le pregunto a Gabriella.

La mujer está devorando el plato de pasta con salvajismo cuando alza su mirada para encontrarse con mis ojos, dudosa.

— No estoy segura, a las doce y cuarto o así, creo.

— ¿Doce y cuarto de la mañana? —pregunto, atónito.

Gabriella suelta una estrepitosa carcajada y todos los ojos que hay en el restaurante se clavan en nosotros.

— Claro, Jake, de la noche no van a ser —responde, tan divertida como siempre— termínate el plato, tenemos que ir a comisaria... A ver si alguien nos ayuda.

Regresar a mi hogar, por lo menos a través de Gabriella, va a resultar una misión imposible, lo sé. Pero por lo menos cabe decir que tengo una buena compañía y que no me siento tan solo en este lugar. Hemos pasado por la comisaria y los policías —todos muy pintorescos— nos han respondido con mucha amabilidad que no pueden encargarse de mí. No hay ninguna denuncia, ni ha acudido ninguna persona a comunicar la desaparición de su hijo, por tanto, dan por hecho que mis padres, o mi madre en este caso, siguen por el mercado sin percatarse de mi ausencia.

Gabriella se ha puesto hecha una furia y me ha recordado mucho a Rose.

— ¡Sois una panda de incompetentes! —gritaba, enfurecida— ¡No servís para nada!

Ahora estamos caminando hacia su casa, donde, seguramente, conoceré a su hermano —alias el cascarrabias— Pierre.

— Volveremos con él a la comisaría, así seguro que nos prestan más atención —me cuenta, todavía cabreada por lo que acaba de suceder.

— ¿Y por qué le van a prestar más atención a él? —pregunto, curioso, sin comprender.

Poco a poco, me voy acostumbrando al mal inglés de esta joven francesa. Cuanto más habla conmigo y lo practica, mejor le sale el acento y mejor comprendo lo que quiere decir.

— Porque son todos una panda de machistas que no respetan a las mujeres, y cuando ven a una que es independiente se vuelven locos y sacan su ego —responde.

Aunque no comprendo lo que quiere decirme, asiento con la cabeza, en silencio, y continúo caminando a su lado.

Llevo diez minutos pensando en la chica pelirroja del camisón y no consigo sacarla de mi cabeza... “*Si me encuentras, dime que Cossette necesita ayuda, tal vez eso sirva de algo.*” ¿Quién será Cossete?, ¿qué habría querido decirme?

La casa de Gabriella es bastante grande; sin duda alguna, proviene de una familia adinerada. No puedo evitar encontrarle un pequeño parecido con la mansión del tío Albert, aunque la mansión es muchísimo más inmensa y está decorada de una manera completamente diferente a ésta.

Gabriella me hace esperarla en el recibidor, donde su sirvienta me hace preguntas que no soy capaz de comprender.

— ¿Podría traerme un *coca—cola*? —le pregunto sin saber si me entenderá.

Frunce el ceño, me mira extrañada y se marcha sin responderme. Una pequeña risita abandona mi boca mientras pienso “*uf, a saber lo que ha interpretado con mis palabras esa mujer.*”

No puedo evitar sentirme un poco más independiente de lo que he sido hasta ahora. ¡Por dios, estoy solo, totalmente solo, en un lugar que desconozco! Y me las estoy apañando bastante bien, creo.

Mientras me estoy dando unas pequeñas palmaditas a mí mismo y elogiando mi gran valentía, la sirvienta de Gabriella aparece con una bandejita y una taza con té. ¡Odio el té!

Cojo la bandeja que me tiende con la mejor de mis sonrisas y le doy las gracias en inglés.

— *De rien* —me responde ella.

Supongo que querrá decir *de nada*, así que vuelvo a esbozar otra sonrisa en su honor.

Se marcha, aparentemente contenta con el trabajo que acaba de realizar, y yo observo la taza que hay en la bandeja con repugnancia... ¿No sabe lo que es una coca—cola?, ¿Cómo se dirá *coca—cola* en francés?

Cuando Gabriella regresa va acompañada del cascarrabias. La primera me regala un guiño de ojo y el segundo se limita a observarme con la misma repugnancia con la que hace unos segundos observaba yo el té.

— Esperamos a que te termines el té y volvemos a la comisaria, ¿vale, Jake?

— No hace falta... esto... No puedo con más té —miento, porque no pienso darle un sorbo al líquido marrón que contiene la taza.

Gabriella entabla una conversación con su hermano y yo espero sentado, mirando el suelo, sin comprender qué dicen aunque sintiéndome un intruso en la conversación.

— Está bien, nos vamos, Jake —me dice ella, feliz.

Cuando salimos a la calle y nos dirigimos hacia la comisaría, siento que la angustia ha regresado otra vez y que está tratando de comprimir mi pecho. Me preocupa el tiempo. Le pregunto a Gabriella la hora repetidas veces y Pierre me mira con descaro, malhumorado.

— Las nueve y cuarto, Jake.

Son las nueve de la noche y a las doce el tren me estará esperando... ¿Cómo me las voy a ingeniar para salir de ésta?

Gabriella tenía razón. Cuando entramos en la comisaría y Pierre comienza a charlar con ellos, todos los policías presentes le prestan atención.

Me sientan en una silla y comienzan el interrogatorio; como no entiendo lo que me dicen, Gabriella va traduciéndome todas las preguntas y se mantiene a mi lado, sin separarse ni un centímetro de mí.

Llevo el día entero a su lado y... es una mujer estupenda. A veces me recuerda a Rose, con esas frases que dice y ese humor tan extraño, aunque no es tan mandona. No puedo evitar echar de menos a Rose, a mamá, a la pequeña Irina (e incluso al tío Albert, a pesar de mi enfado y del odio que siento hacia su persona).

Cuando se cansan de hacerme preguntas estúpidas que no les ayudarán en absoluto, nos sientan en una sala de espera y Pierre se marcha. Supongo que el cascarrabias tiene cosas más importantes que hacer que esperar con nosotros.

— ¡Madre mía, Jake! Son las once y media de la noche y todavía nos tienen aquí, sin decirnos nada.

¡Las once y media! ¡No puede ser!

Tengo media hora para abandonar la comisaría y llegar al andén. ¿Cómo voy a escapar de aquí? Gabriella no se separa de mí ni un instante y sé que no dejará que me marche así, sin más.

Tengo que contarle la verdad, porque si no se la cuento, no sé qué me

pasará. Una parte de mí quiere creer que no ocurrirá nada, que lo que ha pasado en ese tren ha sido irreal, otra continúa imaginándose que todo esto es un sueño, pero la parte más grande que arrasa con las demás, me dice que tengo que coger ese tren cueste lo que me cueste.

— Gabriella... —la llamo, sin saber por dónde empezar.

Cuando me encuentro dispuesto a soltar de trompición mi confesión, uno de los pintorescos policías acude a la sala y le pide a Gabriella que le acompañe. Desconozco a dónde se marcharán ni cuánto tardarán en volver; pero ésta es mi oportunidad para escapar. ¡Tengo que salir de aquí, YA!

Sigilosamente, abandono la comisaría como un ladrón que sale a hurtadillas de la casa que acaba de atracar, cuando escucho un grito y comprendo que no soy tan silencioso como pensaba.

Era la voz de Gabriella la que ha sonado. Echo a correr sin mirar atrás, sin comprobar si me sigue o no.

Tengo menos de media hora para alcanzar el andén y no sé cómo me las voy a apañar. El cielo está pintado de negro y las calles han quedado vacías y pobremente iluminadas por la melancólica luz de la luna llena.

— ¡Jake! ¡Jake, espera! ¡Jake! —es Gabriella, que continúa corriendo tras de mí.

Me giro para verificar cómo de lejos está, cuando choco, sin darme cuenta, contra algo. Me he caído al suelo y no puedo moverme, me duelen las extremidades.

Poco a poco, voy recuperando la consciencia de lo que me rodea y escucho unas enormes carcajadas encima de mí. Una mujer pelirroja, de ojos verdosos, me observa con superioridad mientras se ríe de mi caída, respaldada por dos hombres que aparentan estar borrachos por los tumbos que dan.

Ninguna de las tres personas parece estar en su plenitud; están borrachos. Terriblemente borrachos.

— ¡Por Dios Jake! ¿Qué haces? —me pregunta Gabriella, mientras me tiende la mano para que me levante del suelo— ¿Por qué has salido corriendo de esa manera?

No la respondo. La señorita pelirroja de ojos verdes ha capturado mi atención al completo. Es ella; la chica del tren.

— No vuelvas a hacer eso, Jake. Ya sé que los policías son horribles pero

no puedes comportarte así—Gabriella se gira y se queda pasmada al ver a los dos hombres, borrachos, con la mujer pelirroja.

Creo que ha comenzado a pedir disculpas de mi parte en francés, aunque no estoy seguro.

Doy dos pasos al frente dubitativo y, sin tener muy claro lo que quiero hacer después, agarro a la mujer pelirroja de la mano.

— Tienes que venir conmigo al tren —le digo, tembloroso.

La mujer aparta la mano con un gesto repulsivo y se dirige a Gabriella en francés. No entiendo lo que dicen.

— ¿El tren?, ¿qué tren? —me pregunta— ¿Conoces a esta mujer, Jake?

— Sí, sí la conozco. Dile que tiene que venir conmigo al tren, por favor, tú díselo. Ella lo entenderá.

Gabriella obedece y le explica lo que acabo de decir, pero la chica pelirroja suelta una carcajada y sigue caminando junto a los dos hombres, sin prestarnos atención.

— ¡Qué bordes! —exclama Gabriella— ¿De qué conoces a esa mujer?
No la respondo.

Ignoro qué estoy haciendo pero cuándo quiero darme cuenta me veo corriendo tras la chica pelirroja. Tiró de su vestido y ella grita; uno de los borrachuzos que la acompaña, da media vuelta y me propina una patada en el estómago.

El gesto divertido y repulsivo de la chica pelirroja del tren ha desaparecido. Me observa con tristeza y dolor cuando el otro hombre la apremia a continuar. Gabriella solloza asustada y viene corriendo hacia a mí, hecha una furia, despotricando contra los dos borrachuzos, mientras yo contemplo cómo la pelirroja se aleja en dirección contraria al andén, sin poder hacer nada para detenerla.

— ¡Cossette! —grito, lleno de impotencia— ¡Cossette necesita ayuda!

La chica del tren se para en seco, se da la vuelta y brama algo en francés. No entiendo lo que ha querido decir, pero sé que he conseguido llamar su atención.

Gabriella vuelve a levantarme del suelo, despotricando contra ellos. Veo cómo la chica pelirroja comienza a caminar en nuestra dirección, cuando uno de los borrachuzos le pega un tirón de brazo y la atrae hacia él.

Sé que están hablando, pero los gritos rabiosos de mi amiga Gabriella me impiden escuchar la conversación. Desde fuera parece ser una discusión

bastante acalorada.

De pronto, sin esperármelo ninguno de los presentes, uno de los borrachuzos le atiza un puñetazo a la chica del tren. Gabriella sale disparada a ayudarla y yo me quedo paralizado, sin saber cómo actuar. No sé qué hora es, ni qué está ocurriendo, pero no puedo perder ese tren.

Salgo corriendo en dirección al andén cuando tropiezo cara a cara con un policía. Me pregunta algo en francés y le señalo dónde están Gabriella y la chica pelirroja, sin mediar palabra.

El policía continúa hacia allí, corriendo, y yo hago lo mismo que él: correr sin pensar.

Mis pies continúan en movimiento, con rapidez, y cuánto más me acerco a la estación más escucho el sonido arrollador del tren... ¡Está llegando!, ¡está alcanzando el andén!

Alcanzo el lugar, exhausto. El estómago me duele una barbaridad por la patada que el borrachuzo me ha propinado y me cuesta respirar; estoy agotado. El sonido atronador del tren ataca mis oídos y unos enormes focos amarillentos me ciegan. ¡Bien, no he perdido el tren!

—Me alegra saber que lo has conseguido —susurra el hombre de los billetes dorados—. Siéntate en tu sitio. Regresamos a tu hogar.

Saco el billete dorado del bolsillo interior de la chaqueta y rememoro el número del asiento que me corresponde: dieciséis.

La chica pelirroja no está; estoy solo. Los cowboys continúan con su animada charla sin prestarme atención, como lo habían hecho a la ida. Nada ha cambiado y, a pesar de la ausencia de la pelirroja, parece que jamás me haya bajado del tren.

El trayecto de vuelta me resulta muchísimo más corto que el de ida. Cuando alcanzo mi destino las luces se apagan, el sonido se detiene y la oscuridad reina como había reinado la noche anterior.

Me tambaleo a lo largo del pasillo y camino despacito con los brazos estirados hacia delante, procurando no colisionar con ningún objeto que pueda hallarse obstaculando mi camino.

¡Y ahí está tío Albert! Esperándome en mitad del desértico andén con una de sus carismáticas sonrisas.

—Me alegra tenerte de vuelta, Jake —susurra, mientras se lanza hacia mí para darme un abrazo.

Rehúyo de sus brazos y le lanzo una mirada de desprecio; no quiero abrazos, ni sonrisas. Lo que quiero son explicaciones.

—Sabía que lo conseguirías —dice con orgullo.— Vámonos a la cama, es tarde.

Comienza a caminar e ignora mis gestos...Sabe muy bien que estoy enfadado.

Mientras regresamos a casa, me preguntó qué les habrá contando a mamá y a Rose para explicarles mi ausencia. ¡Rose se habrá puesto hecha una furia, seguro!

Entramos a casa, sigilosos, y tío Albert me acompaña hasta mi habitación. No dice nada, sólo sonrío, orgulloso de mi regreso. Yo me remuevo por dentro porque también deseo sonreír, ¡estoy de vuelta en casa! Pero no puedo. Tengo que mantenerme serio y hacerle ver que la broma no me ha gustado en absoluto.

—Mañana será otro día, Jake —se despide él, dándome unas palmaditas en la espalda— Y te sentirás mejor, mucho mejor.

—Eso espero, tío Albert —respondo cortante.

Me acurruco en mi cama y un torbellino de imágenes atacan mis recuerdos: la chica pelirroja en el suelo, siendo golpeada por los dos imbéciles que la acompañaban, mi amiga Gabriella riéndose como una posea en mitad del restaurante... Creo que, al fin de cuentas, no ha sido un viaje tan malo, aunque sí muy extraño.

La mañana siguiente me despierto de golpe, sintiendo un inmenso dolor en mi estómago. Me levanto con rapidez y corro hacia el baño; siento unas horribles ganas de vomitar.

Me siento en el borde de la bañera, con la tapa del inodoro abierta, e intento controlar mi respiración. Inspirar aire, expulsar el aire, inspirar... ¡Qué dolor de estómago! Me levanto la camiseta, e inconscientemente, me masajeo con suavidad la tripa. ¡Ouch, cómo duele! Levanto la mirada y me quedo pasmado al ver lo que el reflejo del espejo me está mostrando... ¡Tengo un tremendo moretón a la par del ombligo!

Está morado y no tiene muy buena pinta, así que procuro no pensar en él y controlar mis arcadas.

—¿Estás bien, Jake? —me pregunta Irina, que está a mi lado vestida con su pijama de ositos.

Pero antes de poder responderle, el vómito se escapa de mi boca. ¡Qué ascazo!

—¡Mamááá! —grita Irina— ¡Mamá, ven aquí, corre! ¡Jake está

vomitando!

Me apoyo en el inodoro y, mientras, el sabor repugnante que corre por mi garganta me provoca una arcada más... ¡Dios mío, si no he comido casi en todo el día! ¿Cómo puedo vomitar tanto?

Cuando termino, observo con repugnancia el líquido marrón que acabo de expulsar de mi interior.

—Ya paso, hijo... —me dice Rose, mientras masajea mi cuero cabelludo —. Lávate la boca y vuelve a la cama.

—¿Jake está enfermo? —pregunta Irina, preocupada.

—No, sólo ha cogido frío... Parece que las bolas de nieve que tiramos ayer le están pasando factura.

¿Ayer?

—Eso fue antes de ayer, Rose —respondo con cara de asco. ¡Puaaagh, la boca me sabe fatal!

Rose se ríe e Irina me mira raro, preocupada.

—No, Jake, eso fue ayer, día de Navidad.

—Ayer no estuve en casa, Rose... ¿Tan poco me habéis echado de menos? —bromeo, un poco indignado.

¿Cómo es posible que no me pregunte dónde estuve?

Rose me mira extrañada y apoya su mano en mi frente.

—¿Tienes fiebre, hijo? —pregunta— creo que estás un poco caliente.

—No creo... —respondo, con poca seguridad, mientras me llevo yo también la mano a la cabeza para asegurarme.

—Cielo, trae el termómetro para tu hermano, por favor —le dice a Irina, que no aparta sus ojos del inodoro... ¡Qué asco!

La pequeña sale corriendo y Rose y yo nos quedamos a solas.

—¿Qué te duele? —pregunta, mientras me pasa mi cepillo de dientes y la pasta dental.

—Nada, yo... Estoy un poco cansado.

—¿Has pasado mala noche?, ¿te duele el estómago?

Rose alarga su mano y masajea mi estómago como había hecho yo hace pocos minutos. Roza el moratón y un pinchazo de dolor me recorre las extremidades.

—¿Te duele? —repite, al ver mi gesto.

—No es nada Rose, de verdad, estoy bien.

Vuelvo a la cama acompañado por ella, e Irina no tarda en regresar con el

termómetro, un vaso de agua y unas mantas. ¿Para qué ha traído las mantas?

Rose suelta un par de carcajadas y le dice que es un amor de niña.

—Ponte bueno, Jake, hoy quiero jugar con la nieve —suplica mi hermanita, antes de abandonar la habitación.

Pocos minutos después, aparece tío Albert. Rose y él comienzan a debatir si llamar a un médico o no.

—Dudo que consigan llegar hasta casa con la nieve que hay —le dice con seriedad.

Cuando tío Albert se acerca a mi cama, me incorporo y le pregunto dónde se piensa Rose que estuve todo el día de ayer.

—Ayer estuviste en casa, con nosotros —responde sin pestañear.

—Eso es mentira, ayer estuve en Francia.

Él se ríe con exageración y me susurra que hablará conmigo en otro momento, cuando estemos a solas.

Paso una mañana espantosa y vomito otras tres veces. Llega un momento en el que no me queda nada en el estómago y expulso un líquido amarillento que sabe a ácido y huele fatal. Cuando llega la hora de la comida me encuentro muchísimo mejor y decido bajar al gran comedor, para poder ver a mamá. ¡Llevo sin verla dos días y ni siquiera ha subido a hacerme una visita a la habitación!

Mamá está con el portátil encima de la mesa, tío Albert y Rose charlan animados e Irina está cabizbaja, jugando con la comida que hay en su plato.

—Jake, ¿te encuentras mejor? —me pregunta Rose cuando me ve en el umbral de la puerta.

Mamá levanta la mirada del portátil y me sonríe con cariño.

—No he querido subir a tu habitación, cielo, tenía miedo de despertarte —me dice con dulzura— ¿estás mejor?

Asiento con la cabeza, en silencio, mientras me incorporo a la mesa.

—¿Tienes hambre? —pregunta tío Albert— ¿quieres que le pida a Stephen un plato de sopa o algo así?

—No creo que le vaya a sentar bien, Albert —le regaña Rose.

—Me apetece un poco de sopa —confirmo.

Irina no ha levantado la cabeza ni siquiera para saludarme y sé que algo le ocurre para estar así. Pocas veces puedo encontrar a mi hermana tan silenciosa.

Stephen me trae el plato de sopa y yo la devoro con ansia mientras Rose y Albert bromean.

—Parece que llevas días sin comer, ¿te vas a atragantar, Jake!

Cuando terminamos de comer, Irina sube corriendo a su habitación, sin mediar palabra con nadie. Tenía pensado quedarme aquí, esperando el momento oportuno para interrogar a tío Albert, pero la curiosidad termina vencién dome y subo tras ella para saber qué le ocurre.

—¿Podemos ir a jugar al jardín, Jake? —me pregunta con un hilillo de voz, entristecida.

Está sentada en un rincón de la habitación abrazando un osito de peluche... ¡Le encantan los ositos!

—¿Qué te pasa? —pregunto, ignorándole.

—Odio a mamá.

—No digas eso, Irina, mamá te quiere mucho.

—Pero yo a ella no.

Me quedo mirándola unos segundos mientras sus ojos se enrojecen y comienza a llorar, con sigilo.

—¿Podemos salir a jugar? —vuelve a preguntar.

Me arrastro por el suelo y la atrapo entre mis brazos. Puede que a veces odie a mi hermana, puede que nos llevemos mal y que nos peleemos a menudo, pero desde que hemos llegado a la mansión de tío Albert, siento que sólo puedo quererla.

—Odio a mamá —repite, con la cabeza hundida en mi pecho— la odio muchísimo.

—Vamos al jardín, enana.

Me abrigo con tropecientas chaquetas y me pongo dos pares de calcetines debajo de las inmensas botas de nieve que tío Albert me regaló las navidades pasadas. Le obligo a Irina a hacer lo mismo y cuando ya estamos preparados para salir al jardín, Rose me pilla por banda y me regaña por “hacer locuras en mi estado”.

La ignoro, porque quiero salir a jugar con mi hermana y animarle el día.

Nieva como nunca. Los copos de nieve me queman la piel y el frío viento que sopla me hace temblar... Ayer disfrutaba de un día soleado y hoy me congelo de frío, ¡qué ironía!

Mi hermana juega con nieve, corre, salta y proyecta bolas a doquier. Yo

me limito a observarla y a esquivar todas las pelotas que me lanza sin piedad. No doy para más ajetreos, me siento exhausto.

El día pasa con tranquilidad y para cuando se cierne la oscuridad sobre la mansión siento que no puedo ni con mi cuerpo. Me arrastro hasta mi habitación y me acurruco en mi cama; no creo que pueda bajar a cenar en este estado.

—Despierta, muchacho —me susurra tío Albert mientras me agita para espabilarme— ¿con quién soñabas?

Me froto los ojos y me incorporo... ¡Me duele el cuerpo! Seguramente Rose tenía razón; no ha sido una buena idea salir a jugar al jardín.

—Con Gabriella —respondo con sequedad. Todavía estoy esperando sus explicaciones.

—¿Es tu novia?

—No, es la chica que conocí ayer en París.

Tío Albert sonríe con picardía.

—¿Era guapa? —me pregunta.

—Era una señora. No me fijé.

Pero sí, Gabriella era guapa. Era mayor, pero muy bella.

—¿Es la chica que te tocó salvar?

—No. Es la chica que me ayudó cuando estaba perdido.

Me levanto de la cama y me acerco hasta la ventana de mi habitación. ¡Estuve en París, sí! ¡Conozco París! ¿Cómo es posible que no viese la torre *Eiffel*?

—¿Quieres volver al tren? —me pregunta él, curioso.

Creo que se está divirtiendo con este tema.

—Quiero explicaciones. No entiendo porqué mamá y Rose no me han preguntado qué hice ayer...

No se ve nada al otro lado del cristal; todo está oscuro. Aunque se escucha el enfurecido resoplar del viento y el granizo que aporrea con constancia mi ventana.

—No te han pedido explicaciones porque en el tren de las almas olvidadas no existe el tiempo. No hay segundos, ni minutos; una vez te subes a él, nada es como en nuestro mundo. No estuviste fuera un día entero, aunque tú creas que sí, y nadie sabe que abandonaste tu cama. Esto es nuestro secreto, Jake, un secreto que tú y yo compartiremos.

El tren de las almas olvidadas... ¡Uff, esto me supera!
Me doy media vuelta y me quedo pasmado contemplando a mi tío. Arrugado, algo viejo, y tan soñador como siempre.

—Quiero volver al tren, tío Albert —confieso dubitativo— pero esta noche no.

Él asiente, complacido por mi respuesta.

—Estoy muy orgulloso de ti, Jake. Sabía que lo conseguirías.

—¿Conseguir el qué?

—Salvar una vida.

Quiero explicarle a mi tío que no salvé a nadie, que no ayudé a la chica pelirroja del camisón. Pero no puedo; no me salen las palabras. Me quedo embobado escuchando el chasquido que provocan los tremendos pedruscos de granizo que revientan continuamente contra el cristal y me pregunto a mí mismo si es cierto lo que acabo de pronunciar en voz alta... ¿De verdad quiero volver a subirme en el tren?

Él se marcha sin decirme adiós, aparentemente complacido, y yo decido volver a mi cama para ver si consigo conciliar el sueño un ratito; me siento aletargado.

De pronto aparezco de vuelta en el andén, en plena noche, pero a mi lado no está tío Albert... Está papá.

¡¿Papá conocía el tren de los disfraces?!

Desde que salí del tren, no he podido olvidarlo. Si estoy despierto, pienso en él, si me quedo dormido, sueño con él. Es irremediable, aunque demasiado cansino para mi cerebro. Mis recuerdos vuelven una y otra vez hacia París y sin ser consciente de ello, siento unas inmensas ganas de regresar al andén. ¿Puede que esté enloqueciendo?

Quiero saber cuál será mi próximo destino, a dónde me llevará la siguiente vez. Por otra parte, no quiero regresar jamás. Es una espiral de contradicciones equivocadas que no puedo abandonar por mucho que me esfuerce... Pero a todo eso, a todas esas inquietudes que carcomen mi interior sin abandonarme ni un segundo, se ha sumado una nueva: ¿papá conocía la existencia del tren?, ¿habría viajado en él alguna vez antes de morir?

Necesito preguntárselo a tío Albert.

Diviso la parpadeante lucecita del despertador y compruebo la hora: las tres de la mañana. Vuelvo a acurrucarme entre la suavidad de las sabanas y, procurando despejar la cabeza por unos instantes de lo sucedido, me decido a dormir. Pero los sueños no quieren saludarme y huyen para que no les de alcance...

Me levanto, enciendo la luz de mi habitación y contemplo las maquetas de los trenes de mi tío. Ahora entiendo esa obsesión que tiene por ellas. El tiempo pasa con lentitud, con demasiada lentitud. Me visto la bata de estar por casa y me calzo las botas de nieve. Quiero volver al andén y no puedo esperar.

Después de rebuscar en los cajones, me hago con una linterna lo bastante grande y salgo al exterior. Me sorprende a mí mismo al comprobar que no siento miedo... ¡Nada de miedo!

Días atrás si alguien me hubiese dicho que abandonaría la mansión a las tres de la madrugada para ir hasta el andén, le hubiese tomado por loco. ¿Yo solo?, ¿en plena oscuridad?

Mientras camino con parsimonia, dejando que mis pies se hundan bien en la profunda nieve — creo que si marco el camino de vuelta no podré perderme en la oscuridad— pienso en mi amigo John. ¿Cómo estará? Cuando me marché el pobre había cogido una neumonía o algo así, e a pesar de haberme propuesto llamarle por teléfono en varias ocasiones, no lo he hecho.

Por unos instantes, me siento una persona completamente diferente a la que era; adulta, sin miedos y con más cerebro que hace pocos días. Creo que me siento más autosuficiente.

Para mi sorpresa, no me cuesta demasiado esfuerzo encontrar el camino de vuelta al andén. Llevo tantos años observando de lejos la vieja estación de ferrocarriles que me he ubicado desde un primer instante con total precisión. Me apoyo en uno de los raídos bancos a descansar y mirar las vías. Está oscuro, sí, muy oscuro; pero mi vista ha tenido el tiempo suficiente como para adaptarse a la negrura. Puedo divisar muchas vías sueltas y partidas... ¿cómo habrá podido el tren deslizarse por ellas? No tiene sentido. Nada de lo que me ha pasado lo tiene.

No sé cuánto tiempo llevo aquí sentado, pensando, pero comienzo a sentir entumecidos los dedos de los pies y el aire frío ha congelado la punta de mi nariz.

Antes de regresar a la mansión, me pregunto a mí mismo qué será lo que me habrá arrastrado a venir a este lugar.

Comienzo a caminar hacia la mansión, absorto en mis pensamientos. No he necesitado seguir el rastro de las pisadas que he dejado en la nieve, pero por si acaso no las he perdido mucho de vista.

Tiritando de frío, vuelvo a acurrucarme en mi cama mientras tiro de las

gruesas mantas para taparme por completo, y antes de que el sueño me abrace para darme una cálida bienvenida, el reloj me señala las cinco y veinte de la madrugada con dos pitidos seguidos.

—¡Despierta, Jake! ¡Despierta! — suplica mi hermana.

—¿Qué pasa? —le pregunto, mientras me froto los ojos y la atrapo entre mis brazos— estate quieta Irina, quiero dormir.

Ella se ríe mientras forcejea y se retuerce para liberarse de mí.

—¡Jake, suéltame! ¡Suéltame!

—Duérmete —balbuceo yo, mientras cierro los ojos.

La tengo atrapada con los brazos y las piernas y la pobre no puede moverse ni un milímetro. Ahogo una risita y me hago el dormido para hacerla rabiar.

—¡Jake, suéltame! ¡Vamos a desayunar!

—No quiero desayunar, enana, quiero dormir.

—¡No me llames enana! —se queja, cabreada— ¡Y suéltame!

No quiero bajar a desayunar. Estoy muerto de sueño y muy cansado; sólo quiero dormir.

—Mamá está desayunando —me dice al oído

Gruño y la aprieto más contra mí. ¡Qué pesadilla de niña! ¿No me piensa dejar dormir?

—Hoy me ha levantado ella de la cama... Y nos hemos duchado juntas.

Abro los ojos de golpe. ¿Mamá prestándole atención a Irina? Me encuentro a mi hermana sonriendo, con la mirada repleta de ilusión.

—Vamos a desayunar todos juntos, Jake, por favor.

—Está bien —acepto, porque no quiero ser yo quien le robe la felicidad.

Le devuelvo a mi hermana la libertad y me incorporo con lentitud. ¡Dios, estoy muerto de sueño! Vuelvo a frotarme los ojos, con esmero, y arrastro el cúmulo de legañas que tengo en los lagrimales.

Cuando bajo al comedor, me encuentro a mi madre charlando con Rose y a tío Albert devorando tostadas con huevo revuelto. Irina se lanza a los brazos de mamá y ella le da un besito en la frente. ¡No me puedo creer lo que estoy viendo! ¿Vamos a desayunar en familia?, ¿todos juntos?, ¿sin peleas ni discusiones? ¡Increíble!

Me siento en la mesa y no puedo ocultar mi sorpresa, ¡estoy emocionado!

Creo que después del numerito que montó Irina ayer, mamá ha recapitado por fin. No quiero hacerme ilusiones pero... tal vez todo vuelva a la normalidad. Tal vez, con el tiempo, las cosas vuelvan a ser como antes; aunque sin papá.

Ese pensamiento me recuerda el extraño sueño que he tenido la noche anterior y me apunto en el bloc mental que tengo que preguntarle a tío Albert si papá conocía el tren.

Cuando terminamos de desayunar, Rose propone salir a pasear por los terrenos de la mansión y, ésta vez sí, jugar con la nieve en familia. Mamá acepta encantada, pero se la ve más distraída que antes, e Irina salta de emoción.

Ha sido una mañana maravillosa, ¡perfecta! Pero algo en mi interior me avisa de que esto no durará... De que mamá no volverá a ser como antes, de que, cuando regresemos a casa, la situación volverá a cambiar.

Siento una terrible lástima por Irina, porque sé muy bien que necesita a su madre. Perdimos a papá y después perdimos a mamá. Y ahora que parece que la estamos recuperando... No, esto no durará.

A la hora de comer, tío Albert convence a Stephan para que se siente con nosotros en la mesa y Rose y mamá nos sirven la comida. Stephan no deja de quejarse y repite con constancia que esas tareas son suyas, no de ellas; pero todos nos reímos y, al final, termina uniéndose a la charla como uno más de la familia.

Mientras engullo sin masticar el entrecot con verduras, mi mirada y la de tío Albert se cruzan en un par de ocasiones. Hoy volveré a subirme al tren, lo sé, pero no estoy completamente seguro de querer hacerlo.

—Eres igual que tu padre —me dice mamá mientras me observa sonriente — no eres capaz de comer en condiciones... ¡Te vas a atragantar!

Todos se ríen del comentario, menos Irina, que retuerce y agacha la mirada evitando encontrarme. Algo me dice que también lo sabe. Sabe que esto no durará.

—Se me hace raro no escuchar un teléfono sonando constantemente — bromea Rose— ¿qué has hecho con tus cachivaches, Buffy?, ¿se te han roto?

—He decidido desconectarlos mientras estemos aquí, para poder disfrutadas de mis merecidas vacaciones. ¿O no me las merezco?

Irina y tío Albert sonrían, contentos por la noticia.

—Sí, sí... Te las mereces —afirma Rose con alegría— esperemos que no se queme el despacho en tu ausencia.

La cara de pánico de mamá nos provoca a todos una gigantesca carcajada y, entre risotadas y alegría, terminamos de comer.

Por la tarde, decidimos jugar al “*Todos en uno*”, un juego de mesa que a Irina le chifla. Tenemos que adivinar qué dibujo tiene el contrincario en la carta que esconde tras recibir una serie de descripciones al respecto y hacérselo saber al otro miembro del equipo sin que se enteren los demás. Cuando tenemos claro qué dibujo esconde la otra persona, pulsamos el botón verde que hay en el centro del tablero simultáneamente. En mi equipo nos hemos juntado Rose y yo, mamá e Irina han formado otro y tío Albert está con Stephan.

Cuando ya llevamos un par de partidas, los adultos deciden “poner la cosa interesante” y apuestan dinero. Yo decido apostar la paga de Navidad que tía Rose me ha dado, pero mamá no me deja y termino arriesgando mi postre de la cena. La verdad es que prefería perder la paga de Navidad que el postre. Como me temía, pierdo mi postre y tía Rose su dinero.

—La cosa está que arde —bromea mamá, que ha ganado las últimas tres partidas.

Stephan y tío Albert sonrían emocionados y apuestan más dinero.

—Yo me he quedado pobre —dice tía Rose, que lógicamente, no quiere perder más— en otra ocasión será.

Yo tampoco quiero perder más postres y, aunque me dicen que no es necesario apostarlos, que simplemente juegue, me niego a continuar. Rose, Irina y yo nos retiramos y mamá, Stephan y tío Albert pasan a los juegos de cartas.

Nos hemos acurrucado en el sofá que hay frente a la chimenea y el resto se han quedado en la mesa redonda – como la mesa de los caballeros de *escalibur* – que decora el salón a mi izquierda. Como no entramos los tres en el sofá, Irina se ha envuelto en una manta de lana y se ha tirado en nuestros pies, en el suelo.

Pasa el tiempo y la partida de cartas parece que no tendrá final. Me alegra ver a mamá así, tan inmersa en la familia, en las cosas sencillas que tiene la vida. Escucho un fuerte gruñido y agacho la mirada hacia mi hermana; ¡está roncando!

—Esta niña ya irá por su séptimo sueño, por lo menos —ríe Rose.

Tiene razón. Está profundamente dormida.

—Voy a subirla a su cama, ¿vale, Jake?

—Vale —respondo sonriente.

Me pregunto porqué llamo a Rose por su nombre cuando, con el tiempo, se ha ganado ser nuestra tía y no una persona sin más. Supongo que no tendrá demasiada importancia, pero cuando la veo auparla a Irina en brazos y subirla hacia su habitación no puedo evitar preguntármelo. ¿Querrá ella que la llame tía? Tía Rose. No suena mal.

Miro en el reloj que adorna la carismática chimenea y marca las nueve de la noche. Como todavía faltan tres horas para coger el tren, decido descansar un ratito hasta que terminen la partida. Sí, será una noche muy larga y un poco de reposo no me vendrá nada mal. ¿A dónde viajaré esta noche?

Los dos pitidos que anuncian periódicamente la hora me despiertan de golpe. No sé qué hora es, ni cuándo me he dormido pero... ¡El tren! Me incorporo de un salto en la cama y me quedo anonadado mirando la lucecita del despertador; son la una de la madrugada. ¡He perdido el tren! ¿Cómo me ha dejado tío Albert dormir tanto?, ¿será que hoy pasa a una hora diferente?

Enciendo la lámpara de mi habitación y mis ojos se cierran inconscientemente atacados por la luminiscencia del ambiente. Tengo que vestirme, porque si salimos a la calle y subo a bordo, quién sabe dónde terminaré... Sea donde sea, no quiero aparecer en pijama.

Me calzo unas playeras ligeras, pensando que con ellas seré capaz de

soportar mejor el trote que con seguridad me aguarda, cojo la linterna que me he agenciado y salgo corriendo a buscar a tío Albert.

La mansión está enterrada bajo el silencio y las sombras reinan con orgullo en cada esquina. Todos están dormidos.

Golpeo repetidas veces la puerta de la habitación de tío Albert, sin obtener respuesta a cambio. Espero, espero y espero. Pero nadie sale de allí. Aporreo la puerta, con más ganas, y vuelvo a esperar. Escucho a mi tío maldecir con palabras inapropiadas y segundos después aparece tras el umbral.

—¿Qué pasa, muchacho? —pregunta adormilado.

Va vestido con un pijama de abuelo que le hace parecer mucho más mayor de lo que ya es.

—¿Ha pasado algo? —repite.

—Tío Albert, son la una —respondo yo, alarmado— ¡El tren!

Él sonríe con entusiasmo y se hace a un lado para dejarme entrar en la habitación.

—Hoy no vas a coger ningún tren, Jake —avisa, mientras bosteza con aires de cansancio.

—¿No voy a volver al tren? —repito, incrédulo.

Desde que me bajé del tren, lo único que he deseado ha sido volver a subirme a él, creo. ¿Por qué no voy a volver?

—Hoy no, aunque mañana tal vez sí.

Tío Albert me mira de hito a hito y suelta una estrepitosa carcajada.

—¿Te has vestido? —me pregunta, risueño, mientras se le escapa otro bostezo—. Mañana volverás, pero hoy necesitas descansar. Llevas todo el día arrastrándote como un alma en pena.

—¡Tío Albert, estoy descansado y más que preparado para volver! —exclamo un tanto indignado.

Él saca su reloj de bolsillo y mira la hora con el ceño fruncido.

—Hoy no podrá ser, lo siento. Mañana será otro día.

Sin añadir nada más, se despide de mí y me da un par de palmaditas en la espalda.

Regreso a mi habitación, todavía indignado por los acontecimientos, y vuelvo a vestirme el pijama. Estoy seguro de que, una noche más, me costará conciliar el sueño; pero también sé que necesito dormir si quiero rendir al completo mañana.

Antes de dormirme, por una milésima de segundo, papá vuelve a hacerse con el poder de mis pensamientos. ¿Qué me está sucediendo estas vacaciones? Pienso en Rose como la tía mía que es, no puedo evitar querer a Irina más de lo normal y procuro no hacerla rabiar mucho, vuelvo a pensar en papá... papá. Hacia tantos años que no pensaba en él, que no le dedicaba mi tiempo... ¿Qué habrá hecho que vuelva a rondar entre mis pensamientos?

Creo que he soñado con él, porque cuando me he despertado, tengo una imagen grabada en la cabeza que no consigo olvidar. No sé si es un recuerdo o parte de mi sueño: me veo con papá, jugando a la pelota, mientras mamá le da el biberón a Irina. Hace un día soleado y estamos en un campo verde que se extiende hacia todas las direcciones. Hay árboles esparcidos sin sentido por el terraplén y al fondo se divisa un pequeño bosquecillo. Es un lugar precioso para pasar la tarde. Mamá y mi hermana están sentadas en una mantita de picnic y papá las llama una y otra vez, pero ellas sonríen y se quedan donde están.

Lanzo la pelota con ganas hacia papá, porque quiero demostrarle la fuerza que tengo, y me paso de largo... ¡La pelota sale disparada hacia el bosquecillo! Me siento fuerte, ágil, y me enorgullezco de mí mismo. Papá sale corriendo en busca de ella y, mientras él se acerca al bosque, las nubes aparecen para tapar el sol. Alzo la vista para observarlas y veo cómo los blancuecinos nubarrones se están tornando grises, más y más grises. Mamá y yo le gritamos a papá a simultáneamente, pero él nos ignora y corre tras la pelota. De pronto, empieza a llover.

Mamá envuelve a Irina en la mantita de picnic y me agarra de la mano:

—Vamos al coche, Jake, esperaremos allí a papá —me dice.

¡No me quiero ir!, ¡quiero esperar a papá!

Se escucha un sonido atronador y un rayo ilumina el cielo. Mamá tira de mi brazo y salimos disparados. ¡Yo quiero permanecer aquí, pero mis pies se mueven solos tras mamá!

Cuando nos subimos al coche, pego mi cara al cristal y diviso a mi padre adentrándose en el bosquecillo, mientras el llanto de mi hermana inunda mis oídos. Sólo veo su sombra, entre la lluvia, parpadeando constantemente bajo los relámpagos; pero sé que es él. Y sé que no volveré a verle jamás.

Agito la cabeza con rigurosidad, procurando borrar las imágenes de mi mente, y camino hacia la ducha mientras me desvisto.

El agua caliente que cae en cascada me alivia el agarrotamiento muscular de la noche y, cuando salgo de la ducha, me siento mucho mejor que antes.

Pienso en bajar a desayunar cuando el despertador me avisa de que han dado la una y media del mediodía y me quedo donde estoy. Dentro de poco Stephan o Irina subirán para decirme que la comida está lista.

Decido vestirme elegante y saco una camisa beige y unos vaqueros ajustados del armario. Seguramente, después del paseo por la nieve de ayer, hoy no saldremos de la mansión, así que me calzo con las deportivas y guardo en el armario las botas de nieve.

Rehago la cama lo mejor que puedo para evitar así que el personal de limpieza tenga que entrar en mi habitación, me siento en una esquina y agarro uno de los fantasmales libritos de Dickens. Ha llegado la hora de adentrarme en la lectura y, quién sabe, tal vez conseguir olvidar ese endiablado tren.

Cuando el despertador me avisa con su singular doble pitido, suelto el libro y me quedo pasmado mirando el reloj; las tres de la tarde. ¿Cómo es que nadie ha subido todavía a mi habitación?, ¿dónde estará la gente?

Aparco la novela en el hueco de la estantería que le corresponde y salgo de mi habitación. Lo primero que me sorprende, es el silencio. Aunque no es de extrañar dadas las dimensiones que posee la mansión.

Bajo al salón principal y me encuentro una pila de maletas asentadas junto al sofá. ¿Quién se marcha?, ¿Stephan tiene vacaciones de navidad?

—Han llamado a mamá —dice la voz de Rose a mis espaldas.— Mañana a primera hora regresaremos a casa.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendido.

—La necesitan urgentemente en el despacho.

¡Sabía que esto no duraría! ¡Lo sabía!

—Aprovecha el día de hoy para estar con tío Albert, porque no le volveremos a ver hasta la siguiente visita.

—Está bien —asiento.— ¿Puedo llamar a John para decirle que regresamos a casa?

Tía Rose sonrío, asiente con la cabeza y rebusca en su bolso para encontrar el móvil.

—El número de la casa de John está en la agenda. Cuando termines, lo dejas en mi habitación, ¿vale, Jake?

—Sí —afirmo, obediente.

¡Sólo tengo una noche para subirme al tren!

Subo corriendo a mi habitación en busca de intimidad e indago en los nombre de la agenda de tía Rose.

Cuando encuentro el nombre de la señora Jones entre el listado, marco el simbolito verde de llamada. Suenan varios pitidos y la voz de la madre de John aparece a través del altavoz.

—¿Dígame?

—Señora Jones, soy Jake, ¿está John en casa?

—¡Jake! ¿Cómo estás cariño? —Pregunta con tono dulzón— ¿Qué tal van las vacaciones?

—Muy bien, aquí está todo nevado —respondo sin saber qué decir.

—Me alegro mucho cielo, ahora mismo te paso con John, ¿vale? El pobre está todavía un poco pachucho, parece que no se termina de recuperar... ¡Y con el frío que hace! Válgame Dios, ¡vaya tiempo tenemos! Ha estado diluviando toda la semana, Jake, no sé si por allí os lloverá pero aquí ya salimos en bañador de casa. ¿Cuándo vuelves, Jake?

—Mañana a primera hora salimos de la casa de mi tío.

—¡Mañana! ¡Qué poco tiempo habéis estado!

—Es que mamá tiene que volver al trabajo —anuncio un poco desganado.

—Mamá, ¿es Jake? ¡Pásame el teléfono! —escucho la voz John de fondo.

Ahogo una risita y pienso que la señora Jones es una vieja pesada, aunque puede ser bastante agradable si se lo propone y hace unas galletas de chocolate que están de escándalo.

—Bueno cariño, te paso con John, ¿vale?

—Sí, por favor.

—¡Tíooooo! ¿Dónde te metes? ¡No te despediste de mí! —me dice él.

—Lo siento, la pesada de Rose no me dejó pasarme por tu casa —miento — ¿qué tal estás?

—Yo bien, bueno... Todavía tengo un poco de fiebre pero ya no me duele nada. ¿Qué tal por la mansión, colega? Me hubiese gustado ir...

—¡Bien, muy bien! —exclamo emocionado— No tengo mucho tiempo, tengo que devolverle el teléfono a la doña perfecta de Rose...—suspiro— están siendo unas vacaciones increíbles. ¡He viajado a París!

—¿Habéis estado en Francia?, ¿cuándo? ¡Si sólo llevas unos días fuera!

—Ya lo sé, mañana te lo contaré todo. Esta noche también me iré por ahí, cuando vuelva te cuento... ¡Vas a alucinar, tío!

—¿Pero no volvías mañana?— me pregunta él, anonadado.

—Sí, volvemos mañana. Te llamo cuando lleguemos a casa y te lo cuento con detalle — repito— ¿bien?

—Bien, ¡hasta mañana, tío!

—Adiós.

La tarde pasa con lentitud... Como si los minutos se hubiesen quedado estancados y el segundero de los relojes se negara a continuar en movimiento. Como si el planeta Tierra hubiese decidido que, el ritmo al que giraba, era demasiado rápido para la multitud de sus habitantes y necesitaba disminuir su velocidad.

Cuando llega la hora de la comida, los nervios crean un nudo en la boca de mi estómago y no consigo tragar. Rose me mira con gesto extraño porque sabe que no es lo habitual en mí y me pregunta si me encuentro bien. Le respondo que sí, aunque no lo estoy. ¡Necesito regresar al tren antes de marcharme! Hoy no puedo quedarme dormido, ni descansar mientras se acerque la hora. Quiero volver a vivir una aventura antes de regresar a la rutina diaria de mi vida.

Cuando leía las aventuras que Charles relataba en sus libros, me preguntaba cómo se sentirían en la vida real esos personajes que él rodeaba sin piedad de fantasmas. Me preguntaba si, dado el caso, hubiesen permanecido inamovibles ante tales sucesos; butacas que crean vida propia y hablan, antes que te torturan con tus propios recuerdos, almas perdidas que sólo necesitan tu ayuda... Almas perdidas.

Sí, en la vida real hubiesen permanecido inamovibles. Porque aquellos personajes convertidos en personas serían únicas en el mundo. ¡Podrían vivir experiencias que ningún otro ser hubiese sido capaz de imaginar...! Y eso mismo es lo que deseo inconscientemente; vivir aventuras inimaginables que nadie en este universo sea capaz de relatar.

Tras la comida subo a mi habitación y me hago un ovillo tumbado en mi cama. No quiero quedarme dormido, pero tampoco tengo ganas de hacer nada más.

—Esta vez tengo que aprovechar la oportunidad —susurro en voz alta—. No puedo dejarla escapar.

Tengo que disfrutar de aquello que me rodea antes de que se acabe... ¿Me dejará tío Albert regresar al tren el año que viene?

Sacudo la cabeza y me incorporo de un salto. Necesito y tengo que distraerme. Saco un chándal del armario, las ligeras zapatillas de deporte, la linterna y lo coloco con delicadeza en los pies de la cama.

Bien... ¿Ahora qué?

Rebusco en los armarios y me hago con el poder de mi antigua mochila escolar. Decido que lo más sensato es cargarme de provisiones y, sin pensármelo dos veces, corro escaleras abajo, entusiasmado, y me adentro en la cocina. Es la primera vez en mi vida que piso esta habitación de la mansión.

—¿Desea algo señorito? —pregunta una mujer regordeta que viste un delantal.

También es la primera vez en mi vida que la veo. Sé que en la mansión de tío Albert trabajan muchas personas pero... Esta señora no me suena haberla visto con anterioridad.

—No, gracias. Estoy bien —respondo de inmediato.

La mujer frunce el ceño exageradamente pero no añade nada más.

La cocina de tío Albert es grande... ¡Es gigaaaante! Como todo en esta casa, parece creado con longitudes desproporcionadas. Tiene estanterías, armarios, cajones, muchos fuegos, mesas, cazuelas, colecciones de cuchillos, utensilios demasiado raros para mí (no tengo ni idea de lo que son), despensas, varias neveras, ¡un congelador que al menos mide metro y medio!

Me siento como en un enrevesado laberinto y me pregunto por dónde empezar a buscar. Aclaro mis ideas con paciencia y me pregunto a mí mismo qué provisiones necesito para el viaje.

—¿Seguro que no necesitas mi ayuda? —repite la mujer, que me está observando con incertidumbre mientras pela lo que creo que son las patatas de la cena.

—Necesito comida —respondo, dubitativo. No quiero que me pregunte para qué.

—Entonces estás en el lugar adecuado —dice sonriente— ¿qué tipo de comida quieres?

Me encojo de hombros, sin saber qué responder.

—¿Te lo vas a comer ahora mismo?

—No señora, me lo comeré hoy a la noche, o por la mañana quizás.

La mujer suelta una retumbante risotada y con movimientos exagerados camina hasta una de las despensas. Tiene las caderas muy anchas y parece

mucho más gordita de lo que es. La cara, de forma ovalada, está decorada con simpáticas pequitas y unos ojos saltones que pestañean sin detenerse.

—La crema de cacahuete no se pone mala con facilidad... ¿qué te parece un sándwich de cacahuete?

—Me parece bien. Aunque con un sándwich resuelvo nada, señora, necesito mucha comida.

La mujer echa la cabeza hacia atrás y vuelve a reír exageradamente. Todos sus gestos y actos son demasiado extravagantes para mi gusto, pero parece simpaticona así que me río a su par y le sigo la corriente.

—¿Tienes pensado hacer una excursión nocturna? —me pregunta con picardía.

—Algo así, así que también necesitaré botellas de agua.

—Me recuerdas a tu tío —bromea ella.

La tarde pasa con más rapidez de la que esperaba. Termino amistándome con la mujer de la cocina, que se llama Alice y tiene cuatro hijos. Los cuatro son mayores y se han independizado aunque me habla de ellos como si fuesen todavía unos niños de cinco añitos. Me pregunta qué quiero que me prepare para cenar y, como la había visto pelando las patatas, le pido que guise un entrecot para acompañarlas.

Decido quedarme a su lado porque estoy entretenido y ella continúa contándome su vida. Aunque desde muy joven comenzó a trabajar en las cocinas, me explica que de pequeña su sueño era ser profesora.

—Por desgracia, muy pocas veces los sueños se cumplen —me dice entristecida— me casé jovencita, con diecinueve años, y el mayor llegó cuando tenía veintitrés.

—Papá tenía veintitrés años cuando nació —le digo— Y también soy el mayor... aunque sólo somos dos hermanos. Irina y yo.

—La he visto correteando por la casa, parece una niña muy tierna.

—Es un demonio, aunque buena niña si se lo propone.

Stephan entra por la puerta y se queda pasmado, observándome.

—¡Albeeeeeert! ¡Está aquí!

Alice y yo nos miramos con curiosidad... ¿Qué está pasando?

Pocos minutos después, Rose y tío Albert aparecen en la cocina con aires acalorados.

—¿Dónde te habías metido, Jake? ¡Te estábamos buscando! —exclama Rose, enfadada.

Alice se echa a reír como una loca y las miradas enfurecidas de tío Albert y Rose menguan considerablemente.

—Es culpa mía, señor... Creo que he entretenido más de lo que tenía pensado —se disculpa Alice— el pobre sólo quería un sándwich porque tenía hambre.

—Si hubieses comido como es debido en su hora, no tendrías la necesidad de ir a buscar un sándwich... ¡Además, es la hora de cenar!

Tío Albert está mirando la mochila que tengo a mis pies (repleta de comida) y sé que sospecha lo que hay en su interior y para qué la quiero. Mueve la cabeza de un lado a otro, mientras Rose sigue gritando y gesticula un “no” con sus labios.

Alice se da cuenta antes que yo de lo que quiere decir tío Albert y le pega una patada a la mochila, de manera que queda escondida tras el mostrador para que Rose no pueda divisarla.

—Si le parece bien a la señora Rose Mary, el chico podría ayudarme a preparar la mesa del comedor. Podría servir como castigo. Rose asiente, dubitativa, y yo le agradezco eternamente a Alice el haberme sacado del berenjenal y de la furia de mis tíos.

Ponemos la mesa entre los dos y con la ayuda de Stephan servimos la comida en los platos. Antes de sentarme a cenar, me paso por la cocina, recupero mi mochila y la subo a mi habitación. Chándal, deportivas, linterna, provisiones. Está todo preparado para mi viaje.

Cuando nos sentamos a cenar el reloj marca las diez y cuarto de la noche. ¡Qué nervios tengo! No tengo mucha hambre, pero Alice ha mentido por mí y me obligo a tragar unas pocas patatas y un poco de entrecot porque les ha dicho que estaba “hambriento”.

Terminamos y tío Albert nos pide que aguardemos en la mesa unos minutos mientras él sube a buscar “unas cosillas” a su habitación.

—Tenía pensado entregaros estos regalos unos días antes de vuestra partida, pero como el momento se ha adelantado, os los entrego ahora —anuncia, mientras camina hacia Irina— esto es para ti, cielo. Espero que te guste.

Mi hermana está cabizbaja porque mamá vuelve a estar pegada al ordenador, al móvil y a todos sus cachivaches. Nos sorprende cuando tío Albert le entrega el paquete y se le ilumina la mirada, sonriente.

—Pesa mucho —nos cuenta mientras lo agita con ganas.

—Venga, ábrelo y deja de agitarlo. Con tanto meneo lo vas a romper, enana —le apremio.

Mi hermana arranca el papel y suelta un chillido de ilusión. Me quedo observando la caja que tiene en las manos sin saber qué es. ¿Para qué quiere Irina una caja?

La abre con delicadeza y aparece sobre un muelle una bailarina con tutú.

—Dale cuerda, cariño —insta tío Albert.

Irina la pone bocabajo y gira una pequeña manivela que la cajita tiene medio escondida; de pronto, una tranquila melodía que me recuerda a una nana comienza a sonar y la bailarina con tutú que está sobre el muelle da vueltas y más vueltas.

—Tío Albert... ¡Me encanta! —anuncia mi hermana, impresionada.

—Me alegra mucho saberlo, cariño —responde él mientras camina hacia mí.

Me tiende una pequeña cajita y un sobre cerrado. Lo primero que hago es abrir el sobre y desdoblar la hoja que contiene para leer las palabras que hay impresas:

“Para que no vuelvas a perder jamás el tren”

Vuelvo a doblar la hoja y me la guardo en el bolsillo. Cuando levanto la cabeza, me encuentro todas las miradas clavadas en mí; están esperando que lea lo que tío Albert me ha escrito.

—¿Quieres abrir mi cajita? —le pregunto a mi hermana, pensando que, tal vez, con eso logre distraer la atención del personal.

—¡Siiiiiiií!— exclama con entusiasmo.

Le tiendo el paquete y arranca el papel mientras da saltitos en la silla. Abre la caja y saca de ella un pequeño reloj de bolsillo.

—¿Es un colgante?, ¿los chicos os ponéis collares?— pregunta, extrañada, mientras se lo intenta colocar en el cuello.

Todos los presentes soltamos una contagiosa carcajada y yo me hundo en mi asiento, tranquilo, sabiendo que ya no me preguntarán por lo que había escrito tío Albert en la carta.

—Es un reloj, princesa —dice mamá, divertida.

—¿Esto es un reloj? —repite mi hermana, incrédula, mientras me devuelve mi regalo.

Tiene grabados unos dibujos muy extraños en la tapa. Es bonito, aunque muy peculiar. Abro la tapita con curiosidad y me encuentro algo todavía más singular que los dibujos del exterior: ni tiene las horas marcadas ni consta de aguja segundera ni minutería... El reloj sólo tiene una aguja: la que marca las horas. En lo más alto del círculo, donde debería de estar inscrito un doce, se halla el diminuto dibujo de un trenecito que parece de juguete.

— Es precioso tío Albert —le digo, anonadado.

Tío Albert saca sus dos bolsillos vacíos y los deja colgando en el exterior... ¡Es su reloj! ¡Me ha regalado el reloj que siempre llevaba él encima!

—Me alegra saber que te ha gustado —me dice, complacido.

Le entrega varios regalos a mamá y a Rose (pulseras, collares, un vestido... nada del otro mundo ni de mi interés) y todos nos levantamos de la mesa para irnos a “dormir”.

Antes de subir a mi habitación, me paso por la cocina para darle las gracias a Alice y ella me corresponde con un apretado abrazo. Es una mujer maravillosa, como Gabriella.

Mientras regreso a mi habitación pensando qué puedo hacer hasta las doce de la noche para no quedarme dormido, abro el reloj que tío Albert me acaba de regalar y observo como la única aguja que contiene está cerca, muy cerca, del pequeño trenecito.

¡Se acerca el momento!

Las once y media de la noche. La aguja está cada vez más cerca del dibujo. ¿Dónde se ha metido tío Albert?, ¿es que no piensa acompañarme esta vez?

Me siento en la cama, a esperar; es lo único que puedo hacer. De pronto, como si se tratase de una estrella fugaz, una idea vuela por mi cabeza y la atraviesa como un rayo.

Me levanto de un salto de la cama y saco del armario una pila de almohadones y mantas. Voy a rellenar la cama por si Rose se despierta en plena noche para comprobar si estoy durmiendo.

Una vez terminada la tarea, regreso a mi posición y me siento a esperar con la mochila cargada en el hombro derecho.

Tío Albert viene a buscarme a las doce menos cuarto y para entonces ya estoy cardiaco. ¡No quiero ni pienso perder el tren!

—¡Pero qué has hecho, muchacho! —me pregunta muerto de risa, mientras señala mi cama.

—Por si acaso Rose se despierta —le explico con rapidez, tiro de su brazo y lo saco de la habitación—. Vámonos, tío, no quiero perder el tren.

Corremos a través de los jardines y voy alumbro el camino a seguir con la linterna. Tío Albert parece sorprendido por mi entusiasmo, aunque no dice

nada al respecto.

Cuando llegamos a vieja estación abandonada, los dos nos sentamos en el banco raído y esperamos, en silencio, con el reloj abierto de par en par. No falta mucho para que llegue.

¡Y ahí está! El arrollador estruendo del tren en marcha aproximándose a nosotros alcanza mis oídos y hace temblar el suelo que mis pies pisan. Me incorporo de un salto y camino unos pasos al frente. El viento sopla con fuerza y me cuesta mantenerme inmóvil en mi sitio.

El primer vagón pasa por delante de mis ojos y poco a poco la velocidad del ferrocarril disminuye. Cuando las puertas se abren de par en par, el silencio vuelve a apoderarse de la desamparada estación y el hombre bigotudo que había visto la vez anterior se baja al andén.

—¡Pasajeros a bordo! —grita muy alto, mientras hace sonar las campanillas.

Vuelvo a caminar unos pasos al frente en su dirección y le pido un billete. El hombre sonríe con malicia y corta un papelito dorado para mí. Veintidós. Mi asiento es el veintidós.

Antes de subirme a bordo, giro la cabeza hacia atrás y me despido de tío Albert.

—¡Mucha suerte, Jake! —me desea.

La voy necesitar, estoy seguro.

Como la vez anterior, el tren se halla inmerso en la tenebrosa negrura. Saco la linterna del bolsillo y aprovecho para caminar en busca de mi asiento antes de que éste se ponga en marcha; así evito caerme al suelo y ser el centro de atención como la vez anterior.

No tardo mucho en dar con mi lugar, y para cuando el ferrocarril recupera su trayectoria y las luces regresan, yo ya me hallo sano y salvo, sentado.

Observo al hombre que tengo a mi par y me quedo pasmado contemplando su uniforme de policía. ¡Un policía!, ¡tengo que salvar a un policía! Normalmente suele ser al revés; los policías salvan a los civiles.

—Pide que te cambien el billete, chaval. Tú no eres suficiente para resolverlo —me dice, distraído, sin siquiera mirarme a la cara.

Me recuerda a la mujer pelirroja del camisón y no puedo evitar soltar una risita. Eso le sorprende y me gana su atención. ¿Por qué todos creen que no puedo ayudarles?, ¿será por qué soy un crío?

—Vamos a procurar no perder el tiempo, ¿vale? —le digo con seguridad

— cuéntame, ¿vivías en Inglaterra? Eras policía, ¿verdad?

El hombre me observa con seriedad y algo me dice que me estoy ganando su confianza.

—Sí, vivía en Inglaterra. Y sí, era policía —responde.

—Está bien. ¿Cómo moriste?

—No lo sé, no lo recuerdo.

Esto último me va a complicar las cosas. Esta vez esperaba saber a qué me iba a enfrentar...

—¿Podrías darme tu dirección? Los datos de tu trabajo, tu placa, nombre y apellido, si estabas casado, si tenías hijos... Necesito conocerte.

—Está bien —accede él, un poco desconcertado.

—Próxima parada... ¡INGLATERRA! —anuncia el hombre del bigote mientras agita las campanillas.

Parece ser que esta vez vamos a tener menos tiempo para preparar las cosas, aunque el factor sorpresa ya no me influirá. Sé a dónde voy; hablaré el mismo idioma que el resto de los transeúntes y sabré dónde puedo encontrar al policía. Esta vez no debería de tener muchos problemas aunque... ¡Uf, siendo policía a saber cómo murió! ¿Una bala?, ¿un asesino en serie?, ¿un ladrón? Los nervios vuelven a jugar con mis piernas y pataleo con nerviosismo sin darme cuenta. Está bien, tengo que despejar la cabeza y reunir la mayor información posible antes de que alcancemos nuestro destino.

Escucho con paciencia cada palabra que el policía, Randall, me va diciendo. Está casado, tiene un hijo de seis años de edad y trabaja como comisario en un pueblito muy pequeño de Inglaterra del que nunca hasta entonces había escuchado hablar.

Noto como la velocidad del tren comienza a disminuir y escucho el sonido de las campanillas agitándose en el aire:

—Próxima parada... ¡Port Isaac! —exclama el hombre bigotudo—
¡Alcanzamos el destino!

Se nos ha terminado el tiempo. Miro directamente hacia los ojos de Randall, como si estuviese intentado entrar en su mente y extraerle más información; él no dice nada. No sabe darme más datos porque no recuerda los detalles su vida, ni de sus últimos días. Su nombre, su oficio y su familia. Me parece que es más que suficiente para un muerto.

El tren se detiene y rebusco en mis pies hasta dar con la mochila. Muy bien, ha llegado el tan deseado momento.

—Randall, te salvaré —le digo, antes de marcharme.

Le salvaré sea como sea. No sólo por él, también por mí, porque quiero regresar a mi hogar.

El revisor de sonrisa maliciosa me apremia con la mirada para que abandone cuanto antes el tren. Cuando comienzo a caminar hacia la salida, tanteo la mirada entre la multitud de pasajeros en busca de... Él. Sólo le veo a él.

Viste una camiseta de su equipo de fútbol, el Liverpool, unos pantalones vaqueros pesqueros y unas botas de agua. Me quedo observándole, inmóvil, sin creer lo que estoy viendo... ¡No puede ser! Sus ojos azules se cruzan con mi mirada pero él me ignora... Sus ojos azules, o mejor dicho, mis ojos azules. Porque todo el mundo sabe que los heredé de él. Tiene la barba mal recortada y el pelo revoltoso. Está igual. Es él. Sólo puede ser él.

El tiempo se paraliza y creo que mi corazón se ha quedado en pausa. ¡No puedo reaccionar! ¿Qué hago?, ¿qué puedo hacer?

—¡PAPÁ! —chillo con un hilillo de voz.

Quiero gritar y conseguir llamar su atención pero las palabras deben de perderse en algún lugar de mi cuerpo porque no las escucho salir al exterior. ¡Me ha mirado y se ha girado! ¿Cómo es posible? ¿Cómo me ha podido ignorar? ¡Soy su hijo!

—¡Papá, por favor! —suplico con un chillido desesperado.

Cuando quiero darme cuenta, estoy de rodillas en el suelo. Desecho, llorando. ¡No puede ser! ¡Esto no puede estar sucediéndome!

—Vamos, muchacho, tienes que bajarte del tren —me apremia el hombre de los billetes.

No, no, no, no... ¡No puedo irme sin él! ¡No puedo dejarle! ¡No puedo!

Noto un tirón en mi brazo y clavo mis acuosos ojos en el hombre que me está agarrando con ferocidad.

—¡Es mi padre! —exclamo, enfurecido.

¿Qué hace?, ¿por qué me está agarrando? ¡No me iré! ¡Me quedaré por siempre en el maldito tren si es necesario pero no me marcharé!

—¡No pienso dejarle aquí!

El hombre me suelta y caigo de golpe en el suelo, como si fuese de plomo. Siento mi cuerpo pesado y me cuesta articular cada extremidad. No puedo ni quiero moverme. No puedo...

—Está bien, muchacho. Hagamos un trato —me dice con tranquilidad el

de los billetes— Si consigues salvar el alma que te ha tocado y regresas sano y salvo, en tu siguiente viaje, te daré su número.

—¿Su número? —balbuceo, sin casi poder hablar.

—Exacto, su número —explica él— Te daré el número de tu padre para que puedas salvarlo, ¿vale?

—No voy a bajarme de este tren si no es a su lado...— bisbiseo.— ¡Es mi padre!

Sus ojos azules vuelven a cruzarse con los míos, aunque él ni se inmuta. ¿Qué está pasando?, ¿por qué no me reconoce?

—¿Cómo te llamas? —pregunta el de los billetes.

—Jake, me llamo Jake.

—Mira, Jake, si quieres salvar a tu padre, ésta es tu única opción. Salva el alma que te ha tocado y regresa. Prometo darte su número, ¿vale? Lo prometo, créeme.

Aunque sus palabras parecen sinceras, vuelvo a recordar su horrorosa sonrisa maligna y me niego a creerle. ¿Me está pidiendo que me baje del tren y abandone a mi padre?

—Mira, tenemos más destinos y un largo trayecto que recorrer. Si no te bajas del tren, tanto tú como el policía perderéis la oportunidad de salir de aquí.

No respondo. Estoy tirado en el suelo, impasible. Sólo siento dolor y un nudo que se retuerce en mi estómago con fuerza. No puedo. Aunque la razón me diga “camina, Jake, tienes que salvar al policía y después volverás a por papá”, el corazón me dice “no le abandones o le perderás de nuevo.”

—¡Cámbiale el número! —Grita Randall desde la lejanía— ¡Cámbiale el número!

—¡Cállate Miller! Sabes que no lo puedo hacer.

El hombre de los billetes dorados me coge de un brazo y me levanta del suelo, mientras que, con la otra mano, eleva mi mochila cargada de provisiones.

—Tienes que decidirte ahora mismo, Jake, si no te bajas ya, perderás la oportunidad de salvar a tu padre.

—¿Promete... promete darme su número la siguiente vez? —pregunto tartamudeando.

—Lo prometo —responde con tono sincero.

—¿Y cómo puedo confiar en su palabra? ¿Cómo sé que no me está

engañando?

El hombre saca el rollo de papel, me lo enseña y corta un número. Es el número nueve, el mismo que hay grabado en el asiento que tiene al lado papá.

—Si lo quieres por adelantado lo tendrás que pagar —dice.

—¿Cómo puedo pagarle?

El bigotudo agita mi mochila en el aire e inmediatamente comprendo lo que me quiere decir con ese gesto.

—Démela —exijo, indignado.

El hombre obedece. Saco las dos botellas de agua que Alice me ha cargado, un par de bocadillos y un paquetito de galletas saladas.

—Esto es lo que le doy a cambio. No puedo darle más.

Él frunce el ceño y mira hacia mi padre. Sabe que me puede sacar, mucho, muchísimo, si quiere, aunque también sabe que, si no me bajo del tren, tendrá que cargar con un pasajero más hasta sólo Dios sabe cuándo.

—Acepto —responde, mientras me tiende el billete.

Guardo el billete en el forro polar interior de mi sudadera y camino un paso al frente. Si bien es la segunda vez que le pierdo... le recuperaré. Cueste lo que me cueste, le recuperaré.

Cuando apoyo la tira de mi mochila en mi hombro, la noto muchísimo más ligera que antes. “Es por las botellas de agua”, pienso, “tampoco he perdido tanto”. De todas maneras, en Francia sobreviví sin provisiones y en condiciones pésimas. Esto estará chupado.

Me bajo del tren y me quedo anonadado observando a papá a través del cristal. Sus ojos, mis ojos... Me vuelvo derrumbar y caigo rendido en mitad de un descampado. ¡Ni siquiera es una estación! ¡Es un endemoniado descampado! Me da igual, todo me da igual. Lo único que me preocupa es cumplir con mi misión.

Lloro un buen rato sin preocuparme del tiempo y cuando consigo recomponerme, camino hacia Port Isaac. Es un pueblo pequeño, con un tremendo puerto repleto de navíos y unas casitas muy antiguas y pintorescas. Parece de película.

Las calles son estrechas y los viandantes son escasos. Cuando pillo a alguien por banda, lo primero que le pregunto es cómo llegar a la comisaria. El hombre me indica las direcciones lo mejor que puede, y aunque no he conseguido quedarme con lo que ha dicho, tampoco corro peligro de pérdida. El pueblucho es enano.

Ésta será una misión fácil, Jake, salvar al policía y regresar a por papá.

¿Cómo no ha sido capaz de reconocerme? Él estaba igual, idéntico a mis recuerdos.

—¡Para, Jake! —me recrimino a mí mismo— deja de pensar en él y preocúpate por el policía.

No obstante, es tarea imposible.

Cuando cruzo una plaza, me encuentro una barquita abandonada en mitad de la calle. No puedo evitar sorprenderme por verla allí y sin darme cuenta mi cabeza vuelve a entrar en funcionamiento y me traslada hacia papá.

Le veo a él, conmigo y con Irina. También está mamá, en la orilla. Nosotros estamos subidos en una barquita parecida a presente. Papá agarra los remos y nos dice que nos vamos de aventuras sin mamá. Irina mueve la manita y le dice adiós, mientras que, yo, me embadurno en crema de sol sin prestarles atención a ninguno. Mamá también agita su brazo, eufórica, y se despide de nosotros. No recuerdo el lugar exacto en el que nos encontramos, si bien sé que se trata un recuerdo feliz. Muy feliz.

Seguramente nos encontrásemos de vacaciones de verano... Puede que en Escocia o en España.

Papá adoraba viajar por el mundo, decía que era fascinante conocer otras culturas y que se aprendía mucho de aquella manera. A mamá también le gustaba, aunque menos. Eso me recuerda que, desde la muerte de papá, las únicas salidas que hemos realizado se han limitado a las visitas de tío Albert.

La primera gota de lluvia que salpica mi rostro me devuelve a la vida real. Está empezando a llover... ¡A jarreaaaaar!

Me resguardo en una vieja parada de autobús y me siento al lado de una chica joven, de mi edad. Tendrá dieciséis años como muchísimo y va vestida con colores muy vivos. Alzo mi mirada al cielo y observo cómo las grisáceas nubes cubren lo poco que quedaba del sol.

—Odio este clima —me cuenta, distraída, mientras observa su alrededor.

No le respondo. La verdad es que no me apetece entablar una conversación.

—¿Eres nuevo por aquí?

—Sí —contesto cortante.

Mientras espero a que el chaparrón cese, saco de la mochila uno de los sándwiches de crema de cacahuete que Alice me ha preparado y lo

mordisqueo sin muchas ganas. No tengo hambre, pero estoy aburrido y comer mengua un poco mi desgana.

—¿Me das un poco? —pregunta la chica de los colores vivos.

Me giro para observarla. Lleva unas medias moradas, una camiseta azul que sobresale por debajo del jersey amarillo y unas botas de monte marrones. ¿De dónde se ha escapado?, ¿de un circo? Ahogo una risita disimulada y devuelvo mi atención al sándwich.

—No me mires así, por favor —me pide, divertida.

¡Menos mal que no se ha tomado mal mi descaro!

—Toma —le ofrezco, mientras arranco medio sándwich y se lo doy.

No tenía pensado compartirlo con pero no quiero que se lleve una mala impresión de mí.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, curiosa.

¡No quiero entablar una conversación! ¡No quiero hacer amigos! Sólo quiero encontrar a Randall y salvarle lo antes posible. Saco el reloj del bolsillo de mi chaqueta y observo la distancia que hay entre la aguja y el tren. Bien, está lejos. Lo que quiere decir que tengo tiempo de sobra.

—¿Hola? —vuelve a preguntar.

Creo que la estoy haciendo sentirse un pelín ignorada y un pequeño sentimiento de culpabilidad aporrea mi pecho.

—Me llamo Jake —digo. Seguro que piensa que soy un desvergonzado, sin embargo... ¿Qué más da? No volveré a verla en mi vida.

—Yo Ruth —me dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Encantada de conocerte. También soy nueva por aquí.

Termino con los restos de mi sándwich y busco con la mirada un refugio cercano al que poder llegar rápido. No quiero quedarme por aquí con esta chica tan pesada. ¿No se ha dado cuenta de que no quiero hablar?

—No eres muy hablador, ¿verdad?

Por fin lo comprende.

—No, no lo soy —suspiro, aliviado.

Encuentro a unos cuantos metros de distancia el saliente de un edificio que resguarda un buen trecho de calle. No podré sentarme en un banco, no obstante, evitaré tener que escuchar a nadie.

Antes de cerrar mi mochila, compruebo las provisiones que me han quedado: otro sándwich, un bocadillo de crema de cacao, tres zumos y una manzana envuelta en papel de aluminio. Bien, no está mal. Esto es con lo que me

alimentaré las próximas once horas.

Cierro la mochila, me despido en silencio de Ruth y salgo corriendo hacia el saliente. ¡Cómo llueve! Está diluviando...

Cuando me encuentro a salvo de la lluvia, estoy prácticamente hundido. Tengo la sudadera empapada y me ha entrado agua por las deportivas, ¡genial! Observo como Ruth frunce el ceño y me mira con extrañeza desde la parada de bus. ¿Qué le pasa?

¡Mierda, el billete de tren! Lo saco, apresurado, del bolsillo interior del forro de mi sudadera y compruebo repetidas veces que se halla en buen estado. Por suerte, no se ha mojado; está intacto.

Levanto la mirada y tengo a la chica de colores vivos frente a mí.

—¿Qué haces aquí! —pregunto asombrado.

¿Cómo ha llegado tan rápido hasta aquí?

—¿Qué es eso? —pregunta con curiosidad.

¡No puede ser! ¿Por qué ha venido?

—Un billete de tren muy importante —le explico mientras vuelvo a guardarlo—. ¿Qué haces aquí?

—He visto que la lluvia no te ha dejado llegar muy lejos y... Tal vez quisieses un poco de compañía.

—No hacía falta, gracias —respondo con chulería.

—Jake, ¿puedo hacerte una pregunta?

Apoyo la mochila en el suelo y me dejo caer contra la pared. Se me va a quedar el culo helado, pero eso no me preocupa. Ruth me imita y se sienta a mi lado... ¡Parece mi sombra!

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué estás aquí?

Su pregunta me pillá por sorpresa y me quedo mudo pensando qué contestarle. ¿Cómo que por qué estoy aquí? Ella me mira, dudosa, y continúa hablando:

—Mis padres se han divorciado. La imbécil de mi madre decía que necesitaba alejarse de la ciudad y nos hemos venido a vivir aquí. ¿Tú por qué has venido?

—Estamos de vacaciones —miento, utilizando la misma excusa que me funcionó en Francia— nos vamos mañana.

—¿Mañana?, ¿tan pronto?

—Sí, mi madre tiene que volver al trabajo.

Espero a que continúe hablando, sin embargo, la chica se queda callada por

primera vez, pensativa.

Pasamos un buen rato en silencio, escuchando el imparable goteo de la lluvia y acurrucados el uno al lado del otro sin mediar palabra, hasta que me decido a romper el silencio.

—¿Suele llover tanto?

Ella sonríe con picardía y asiente con la cabeza.  Qu  le pasa?,  por qué no habla?

“Se ha quedado sin cuerda, o sin pilas”, pienso, divertido.

— De qué te r es? —pregunta, curiosa.

—Olvídalo, tonterías —respondo con rapidez—  sabes llegar a la comisaria?

—Aj .

— Me podrías llevar? —pregunto.

Aunque su compa n a no me entusiasme, una guía me ahorraría tiempo y esfuerzo.

—Claro, aunque... ahora no —musita— cuando deje de llover.

—Me parece estupendo.

A pesar de que estos dos últimos días he dormido lo suficiente y bien, me siento cansado, muy agarrotado, y me cuesta mantener los parpados abiertos. Al final, estoy agradeciendo la compa n a de Ruth, porque vuelve a estar charlatana y eso evita que caiga redondo en un profundo sueño.

En varias ocasiones me pregunto a mí mismo cómo es posible que una chica de este pueblo, acostumbrada a soportar este clima a diario, pueda salir de casa sin paraguas. Aunque cuando me paro a pensarlo con detenimiento, creo que Ruth no es una chica demasiado normal... Mejor ni preguntar.

Mientras esperamos, acurrucados, una señora de mediana edad pasa por nuestro lado y Ruth la saluda con un entusiasmo desmesurado deseándole “un buen día”. Me pregunto si se conocerán de algo o simplemente ha saludado por saludar. Agito la cabeza y borro todas las preguntas que tengo en mi cabeza sobre Ruth...  No es una chica normal, Jake!  La has observado bien?

Aunque, diez minutos después, me reafirmo; Ruth no tiene un pelo de tonta. La señora que hace nada pasó por nuestro lado, ha vuelto a nosotros con dos chubasqueros de plástico fino, de esos que se hacen una bola y se pueden meter dentro de su propio bolsillo, y un par de paraguas pequeñitos. Ruth se

niega a aceptarlos, si bien yo ya he amarrado mi chubasquero y mi paraguas. Le prometemos a la mujer que, cuando el chaparrón mengüe, se lo devolveremos tal y cómo nos lo dejo.

Me pongo el chubasquero, abro el paraguas y me dispongo a salir del refugio cuando me percató de que Ruth no se mueve de su sitio.

—¿Qué te pasa? —pregunto— ¿ya no me quieres acompañar?

—Sí, pero dije que te acompañaría cuando cesase la lluvia... Todavía llueve —apunta, señalando hacia el cielo.

Yo agito el chubasquero y el paraguas y ella se encoje de hombros, como si su comportamiento fuese algo demasiado obvio.

—Todavía llueve, Jake.

Tanteo la posibilidad de marcharme sin ella, porque, como ya he dicho antes, no hay peligro de pérdida en este pequeño pueblito. Sin embargo, recapacito y pienso en lo importante y de gran ayuda que fue tener a Gabriella a mi lado en Francia. Puede que también termine necesitando a Ruth.

Me vuelvo a sentar a su lado y la miro, la remiro y la vuelvo a mirar esperando explicaciones. Ella no dice nada y parece estar un poco enfurruñada.

—¿Por qué no quieres salir? Tenemos el paraguas... ¡Y el chubasquero!
—exclamo, sin comprender su actitud.

—Me caes bien, Jake —responde, con sequedad.

No entiendo nada... ¡Esta chica está mal de la cabeza!

—Tú también me caes bien pero, ¿qué tiene que ver?

Ella se rasca el moflete, que está cubierto de graciosas pequitas marrones, e ignora mi pregunta.

Muy bien, si quiero su compañía, no me quedará más remedio que esperar. Aunque sé que todavía tengo tiempo de sobra, no puedo evitar sentirme nervioso y saco el reloj del bolsillo para mirar la aguja. Ruth se arrima a mí y apoya su cabeza sobre mi hombro, con total confianza.

Creo que es la primera vez en mi vida que tengo la cara de una chica a tan poca distancia y no puedo evitar ruborizarme.

—¡Qué bonito!— dice, sin apartar la vista del reloj.

Sí, todavía tengo mucho tiempo...

—¿Qué es?

—Un reloj —respondo, restándole importancia— sólo un reloj.

—Pues entonces está roto. Le faltan dos agujas

— señala con el dedo.

Asiento con la cabeza y ella me lo quita de las manos para poder analizarlo. Siento un impulso de ansiedad y tengo que controlarme para no volver a arrebatárselo.

—Me gustan los dibujos que tiene en la tapita —dice risueña, con aires de soñadora— me recuerdan a los dibujos de las runas celtas.

—¿Runas celtas? —pregunto.

—Sí, los celtas crearon runas para estar conectados con sus dioses. Son bastante parecidas.

Pues ese reloj no conecta con ningún dios, en realidad, no conecta con nada. Pero me callo y no respondo.

Ruth agarra el reloj por la cadenita y lo deja colgando de su dedo meñique para que yo lo coja. Cuando me giro para atraparlo ella...ella... ¡ME BESA! ¡Me ha besado!

Sólo ha sido un segundo, un sutil roce de nuestros labios, aunque... Noto como el bello de mi cuerpo se eriza y la cara me arde. La observo, dubitativo, porque no entiendo por qué ha hecho eso. Ella también está roja, muy roja. Agacho la cabeza para observar el reloj y no tener que mirarla. ¿Por qué me ha besado?, ¿por qué lo ha hecho?

Es mi primer beso. La primera vez que alguien me besa. La verdad es que nunca hasta aquel momento me había interesado mucho por las chicas pero ahora, después del primero, quiero más. ¿Y si la beso yo?

No, no. Me regaño a mí mismo porque no es el lugar oportuno para ligotear y me concentro en la misión. Tengo que salvar al policía Randall Miller y no puedo perder el tiempo con niñerías.

Me levanto de un salto y me recoloco el chubasquero. No puedo perder el tiempo, ¿y si para cuando llegue él ya ha muerto? Tengo que salvarle y tengo que tener muy claro que es mi prioridad... ¡Papá! Por un momento había dejado de pensar en él.

—Me voy Ruth, tengo que llegar a la comisaria.

—Yo... lo siento —musita entrecortada.

Creo que se va a poner a llorar, ¿por qué?

—No pasa nada —respondo con rapidez. No quiero que se ponga a llorar —. Se me hace tarde y tengo que llegar a la comisaria lo antes posible.

—¿Para qué tienes que ir a la comisaria?

La chica de los colores vivos vuelve a pillarme por sorpresa. ¿Qué puedo decirle?, ¿qué respondo?

—Hay un policía que está en peligro, Ruth. Él no lo sabe pero... Tengo que cuidar de él, no puedo dejar que le ocurra nada malo. ¿Entiendes?

A pesar de que asiente en silencio, su rostro me delata que no está muy convencida con mi explicación. Se pone de pie de un salto y se coloca el chubasquero encima del jersey.

—Con esta lluvia terminarás con los pies hundidos. Esas deportivas no son adecuadas para el agua —señala.

Ya los tengo hundidos y congelados. Es más, creo que hace unos veinte minutos que dejé de sentir los deditos.

—No me importa —respondo, quitándole importancia al asunto.

Ruth guarda el pequeño paraguas en el bolsillo del chubasquero y se pega a mí.

—¿Compartimos paraguas? —me pregunta, agarrándome del brazo.

—Está bien —respondo, con apremio.

¡Tengo que deshacerme de ella! No puedo pensar en chicas ahora. Tal vez, si nos hubiésemos conocido en otra ocasión, sí, pero ahora no puedo... No puedo y no quiero.

Caminamos hacia la comisaria y me siento incómodo con Ruth pegada a mí. Procuero caminar al son de sus pasos porque si nos descoordinados la cosa se complica y uno de los dos termina mojándose.

Ella me dice que tiene hambre y cuando le respondo que acabamos de comernos un sándwich, me mira enfurecida y me recrimina que son las cuatro de la tarde y que no está acostumbrada a pasar tantas horas de ayuno. Me sorprendo por lo rápido que pasa el tiempo y decido hacer una pausa para sacar comida de la mochila, mientras pienso una táctica de “ataque”. ¿Qué voy a decir cuando entre en la comisaria?

Nos repartimos el bocadillo de cacao a medias y le doy la manzana porque yo no tengo tanta hambre. Los sándwiches decido guardarlos para luego, porque, seguramente, según se acerque la hora de cenar estaré tendré más hambre que ahora.

Ruth ha soltado mi brazo para devorar el bocadillo y la manzana y se ha distanciado unos centímetros de mí. Como tiene las manos ocupadas, no puede sacar su paraguas personal y tengo que caminar protegiéndola de la lluvia.

La comisaria resulta ser poco más que un cuartelito de poca monta. Es

diminuto y no parece haber mucho movimiento en su interior.

—¿Conoces al policía que está en peligro? —me pregunta Ruth.

Creo que ella tampoco sabe qué vamos a hacer ahora.

—Sé cómo es, aunque no le conozco personalmente —respondo.

—¿Y qué piensas decirle cuando le veas?

No sé. No sé qué voy a decirle ni cómo voy a actuar.

Me sorprende que en un pueblucho pesquero como éste ocurran asesinatos. ¿Cómo habrá muerto el policía? Tal vez en un accidente o en una salida a la ciudad.

¡NO! ¿Y si Randall se marcha a la ciudad en una emergencia?, ¿cómo le seguiré? Tengo un mal presentimiento.

Lo que parecía en un principio una misión sencilla, se está complicando.

—¿Por qué no entramos a buscarle y después pensamos qué decir?

—¿Vas a entrar conmigo? —le pregunto sorprendido. Esperaba que ella se quedase fuera esperándome.

—Si tú no quieres, no —balbucea en voz baja.

—Sí, sí que quiero.

Cerramos el paraguas y caminamos hacia la puerta con poca decisión mientras las gotas chocan contra nosotros enfurecidas.

Como me esperaba, el cuartelito es diminuto. Parece un chiste si lo comparo con la habitación que tengo en casa de tío Albert. Hay dos mesas, con ordenadores e impresoras, y dos hombres colocados frente a ellas. Uno parece un chaval, de poco más de veinte años; está sentado en una postura muy correcta, vestido con el uniforme y tecleando sin cesar en el ordenador. Está tan inmerso en su tarea, que ni siquiera parece haberse inmutado de nuestra presencia.

El otro es Randall Miller. Tiene pinta de ser un vividor; no está haciendo nada, tiene los pies apoyados encima de la mesa y las manos entrelazadas detrás de su cabeza. Una postura muy poco profesional. Nos observa con aires de superioridad mientras sonrío y me cuesta comprender que es el mismo hombre con el que hablé en el tren.

Ruth me mira apremiándome a que diga algo, pero yo no sé qué decir.

—Es ése —le susurro a la oreja, mientras clavo los ojos en Randall.

—Pues di algo... Nos está mirando, Jake —cuchichea en mi oreja.

Está nerviosa, se lo noto.

Caminamos agarrados de la mano y nos plantamos frente a la mesa de Randall.

El joven que está a nuestra derecha también ha dejado de teclear para analizarnos.

—¿Qué os pasa, chavales? —pregunta Randall— ¿se os ha escapado un gato?, ¿habéis perdido una pelota?

¡No sé qué decir! No puedo decirle que está en peligro porque no me creería; ¿qué puedo hacer?

—Señor, tenemos un problema —dice Ruth— nos han amenazado de muerte.

¿Queeeeeeeeeeeeeé? ¿Cómo que nos han amenazado de muerte?

Randall baja los pies de la mesa y se acomoda en una postura con aires de profesionalidad. Ruth parece haber logrado captar su atención.

—¿Quién os ha amenazado?

—Un hombre —explica Ruth con un tono lúgubre— nos lleva persiguiendo varios días y estamos muy asustados.

Randall nos mira de reojo a los dos. Creo que no sabe si creernos o no.

—Becario, ocúpate de estos muchachos. Tienen que poner una denuncia —le dice al joven de la mesa contigua— y llama a sus padres para que vengan a buscarlos.

—¡No! —exclamo yo, no puedo permitir que se deshaga así de nosotros— Necesitamos protección, señor.

—¡Becario, ocúpate de ellos! —repite, ignorándome.

Mi nueva amiga y yo nos miramos con complicidad; esto no va por buen camino...

—Señor Miller, le repito que necesitamos protección.

Intento aparentar ser el adulto que todavía no soy y hablo con seriedad, tranquilo.

Randall nos observa con el ceño fruncido y me pega un repaso.

—¿Te conozco de algo, muchacho?

—No, señor —respondo con rapidez— no nos conocemos.

—¿Y cómo sabe mi nombre? —pregunta él.

¡Mierda! ¿Le he llamado por su nombre?

—Conozco a su hijo, señor —me excuso con rapidez.

Aunque ignoro si me creerá. El niño, por lo que el Randall del tren me contó, tendrá unos siete años de edad y soy bastante mayor que él.

—Él nos dijo que usted nos protegería —dice Ruth, ayudándome.

De pronto, los aires de superioridad de Randall Miller disminuyen notablemente.

—El hombre del que habláis... ¿ha amenazado a mi hijo? —pregunta, asustado.

Los papeles han cambiado.

Como estamos tan “asustados”, Miller ha accedido a pasar el día junto a nosotros. Creo que lo hace para que no le digamos a su hijo que su padre ha pasado olímpicamente de sus amistades. La razón por lo que lo haga me es indiferente. Lo único que me importa es que cada vez estoy más cerca de cumplir mi misión.

La tarde transcurre con notoria serenidad a pesar de que Ruth no deja de repetirme que está muy hambrienta y que necesita volver a casa para comer algo. Si bien en un principio no me agradaba su compañía, ahora no quiero que se vaya. Cruzo los dedos ficticiamente para que se quede conmigo. Abro la mochila y contemplo los dos tristes y solitarios sándwiches que me quedan y se los entrego con tristeza.

Llevamos tantísimas horas sentados, que noto como un cosquilleo que nace en la planta de mis pies recorre mis piernas anestesiándolas; aun así, no me muevo de mi lugar.

Cuando comienzo a creer que no pasará nada y a impacientarme por la aparente tranquilidad del ambiente, los teléfonos de las mesas comienzan a sonar enloquecidos y el becario salta de su asiento para responder con rapidez la llamada.

—Es para usted, Miller —señala el joven, mientras le tiende el teléfono a Randall.

Creo que ha llegado el momento.

Ruth me tiene agarrado de la mano y giro nuestras muñecas para dejar al descubierto la pantalla de su reloj digital; las nueve de la noche. Bien, todavía hay tiempo de sobra, pero no puedo evitar preguntarme por qué todos deciden poner su vida en peligro a última hora del día.

Randall tiene la oreja pegada al altavoz del teléfono y no pronuncia palabra alguna. Mi amiga y yo nos miramos con curiosidad... ¿Qué le estarán diciendo?

Cuando cuelga, sale disparado al perchero, coge su cazadora y antes de marchar dice:

—Becario, encárgate de llevar a estos chavales a su casa. ¿Bien?
¡Se marcha sin nosotros!

Me pongo de pie de un salto y salgo corriendo tras él, sin recordar lo dormidas que tengo las piernas. Antes de poder reaccionar, me tropiezo conmigo mismo antes de llegar demasiado lejos. Estoy en el suelo, he caído de morros, pero Ruth está a mi lado para tenderme la mano y ayudarme.

Abandonamos la comisaria los dos, corriendo, cuando escuchamos al becario maldecir de fondo. Miller ya está subido en el coche policía, el único que hay. Ruth es más rápida que yo y le da alcance antes de que se ponga en marcha.

El coche arranca y veo como mi amiga se va... Después de recorrer unos pocos metros, el automóvil se detiene en seco y Randall se baja de él, blasfemando a pleno pulmón.

Corro hacia ellos con la mayor rapidez que puedo y, mientras el policía tira de Ruth para sacarla por la puerta izquierda trasera, me subo a bordo por la derecha.

Se queda mirándonos, pasmado. No sabe qué hacer con nosotros. Cierro la puerta por la que acabo de entrar y bajo el pestillo desde el interior.

—Nos vamos contigo —anuncio, decidido.

Randall suelta a Ruth, que vuelve a subirse al coche y repite lo que yo acabo de hacer.

Sé que no tiene sentido cerrar las puertas traseras con pestillo cuando él tiene la llave, si bien... Creo que el acto reafirma mi “nos vamos contigo” y le deja claro que no nos marcharemos ni nos quedaremos junto al becario.

—Os quedaréis en el coche en todo momento, ¿entendido? —nos dice, lleno de rabia.

Vaya a dónde vaya, es evidente que no le agrada nuestra compañía.

—Entendido —responde Ruth de inmediato.

Si no fuese por esa chica, hubiese perdido a Randall.

El coche se pone en marcha y la primera cosa que me llama la atención es la velocidad a la que Miller conduce. A través de la rejilla que separa los asientos delanteros de los traseros, observo como el cuentakilómetros se pone con rapidez en ciento treinta. Si fuésemos por una autopista no me preocuparía, sin embargo, recorreremos una carretera sin pavimentar que no me da demasiada seguridad y me pongo nervioso. Ruth también está inquieta; no

sé si es porque nota mi nerviosismo o porque también se siente insegura. Se acerca a mí y me abraza con fuerza, como si de aquella manera yo pudiese protegerla mejor.

Ninguno de los dos sabemos a dónde vamos ni nos atrevemos a mediar palabra. Tengo curiosidad y, si he de ser sincero, también estoy temblando de miedo. Sé que cuando el coche se detenga, tendré que enfrentarme a lo que me esté esperando en el destino, e ir con aires de héroe no me ayudará en absoluto. Recuerdo cuando era pequeño y papá me decía que “el cementerio estaba lleno de valientes”. A pesar de que por aquel entonces no era capaz de comprender lo que esa frase significaba, mis recuerdos la han atesorado y ahora puedo entenderla en su totalidad. No quiero ser valiente, lo que quiero es regresar a mi hogar.

¡Papá! Una vez más, me había vuelto a olvidar del porqué es tan importante cumplir esta misión: por él. Puedo salvarle. Puedo hacer que regrese a casa, que volvamos a ser una familia feliz y mamá vuelva ser la misma mujer que fue tiempo atrás. Irina podrá crecer junto a un padre y, no sólo eso, también recuperará una madre. Sería tan diferente con papá en casa... Tan perfecto.

Siento una terrible angustia y las ganas de llorar se apoderan de mí. Me niego a hacerlo delante de Ruth, no puedo. Tengo que mantenerme fuerte y reunir valor.

El coche disminuye con rapidez la velocidad y separo a mi amiga de mí para poder acercarme a la ventana y contemplar el exterior. Fuera ha oscurecido y comienza a chispear. A mi derecha divisa unos enormes edificios que quedan bastante lejos de nuestra posición y a mi izquierda tenemos unos desérticos pabellones.

El automóvil termina por detenerse y Randall suspira, se gira para observarnos de hito a hito y nos dice que nos estemos quietecitos en los asientos. Que no salgamos del coche.

El hombre se echa las manos a la cabeza, vuelve a suspirar con desesperación y, antes de bajarse del vehículo, comprueba que su pistola esté cargada.

—Esto no pinta muy bien —musita Ruth en mi oreja, de manera que sólo yo puedo escucharla.

Cuando Randall guarda unos metros de distancia con el coche patrulla, abro la puerta con sigilo y me bajo de él. Ruth me sigue, aunque sospecho que debería quedarse donde está. Pase lo que pase, no quiero que salga malparada.

Estamos agachados detrás de uno de los laterales, observando. Miller está nervioso. Su cabeza gira constantemente y analiza cada ángulo que tiene alrededor.

—¡Volver al coche ahora mismo! —grita con voz temblorosa, enfurecido. Tiene miedo. Sé que tiene miedo.

Todavía estoy pensando si obedecerle o no cuando una silueta encapuchada aparece de entre las sombras para quedar descubierta bajo un foco de luz. Se quita la capucha y me quedo pasmado, incrédulo, contemplando a un chico poco más mayor que nosotros dos, pero de color. Entre sus temblorosas manos, aferra una pistola que apunta hacia Miller.

—¡No! —grito yo.

Inconscientemente salgo corriendo hacia ellos. El chico de color se queda inmóvil, observándonos.

—Daniel, por favor, baja esta pistola —dice Miller con voz pasiva— vamos a hablar, ¿vale? Nadie tiene que salir herido.

Veo a Randall bajar su pistola y el chico de color vacila, aunque también termina imitándole.

Si no intervengo, sé cómo terminará esta historia, o por lo menos cómo terminará Miller. Muerto.

Me acerco hasta él, amedrentado, y me planto a su lado sin saber cómo actuar.

—Mañana es el juicio... ¡Tienes que ir! —ordena entre sollozos el muchacho. Observo que la mano en la que sostiene la pistola tiembla sin control—. Tienes que contarles que no es verdad, que mi hermano no atraco a ese hombre. Tú lo sabes, Miller, no dejes que un inocente pague por el crimen.

—Irá —respondo con rapidez—. Irá al juicio. Si tu hermano es inocente, él lo dirá.

Randall vacila.

—Métete en el coche, esto no es asunto tuyo —me dice.

—No irá, sé que no irá —asegura el muchacho de color— ¡es mi hermano! Sólo le tengo a él... Yo... yo... estoy en una casa de acogida. Si le meten en una cárcel me quedará solo.

—Daniel, por favor, tienes que entenderlo —dice el policía con voz segura, en tono muy bajo. Prácticamente está susurrando—. Tu hermano ha cometido un crimen y tiene que pagar por sus actos. Yo no puedo hacer nada para ayudarlo.

—¡Sabes que eso no es verdad! —replica el muchacho— ¡Tú lo sabes!

¡Fue un blanco! ¡Uno de los tuyos!

Veo cómo el chico de color agarra con firmeza la pistola y la sube alto. Parece haber sacado la valentía de algún lugar en su interior y ya no le tiembla el pulso. Instintivamente, me coloco frente a Randall. Sé que no puedo cubrir su cuerpo completo, porque él es muchísimo más alto y más ancho que yo, si bien también sé que el chico no tiene ninguna razón para disparar contra mí. Rezo porque no dispare. Noto como mi corazón se acelera y creo que me voy a desmayar.

Entonces ocurre; escucho un disparo y Ruth ahoga un chillido. Es lo último que escucho antes de perder el conocimiento.

Tengo tanta gente en el cielo, esperándome, que no me importa morir. Por una parte siento un terrible alivio porque, de no haber muerto, habría tenido que regresar al tren sin haber completado la misión. O moría Randall, o moría yo.

Además, jamás me hubiese perdonado el no haber podido salvar a papá. Seguramente aquello me carcomería en vida, así que estoy mejor así.

Estoy jugando una partida de *todos en uno*, el juego favorito de mi hermana, con papá. Si sólo juegan dos personas, pierde el sentido, pero estoy tan emocionado por poder estar a su lado que no me importa. Ni siquiera creo que estemos jugando de verdad; simplemente nos reímos y hablamos, como lo habíamos hecho en un pasado. A pesar de mi felicidad, me encuentro cansado, muy cansado.

Los párpados me pesan y le pido a papá que me deje dormir un par de horas. El me besa y asiente, feliz por estar junto a mí. Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo el rostro de una chica acercándose. ¿Será un ángel? Es tan bonita...

—Jake —me dice—. Despierta por favor.

El ángel me besa la frente con delicadeza y me susurra al oído cosas bonitas. Me siento en calma, en el cielo.

—Estaba tan preocupada por ti, Jake —ronronea.

Tiene una voz tan familiar que... ¡Ruth! ¡No, no puede ser! ¿Ruth ha muerto? ¡No puede ser!

Me incorporo de un salto y la atrapo entre mis brazos. Antes de que quiera darme cuenta, estoy llorando desconsoladamente con la nariz hundida en su cabello. Huele a moras.

—¡No pué...pue...des estar mu...mu...muerta! —tartamudeó entre lágrimas.

—No estoy muerta, Jake —susurra.

La separo unos centímetros de mí, sin soltarla, y me quedo pasmado observando mi alrededor. Hay coches patrulla por todas partes y una ambulancia se lleva al chico de color en una camilla.

—Miller le ha disparado —me cuenta Ruth con tristeza—. La buena noticia es que dicen que se recuperará.

—Menos mal— suspiro.

Me quedo mirando a mi amiga, que tiene las mejillas sonrojadas. Creo que la he estrujado con demasiada fuerza contra mí, así que la libero de mis manos y la dejo en libertad.

—Ahora nos llevarán a casa —me comunica.

¡Mierda, el tren! ¿Qué hora será?

—¿Qué ocurre? —pregunta al ver mi expresión deshecha.

Saco el reloj del bolsillo y resoplo con alivio al observar la aguja todavía lejos del pequeño trencito.

—Las diez menos cuarto —señala ella mientras me enseña la pantallita de su reloj.

—Gracias.

Seguramente el tren llegará a la estación a las doce en punto, como siempre; así que tengo tiempo de sobra.

Antes de que nos tomen declaración, Randall se acerca a nosotros y nos suplica que nos limitemos a contar lo que hemos visto, pero que no digamos nada de lo que hayamos podido escuchar. No sé qué decir, a pesar de que el asunto ya no me interese. He cumplido con mi misión y decido no querer saber más al respecto. Algo en mi interior me dice que Randall Miller es un policía corrupto, de los malos.

Cuando nos subimos al coche, Randall nos dice que en comisaría llamará a nuestros padres y les informará de lo sucedido y, según anuncia eso, Ruth se torna taciturna y extraña. ¿Le echará la bronca su madre?

—Voy a declararlo todo —cuchichea en mi oreja—. Este tipo no se saldrá con la suya.

La abrazo pensando que, tal vez consiga disipar por unos segundos su rabia.,

—¿Recuerdas lo que me has dicho antes? —me pregunta en un susurro.

—¿El qué?— respondo yo. No sé de lo que me está hablando.

—Has dicho que era un ángel...

Noto cómo el calor sube hasta mis mejillas y creo que estoy tan rojo como un tomate. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Y lo eres —afirmo, un poco avergonzado—. Eres mi ángel.

Nuestros rostros vuelven a quedarse uno frente al otro y nuestras miradas chocan con pasión. Siento la calidez de sus labios presionando los míos y creo que, de un momento a otro, volveré a desmayarme. Han sido demasiadas emociones para un periodo de tiempo tan escaso.

—Me gustas, Jake.

—Lo sé —respondo—. Me lo dijiste antes de conocerme.

Ella suelta una risotada contagiosa, sonríe y se vuelve hacia el cristal. Me arrastro hasta su par y la rodeo con los brazos mientras dirijo mi atención al exterior... ¡Es el descampado! ¡Estoy donde me dejó el tren!

—¡PARA! —grito, sobresaltado.

Randall pega un frenazo en seco y los dos salimos disparados contra el respaldo del asiento copiloto.

—¡Ouuuuch! —exclama Ruth, que se ha dado de lleno en la nariz.

—¿Qué pasa? —pregunta el policía—. ¿Y por qué no lleváis puesto el cinturón?

—¡Yo me bajo aquí! —exclamo con firmeza, mientras tiro de la manilla de la puerta.

Pego dos tirones secos pero la puerta parece no querer abrirse. Supongo que el seguro estará puesto.

—No, tú te vienes conmigo a comisaria, chico. Tengo que llamar a vuestros padres.

—Llámalos sin mí, ¡me bajo aquí!

—He dicho que no, chavalote, tú te quedas dónde estás.

Sin decir nada más, arranca y volvemos a estar en marcha.

Bueno, no pasa nada, tengo tiempo, creo. Iré a comisaria, me las ingeniaré para que no llame a mamá y después correré para coger el tren.

—Señor Miller, si no quiere que de nuestras bocas salgan palabras que,

seguro, lamentará, pare el coche ahora mismo y déjele bajarse —suelta Ruth. La miro, sorprendido por la osadía de sus palabras y ella me devuelve una enternecedora sonrisa. Randall suspira y detiene el automóvil.

—Puedes irte si quieres —dice.

Le sonrío con complicidad y la abrazo por última vez en mi vida. Sé de sobra que no volveré a ver a esta chica tan rara, singular, graciosa, extrovertida, lista, cariñosa, viva.

—Soñaré contigo —musita sonrojada.

Esas palabras tuyas me dicen que también sabe que no nos volveremos a ver. Que esto es una despedida de verdad y que, un adiós, significa un hasta siempre.

—Y yo contigo.

Nos soltamos y salgo del coche.

Me prohíbo a mí mismo llorar y me enjuago las lagrimillas que se han escapado, rebeldes, y no han sido capaces de cumplir mi orden.

Me siento en el descampado con una mochila prácticamente vacía al hombro, un reloj y un papel dorado arrugado en el bolsillo, un billete de tren bien atesorado, y solo. Estoy solo. Sin embargo, soy feliz cómo hacía tiempo que no lo era, porque dentro de no mucho tiempo recuperaré a papá.

Estoy deseando que el tren regrese para volver a verlo, para poder estar a su lado de nuevo... Aunque él me ignore o no me reconozca; me da igual. Todo me da igual con sólo estar a su lado.

Me he debido de quedar dormido cuando el tembleque del suelo me despierta, exaltado, junto al sonido arrollador del tren aproximándose a mí. No sé exactamente dónde me dejó, porque no hay andén, ni vías, ni marcas en el suelo. Así que me quedo donde estoy, pensando que éste es tan buen sitio para esperar como cualquier otro.

La negrura, como cada noche, se ha adueñado del ambiente. Por suerte la luna brilla en lo más alto del firmamento iluminando lo mucho que puede. Cuando el tren está por alcanzarme, el cielo parpadea para darle la bienvenida y me hago a un lado para dejarle pasar.

La historia se repite. El hombre bigotudo pisa tierra firme y exclama repetidas veces que los pasajeros suban a bordo mientras agita las campanillas. Me tiemblan las piernas y los ojos me brillan de ilusión. Se acerca el momento de volver a verle, de despedirme de él otra vez..., por un muy corto periodo de tiempo.

Subo las escaleras pisando fuerte, como si temiera que el suelo pudiera volverse gelatina y tragarme en su interior y, cuando me hallo en el interior del vagón me paralizó, me quedo completamente inmóvil, esperando que vuelva a ponerse en marcha y regrese la luz para encontrar su mirada. Sus ojos. Mis ojos.

—Aprovecha para sentarte ahora que estamos parados, si no, acabarás en el suelo como la primera vez que te recogí —me dice el hombre de los billetes.

—No me importa —respondo cortante. Él sabe tan bien como yo a qué estoy esperando.

—Lo hemos cambiado de vagón. Por mucho que esperes, no lo encontrarás.

Al escuchar sus palabras el mundo se derrumba a mis pies y creo no saber ni dónde estoy. No, sí que sé dónde estoy; lo que no sé es dónde está él.

Camino con parsimonia alumbrando el pasillo con la linterna. De nuevo, tengo que obligarme a mí mismo a no llorar mientras rememoro el número del asiento que me corresponde; veintidós.

Me siento, en solitario, porque Randall Miller no me acompaña en el viaje de vuelta. Observo la lluvia golpear el cristal y me sorprende con la serenidad de mi mente.

“Muy bien, Jake, ya sabes cuál será tu siguiente misión”, pienso. Sí, lo sé.

Alcanzamos mi destino y abandono el tren de los disfraces. Tío Albert me está esperando sentado en el banco raído. Se levanta, sonriente, y me da un abrazo.

—¿Qué te pasa, muchacho?— me pregunta—. ¿Ha pasado algo?

—Tío Albert... ¿Puedes explicarme de nuevo cómo murió papá?

Cuando me siento en mi cama a esperar las explicaciones de tío Albert, creo que me voy a consumir de un momento a otro. Estoy tan casado, tan agotado, que me da miedo no ser capaz de entender ni una palabra de lo que me cuente.

Tío Albert se sienta a mi par y me da unas palmaditas muy reconfortantes en la espalda.

—Vamos a hacer una cosa, Jake. Descansa. Duerme lo que puedas y recupérate del viaje —susurra para no despertar a los demás—. Mañana te despertaré personalmente, muy temprano, y te contaré todo lo que necesites saber.

—Tío Albert, necesito saberlo ya, ¿lo entiendes?

—Te entiendo, pero mañana regresáis a casa y tendréis por delante un viaje de cuatro horas... Tienes que descansar. Lo vas a necesitar.

No había caído en la cuenta de que... ¡Mañana regresamos a casa! No puedo marcharme, ahora no. Ahora que sé dónde está papá, que tengo el billete de su salvación y que he luchado tanto por terminar bien esta misión... No puedo, no puedo marcharme sin más.

Veo cómo tío Albert se despide de mí y me deja a solas. No soy capaz de decirle adiós ni de mediar palabra porque estoy en *shock*.

Muy bien, ésta será una noche muy larga y no creo que sea capaz de dormir con tantas cosas rondando mi cabeza, así que ni lo intento.

Tanteo la descabellada idea de fugarme en este mismo momento de la mansión, esconderme por los terrenos y aparecer cuando el día esté avanzado. Sé que mamá no querrá que Rose conduzca a oscuras y eso provocará que tengamos que pasar una noche más aquí. Parece un buen plan aunque... ¿cómo explicaré mi ausencia?, ¿qué podría justificar mi repentina fuga?

Podría desaparecer sin dar explicaciones y decirles que me había perdido. Que había salido a jugar con la nieve y no había sabido regresar a casa. Eso podría servir pero... ¿Dónde podría esconderme un día entero? ¿Llamarían mamá y Rose a la policía? Seguramente sí, y con un despliegue policial por todos los terrenos de la mansión no tendría muchos escondites posibles. A no ser que tío Albert se compinche conmigo.

Podría romper el coche; pinchar las ruedas o algo del estilo. Aunque doy por hecho que mamá lo solucionaría con tan sólo llamar a un taxi.

Agarro el trenecito de la maqueta que me hizo tío Albert cuando era pequeño y lo hago rodar con nostalgia. Tengo miedo. Tengo miedo de quedarme dormido y de soñar con él. De marcharme y que, al regresar, ya no esté en el tren... Me da tantísimo terror perderle de nuevo que la vaga sensación de autosuficiencia que había adquirido con el primer viaje se ha esfumado por completo.

Me pregunto qué haría Ruth en mi lugar y las respuestas no aparecen.

—Jake, muchacho, despierta —susurra tío Albert mientras me zarandea.

Parpadeo un par de veces antes de incorporarme. Me duele el cuerpo entero y casi ni me puedo mover.

—Jake, levántate del suelo y date una ducha, anda —repite.

¿El suelo? Levanto mi mano y la dejo caer de golpe. Sí, está duro, muy duro. ¿Cómo me he podido quedar dormido en el suelo?

Me despejo poco a poco y camino hacia al baño de mi habitación con lentitud. Cuando la luz se enciende, mis parpados caen simultáneos para proteger mis ojos de la luminiscencia. Los noto hinchados, me pican y escuecen. Será porque, prácticamente, me he pasado la noche en vela.

Me acerco dando tumbos hasta el lavabo y antes de empaparme el rostro con agua tibia, dejo que el chorro corra un buen rato.

El viejo sistema de cañerías que posee la mansión de tío Albert comienza a chirriar enloquecedoramente cuando abro el grifo de la ducha. Me adentro en ella y consigo terminar de decirle adiós a la somnolencia gracias al agua y al estruendo del conducto.

Cuando regreso a mi habitación, desnudo, con una toalla en la cintura, tío Albert me está esperando.

—¿Cómo murió tu padre? —me pregunta.

El hachazo me pilla por sorpresa.

—Sabes cómo murió, tío, ¿por qué me haces esa pregunta?

—Respóndeme —ordena con seriedad.

—En un accidente de coche, cuando bajaba a por provisiones al pueblo desde la mansión. Se patinó con la nieve.

Tío Albert frunce el ceño y mueve la cabeza de un lado a otro gesticulando, claramente, un “no”.

—¿Cómo murió papá? —pregunto, anonadado.

Me da igual si nos mintieron a Irina y a mí, no me importa; además, siempre lo había sospechado. Pero ahora necesito saber la verdad.

—Siéntate, Jake, tenemos que hablar de muchas cosas.

¿De muchas cosas?, ¿qué son muchas cosas?

Me visto unos calzoncillos, un chándal, abro las persianas y me siento al lado de mi tío. Todavía no ha amanecido y el exterior está oscuro. Contemplo el reloj—despertador que hay sobre la mesilla; marca las 5:10 am.

—Empezaré hablándote del tren —me dice en un susurro.

Supongo que mamá, Rose y mi hermana seguirán dormidas.

—Varias cosas que te voy a contar las habrás aprendido por ti mismo, igual que, en su día, me tocó aprenderlas a mí. El tren de la medianoche, el tren de las almas perdidas, recoge el espíritu de las personas que han fallecido

demasiado temprano. Almas que deberían de continuar habitando un cuerpo y se han desprendido de él antes de lo previsto. Todos esos..., fantasmas, por llamarlos de alguna manera, suben al tren y esperan su segunda oportunidad en la vida. Los vivos también pueden subirse a él, ya sea para encontrar a un familiar perdido o simplemente para ayudar a otro viajero. Pero si estás vivo y te subes a él, tienes que cumplir la misión encomendada. El número del asiento siempre te será entregado al azar y siempre dispondrás de doce horas para cumplir la tarea. Transcurrido el periodo de tiempo, si el alma ha fallecido y regresas al tren habiendo fracasado, no podrás bajarte jamás de él, a no ser, que otra persona saque tu número y te salve. Tanto si no has cumplido la misión o si lo has conseguido con éxito, debes regresar, porque si no lo haces quedarás atrapado en otro tiempo y lugar que no te pertenece.

Todo eso lo sé. Me lo contó la chica pelirroja del camión que salvé en Francia así que nada de lo que tío Albert me dice me pilla por sorpresa.

—¿Papá conocía el tren, verdad?

—Sí, Ray conocía muy bien el tren. Lo descubrió sin mi ayuda —confiesa tío Albert.

En un instante, los sueños que había tenido sobre el tren y papá se hacen realidad. Puedo verle subiéndose en él en mi imaginación y...

—¿Cómo descubrió papá el tren?

Tío Albert sonríe melancólico.

—Todavía no habíais nacido ninguno de los dos, creo que tu madre y él no llevaban demasiado tiempo en pareja. Ray y yo congeniamos de la misma; era muy buen hombre. Bromista, simpático... Poco a poco, fue ganándose mi cariño hasta convertirse en un miembro de la familia. Todos le adorábamos, menos Rose. Tu padre y ella siempre se habían llevado fatal, desde el primer instante. Por esa misma razón no la conocisteis en vuestra niñez.

—¿Por qué se llevaban mal, tío Albert? ¿Qué le había hecho papá a Rose?

—Nada, Ray jamás le hizo nada a Rose... Sólo la distanció de tu madre. Lógicamente, lo hizo sin darse cuenta. Muy poca gente era consciente, por aquel entonces, del vínculo que tenían las dos.

Yo siempre las había dejado un poco de lado, porque eran mis hermanas pequeñas y encima, ¡chicas! Te imaginarás lo que sentía, pues tú tienes a Irina. La diferencia es que ellas se tenían la una a la otra. Yo las quiero y las quería con todo mi corazón, sin embargo, no formaba parte de esa unión tan especial...

Jugaban con sus muñecas, se iban de compras, al cine... Lo hacían todo en equipo. Y cuando crecieron, siguieron igual... Pero cuando tu madre conoció a Ray, la cosa cambió. Se enamoró perdidamente de él y se distanció de Rose. No tardaron mucho tiempo en irse a vivir juntos y casarse y, para entonces, nuestra hermana Rose ya no quería saber de Buffy. Supongo que fue por envidia, celos, quién sabe.

Lo importante es que, cuando tu madre la necesitó, ella regresó.”

Tío Albert guarda silencio y lo aprovecho para meditar sobre sus palabras. Tiene razón, cuando mamá necesitó a Rose, ella regresó.

Éstas últimas vacaciones me he dado cuenta de ello, de todo lo que Rose ha hecho por mí y por Irina. A pesar de no haber visto nuestro nacimiento, de no habernos escuchado decir nuestras iniciales palabras o de no haber contemplados nuestros primeros pasos y caídas, nos cuidó como sus sobrinos que somos. Incluso más que eso, casi como otra madre.

Y también cuidó de su hermana; le ayudó a recuperarse de la pérdida de papá (aunque jamás se ha rehecho por completo) y se mudó a vivir a nuestra casa.

Recuerdo cuando tío Albert nos anunció que papá jamás regresaría. Sí, fue nuestro tío quien nos lo dijo porque mamá estaba descompuesta, completamente consumida en la cama. No era capaz de hacer ni decir nada. Se pasaba las noches en vela, llorando, y los días durmiendo, medicada.

Irina y yo tuvimos que aprender a cuidarnos solos. Nos duchábamos, nos alimentábamos de comida basura o congelada porque era más sencillo que cocinar, íbamos solos al colegio y aprendimos a vivir con lo que teníamos.

El tío Albert solía acudir a casa para comprobar nuestro estado, y en una de sus visitas, quedó tan horrorizado al contemplar la condición de mamá que llamó a una ambulancia y se la llevaron.

Pocas horas después apareció Rose y jamás se volvió a marchar. Se quedó a nuestro lado.

—Esas navidades de las que te he hablado, Ray y tu madre discutieron mucho. No recuerdo por qué fue, sólo sé que discutieron. Tu padre se marchó a pasear por los terrenos, era tarde, de noche, y cuando volvió, me encerró en una habitación a solas y comenzó a contarme, muy excitado, que había descubierto un tren fantasma y que había viajado a Alemania.

Sonrí, y pienso para mis adentros que tengo que pedirle a papá que me cuente cómo fue su primer trayecto en tren cuando vuelva. ¿Alemania? Papá adoraba

Alemania, lo recuerdo bien. Él amaba viajar.

Tío Albert suelta una carcajada y observo como los recuerdos estallan en su mirada.

—Tu padre me decía: “Albert, jamás me creerías si te contase lo que me ha sucedido, ¡ha sido alucinante!”... Y yo sólo podía reírme, entusiasmado por su actitud. Cuando le dije que también conocía el tren, se quedó estupefacto.

Decidimos regresar la noche siguiente, juntos, para viajar en el tren. Pero cuando el hombre de los billetes nos entregó los números de nuestros respectivos asientos, tu padre y yo nos separamos. Cada uno tenía un número diferente, un lugar distinto al que acudir y un tiempo diverso que conocer. Aún así, regresamos a la par a la estación, con nuestros dispares cometidos cumplidos.

—¿No pueden viajar dos personas al mismo lugar? —pregunto, sin comprender la razón.

—No, creo que no.

—¿Y qué tiene que ver esto con la muerte de papá?

La expresión nostálgica, aunque feliz, de tío Albert desaparece y una mirada lúgubre ocupa su lugar.

—Deja que te cuente con calma, no tengas prisas, Jake —responde al verme tan impacientado—. Ray regresaba cada Navidad con tu madre, como lo seguís haciendo vosotros. Y cada año, tu padre retornaba sus viajes en tren. Noche tras noche desaparecía de la mansión para irse a otros lugares, a otros tiempos. Para conocer mundo.

Sí, creo que adoraba ese tren. Pero yo no era capaz de seguirle el ritmo, pues el cansancio y el agotamiento eran más notorios en mí, y tu padre terminó viajando a la estación en solitario.

Una noche, cuando vosotros eráis muy pequeños, Ray no regresó a casa, simplemente, desapareció.

Jamás supe qué le había ocurrido; si se había subido al tren, si no había sido capaz de completar su misión, si se había quedado atrapado en el pasado o si, en el peor de los casos, había tenido un accidente de camino a al andén. Tu padre desapareció y vosotros tan sólo eráis unos muchachos incapaces de comprender qué había sucedido.

Buffy y yo decidimos que lo más sensato era contaros que había sufrido un accidente de coche; no queríamos que os obsesionaseis con su desaparición.

Sin darme cuenta, he comenzado a llorar. No sé por qué, porque esta

historia, en realidad, no debería de afectarme. Sé dónde está papá y lo que tengo que hacer.

Tío Albert se ha dado cuenta de mi estado y me ha regalado un abrazo. Me pregunta si estoy bien y asiento con la cabeza, en silencio.

—Te juro que le busqué. Recorrí los terrenos, las montañas, bajé al pueblo, puse carteles, y cuando en este tiempo y lugar no quedó ni un solo rincón por rastrear, comencé a subirme al tren, cada noche, esperando encontrarle allí —hace una pausa para tomar aliento y continua—. Jamás le encontré.

—¿Y por qué no has seguido buscándole, tío Albert?— pregunto, un poco furioso, sin poder comprenderle—. ¿Por qué le has abandonado si tanto le querías?

El doble y singular pitido con el que mi despertador anuncia la hora resuena. Son las seis. Mamá, Irina y Rose se despertarán de un momento y nos tendremos que marchar. Necesito la ayuda de tío Albert y tengo que contarle que he visto a papá, pero antes, quiero terminar de escuchar sus explicaciones.

—Hay un número de almas que puedes salvar, Jake, una vez lo alcanzas, no puedes regresar al tren. No te dejan subir. Suelto una tremenda risotada y tío Albert me observa, anonadado.

—¿Tienes denegado el acceso? —pregunto, risueño.

La verdad es que la explicación no me convence en absoluto.

De pronto, me llega a la mente un recuerdo muy peculiar; John y yo estamos en la tienda de comics que hay bajo mi casa, escondidos tras una estantería, leyendo. Siempre hacemos eso. Como no tenemos dinero para comprarlos, entramos, nos infiltramos entre los estantes y disfrutamos de las últimas novedades sin tener que pagar ni un solo céntimo por ellas.

Por desgracia, una vez el dueño de la tienda nos pilló infraganti y nos gritó, delante de todo el personal, que teníamos absolutamente prohibida la entrada al establecimiento.

No cumplió su promesa, porque siempre que podemos regresamos y nadie nos dice nada aunque...

—No puedo regresar al tren, Jake. Me creas o no, ésta es la única verdad que existe.

La puerta de mi habitación se abre e Irina aparece, llorando, y salta hacia los brazos protectores de tío Albert. Rose también aparece tras ella, con cara de desesperación.

¡Necesito que se marchen! Necesito que salga todo el mundo de aquí para poder contarle a tío Albert que he encontrado papá, ¡que tengo el billete! Pero Irina llora, rabiosa, y berrea que no quiere marcharse a casa todavía.

La comprendo a la perfección; sabe que cuando regresemos a casa mamá desaparecerá comple-tamente para quedar inmersa bajo el manto de su trabajo. Rose suspira, abatida, y le chilla que se tiene que vestir ¡YA!

Mi hermana se retuerce en los brazos de nuestro tío, mientras él intenta calmarla, gritando todo tipo de barbaries.

¿No piensan salir de aquí? ¡Necesito intimidad!

—¿Puedes obedecer a Rose y dejar de compor-tarte como una niñata? — pregunto exasperado.

La habitación se queda en silencio. Creo que Irina está consternada por mis palabras y Rose sorprendida. Tío Albert creo que, después de la conversación que acabamos de mantener, es capaz de comprender mi nerviosismo.

—Jake, no quiero volver a casa —me dice mi hermana, mientras salta de los brazos de tío Albert hacia los míos.

—Lo sé, yo tampoco. Pero ahora necesito estar a solas con tío Albert, cuando hable con él, iré a tu habitación. ¿Vale? —le susurro, procurando ser comprensivo con ella.

Irina asiente con la cabeza hundida entre mis piernas, todavía llorando. Después se levanta, un poco más recompuesta, agarra la mano de Rose y las dos abandonan mi habitáculo dejándonos a solas.

—He visto a papá en el tren, tío Albert— confieso—. Y tengo el billete que le salvará.

No puedo creer que tío Albert no me vaya ayudar, que vaya a tener que apañármelas yo solo.

“Tendrá que ser en otra ocasión, muchacho, no creo que tu madre te deje quedarte en la mansión, porque si no Irina también se querría quedar y...”, sus palabras resuenan con fuerza en mi cabeza. ¿Es que no quiere socorrer a su amigo?

Supongo que tiene miedo de que me ocurra algo. Sea lo que sea lo que le pasó a papá, yo también tendré que enfrentarme a ello. De todas las opciones posibles, creo que no fue capaz de cumplir con su misión y que, de esa manera, terminó vagando por el tren de los disfraces. No creo que ningún animal o persona le atacase de camino al ferrocarril, es muy poco probable. Además, papá era fuerte, muy fuerte... Y por la zona se respira constante tranquilidad.

Cando bajo al salón, mamá ya está colgada al teléfono discutiendo a gritos con Karen, su secretaria. Rose y el tío desayunan en la mesita e Irina está enfurruñada, de brazos cruzados, sentada en el sofá.

Queda poco que hacer; lo desee o no, tengo que asumir que nos marchamos. Siento una punzada de angustia y me entran unas inmensas ganas de contarles a mamá y a Rose lo sucedido. Pero no me creerían y tío Albert, seguramente, no me desmentiría.

Me siento junto a Irina y la abrazo; no puedo evitar sentirme un poco culpable por la manera en la que la he tratado antes. Ella corresponde mi abrazo y se acurruca sobre mí. No hace falta que hablemos; sólo con sentirnos y saber que nos tenemos el uno al otro, igual que mamá tiene a Rose, es suficiente para los dos.

A las ocho de la mañana partimos hacia nuestro hogar, no sin antes despedirnos de Alice y Stephan, los cuales nos abrazan con cariño y nos

desean un muy buen viaje de vuelta. El camino de regreso se torna extraño, silencioso. Este viaje no sólo me ha cambiado a mí, creo que a mi hermana también.

Después de las eternas cuatro horas de viaje, cuando ya hemos asentado las maletas en casa, siento que la angustia ha aumentado desmesuradamente en mi interior y que corro el riesgo de sufrir un ataque de ansiedad.

Camino con poca decisión y me tumbo en la cama. Veo lucecitas por todas partes, me pitan los oídos, estoy muy mareado y doy por hecho que necesito descansar si no quiero terminar desmayándome. Pero no puedo. ¿Cómo voy a dormirme? Además, son las cuatro de la tarde.

Mi hermana pega un salto y se sube a la cama.

—Echo de menos a mamá —me dice, mientras se acurruca a mi lado adaptándose a la forma de cuchara en la que estoy tumbado—. Quiero que vuelva a ser como antes.

—Yo también —murmuro— ¿echas de menos a papá?

Irina me da dos golpecitos en la espalda para llamar mi atención. La aparto un poco de mí y quedamos frente a frente, cara a cara.

—Mira lo que encontré en casa de tío Albert.

Es una fotografía de papá y el tío cuando eran jóvenes.

Están en el taller que tío Albert tiene montado en la azotea de la mansión, trabajando en una de las maquetas. Se les ve feliz. Veo tabiques de madera por todas partes, herramientas de trabajo y, al fondo, está mamá. Lleva un vestido de flores y saluda al fotógrafo guiñando un ojo con picardía. Está radiante.

—El chico que está con el tío es papá, ¿verdad?

—Sí —respondo— está muy joven.

—Era muy guapo —señala— Creo que ya no recuerdo su voz, Jake.

Tiene los ojos llorosos; las vacaciones en la mansión sólo han servido para entristecerla aún más.

—No digas tonterías, enana, siempre le recordaremos —susurro.

Esta conversación no me está siendo de ayuda. Mi ansiedad vuelve a estar en aumento... ¿No hay ningún otro tema del que quiera hablar?

—Tú le conociste más años, pero yo no. Yo le olvidaré con rapidez.

Se le escapan unas lagrimitas y solloza mientras se tapa con las manos la cara. Y aunque también estoy mal y deseo llorar, sé que esta vez tengo que ser el fuerte y consolarla como un buen hermano mayor.

—Volverás a ver a papá —le aseguro—. Te lo prometo.

—Mamá me dijo que no, que no podría volver a verle —repite mientras se seca las lagrimillas que resbalan por su rostro—. Jake, papá está en el cielo.

—Pues lo bajaré del cielo —respondo decidido.
No puedo perder esta oportunidad.

Beso a mi hermana en la frente con delicadeza y me bajo de la cama. Abro el cajón de mi ropa interior, rebusco en el fondo hasta dar con la hucha y tiro todos los ahorros que hay en el interior de mi mochila. Me marcho; está decidido.

—¿Qué haces, Jake? —pregunta Irina, dudosa—. Mamá nos llamará enseguida para ir a comer.

No le respondo, porque también sabe que me voy. Es una niña, pero no tiene ni un pelo de tonta cuando quiere.

Me saco las deportivas y las sustituyo por unas buenas botas. Son cómodas, no me impiden correr ni me hacen ampollas y, además, no les entra ni una sola gota cuando llueve. También cojo una cazadora que guardo en la mochila, encima del dinero, y un par de guantes.

—No me dejes sola, Jake, por favor —suplica Irina, mientras observa cómo guardo todas mis pertenencias.

—No tardaré, enana. Volveré esta noche.

Salgo de mi habitación y lo primero que hago es esconder la mochila detrás del perchero que tenemos junto al tocador de la entrada. No puedo pasearme por casa con ella porque, si mamá o Rose la ven, me la cargo. Después me planto en la cocina, y mientras Rose guisa rebusco con disimulo en los cajones y me guardo todos los paquetes de galletas que puedo atrapar bajo la sudadera.

—No picotees, Jake, vamos a comer enseguida.
Voy a protestar cuando recapacito y me doy cuenta de que, si las cosas salen mal en el tren, jamás volveré a verla. Siento que se merece unas palabras de apoyo, de gratitud.

—Tía Rose, gracias por cuidar de nosotros —suelto a bocajarro.

Asombrada por mis palabras, deja caer la cazuela que tenía en la mano al suelo provocando un estrepitoso retumbo.

—¿Me has llamado tía Rose? —pregunta anonada,

—No lo sé, creo que sí. ¿Te molesta?

—¡No, cariño! Claro que no, Jake —exclama mientras me aprisiona entre

sus brazos—. Claro que no. Eres un cielo, Jake.

Si hubiese sabido que ese mero detalle era de tan inmensa importancia para ella, habría comenzado a llamarla tía Rose muchísimo antes.

Aprovecho su buen humor para preguntarle si puedo coger un poco de fruta de la nevera y responde que sí. Cargado con cuatro paquetes de galletas, una botella de agua, dos manzanas, una pera, dinero y ropa de abrigo, abandono mi casa sin despedirme de mamá. Seguramente esté demasiado ocupada para perder su valioso tiempo con carantoñas y empalagos.

Me alejo un par de manzanas antes de llamar a un taxi, y cuando me subo a él y le digo al conductor a dónde deseo que me lleve. El hombre me mira extrañado y me pregunta si estoy seguro de querer ir allí.

—Eso está a cuatro horas de aquí, chico —me dice, asombrado— ¿Ya tienes dinero para pagarme el viaje?

—Sí, señor.

Poco decidido pero sin poderse negar a ello, el conductor emprende el viaje hacia la mansión.

Mientras viajamos, me pregunto a mí mismo qué será de mi familia si no vuelvo. La imagen de mi madre tirada en la cama, chupada y ojerosa, choca en mi memoria. Imagino a Irina sola, porque ya no me tendría a mí... Y, si bien Rose las cuidaría a las dos, desconozco si se mantendría fuerte para ayudarlas a seguir adelante. Mi madre, seguramente, se recuperaría para volver al trabajo. Irina sabría que jamás volvería a recuperarla, ni a ella, ni a mí, ni a papá. ¿Superaría eso?, ¿la soledad?

Es una niña... todavía le quedan tantísimos años por delante que terminaría adaptándose. Además, Rose llamaría a tío Albert. Tal vez se fuesen a vivir juntos a la mansión, aunque no sé si el trabajo de mi madre lo permitiría.

¿Y si regreso? Mamá sería la mujer de antes, esa mujer radiante y repleta de felicidad que se dejaba la piel por cuidar de sus pequeños hijos y hacer feliz a su marido. Rose estaría en nuestras vidas, lo sé, porque no permitiría que se distanciase de nosotros. Iría a buscarla yo, personalmente, si llegado el momento fuese necesario... Y mi hermana crecería feliz; tendría una infancia repleta de ilusión.

Esas dos imágenes que mi cabeza ha esbozado en segundos son tan absolutamente dispares, que me pregunto si no será mejor que la cosa se quede donde está; en un término medio. Y a pesar de que hay tantísimo que perder,

lo que puedo recuperar no tiene precio.

Cuando alcanzamos nuestro destino vacío la mochila en el asiento y le entrego cada moneda que poseo al conductor.

—¿Es suficiente? —pregunto. Si no lo es, no sé con qué le pagaré.

El hombre me analiza de hito a hito, dubitativo.

—¿Qué vas a hacer aquí? No hay nada.

Me giro y señalo el tejado de la mansión de tío Albert, que se puede observar entre los huecos que dejan los árboles. Una de las chimeneas centrales despidе humo al exterior y la imagen de Alice cocinando un estofado aparece en mi mente.

—Esa es la casa de mi tío —respondo, pensando que con eso será más que suficiente para apaciguar su curiosidad.

—¿No quieres que te suba hasta arriba?

Me observa desde el retrovisor interior con el ceño fruncido. No parece muy convencido con mi explicación.

—Gracias, señor, prefiero ir andando.— respondo.— es muy amable por su parte.

El hombre se despide de mí y camino sin decisión hacia el andén. Todavía es pronto y la aguja del reloj queda muy lejos del trencito. Aún así, me alegro de estar aquí.

En media hora me sorprendo tiritando y muerto de hambre. Saco la cazadora de la mochila, me abrigo, y me prohíbo tocar la fruta y las galletas. Si me las como ahora, no tendré nada durante el viaje.

Pocos minutos después, vuelvo a ver las parpadeantes lucecitas flotando a mí alrededor y las tripas me gruñen... Hoy no he comido y ni siquiera soy capaz de deducir cuántas horas he dormido estos últimos días. Lo único que sé es que han sido pocas, muy pocas.

—Chhhsssss. Chssss...

Un chasquido distrae mi estado aletargado y me incorporo de un salto sin saber qué esperar. ¿Un animal?, ¿Tal vez al tío Albert?

—Te echaba de menos...

Es Ruth. Va vestida con un vestido primaveral azul, repleto de flores fucsias y con adornos extravagantes. A pesar de estar rodeada de nieve, camina hacia mí en tirantes y sin medias, demostrándome que el frío no logra alcanzarla.

—¿Qué haces aquí?— le pregunto, sorprendido.— ¿No tienes frío?

—No, Jake, no tengo frío. Creo que soy un producto de tu imaginación.— responde risueña. Tan directa como de costumbre.

—¿Me he quedado dormido?

—Creo que no... Sólo estás muy cansado.

—¿Estoy alucinando? —vuelvo a preguntar, sorprendido.

¡Muy bien, Jake! Estos son los efectos secundarios de una alimentación desequilibrada y de una rotura del sueño, me dice mi cabeza.

—Sí, estás alucinando.

Ruth se sienta a mi lado y se acurruca junto a mí, igual que en el coche patrulla.

—No sabía que las personas alucinadas avisaran de que no son reales — le digo, divertido.

A pesar de que su cuerpo no desprende ningún tipo de calor, me alegro de tener compañía. Sea real o no.

—Bueno, creo que no soy una alucinación normal —ronronea, mientras me guiña un ojo—. Tengo hambre, Jake.

No puedo evitar soltar una carcajada... ¡Hasta en mi imaginación tiene que pedirme comida!

—Como no eres real, no puedes comer. Si no te daría uno de los paquetitos de galletas.

—Gracias por el detalle.

Ruth me besa la mejilla y esta vez no noto la calidez de sus labios. Creo que la echo de menos de verdad.

—Tengo que irme, Jake —anuncia— mucha suerte en tu viaje, sé que lo harás bien.

—La voy a necesitar.

Sin decir nada más, la chica de los colores vivos se levanta y se pierde entre el espesor de la blanquecina nieve. Cuando quiero darme cuenta, la soledad de mí alrededor ya ha desaparecido. El tren está alcanzando el andén.

Todas las dudas que tenía al respecto —sobre el viaje— han quedado completamente disipadas después de mi encuentro con Ruth. Eso era lo que necesitaba, apoyo. Que alguien me desease suerte. Había esperado que esa persona hubiese sido tío Albert pero... Creo que él siente miedo por mí.

Con paso firme, camino al frente y espero a que el tren se detenga. El

hombre bigotudo de los billetes dorados repite lo mismo que siempre: se baja del tren, agita las campanillas y... Esta vez me dice algo diferente:

—Sabía que vendrías.

Sonrío, porque no tengo palabras para contestar.

El hombre de los billetes nunca me ha caído especialmente bien; tiene algo que no me gusta. La sonrisa maliciosa, la forma de mirar... Aunque por una vez, me alegro de que hable. El también parece confiar en mis habilidades.

Por primera vez, no le pido ningún billete porque ya tengo sobre mi temblorosa mano el de papá. Se lo muestro fugazmente, como si temiese que me lo robaran y, sin demorarme en absurdecas, me subo a bordo.

—¡Espera! —me grita el bigotudo—. Vuelve aquí.

¡No! ¿Qué pasa? ¿Por qué no puedo subirme?

—¡Un trato es un trato!— exclamo indignado.

—Lo sé... Pero tu padre viene en paquete —bromea, divertido, mientras arranca un billete dorado y me lo entrega—. Está atrapado con una persona que no salvó.

Las dudas sobre su “muerte” instantáneamente quedan eliminadas. Atrapo el segundo billete y, sin dudar, me subo a bordo. Mi subconsciente sabía que tendría que salvar a alguien más desde un principio, que no iba a ser tan sencillo como parecía.

—Esta vez vas a necesitar tener la suerte de tu parte, Jake.

Me sorprende que el hombre bigotudo recuerde mi nombre. Sonrío y le dejo atrás, mientras busco los ojos azules que papá me regaló.

A pesar de tener el billete en la mano, de haberlo tenido tanto tiempo en mi poder, me doy cuenta de que todavía no sé en qué número está sentado papá. Me da igual, ni lo miro... Porque para mí no es un número ni un alma. Es una persona; una a la que quiero recuperar con todo mi corazón.

He estado tanto tiempo sentado entre las tinieblas de la noche esperando al tren, que mi vista se ha adaptado a la escasa luminiscencia y, a pesar de que las luces todavía no se han encendido, puedo observar con perfección lo que me rodea.

Me lo encuentro, sonriéndome, en uno de los asientos del medio. Sus ojos han quedado cubiertos por una translúcida capa de agua salada. ¡Me ve! ¡Me está viendo y me ha reconocido!

No puedo evitar echar a correr a sus brazos y él me recibe con un fuerte

abrazo. Nos fundimos, el uno con el otro, hasta que me doy cuenta de que tengo un número más al que ayudar.

Papá no me suelta pero decido que, a pesar de la añoranza y la felicidad que siento, tengo que comportarme con prudencia y comprobar quién es el otro afortunado al que debo socorrer. El número catorce.

—Es ella, hijo, la chica que no conseguí salvar —me explica papá.
¡Su voz! ¡Es tal cuál la recordaba!

Tengo que controlarme para no volver a saltar a sus brazos y dirigir mi mirada hacia la chica que tenemos en frente.

Va vestida con un hábito y tiene el rostro empalidecido.

—¿Cómo se llama? —pregunto, curioso. Por alguna razón, no me atrevo a dirigirle la palabra.

—Estás tan mayor, Jake — responde en tono dulzón—. Se llama Angélica.

—¿Cómo murió?

Me pregunto si el tren nos dejará a los dos en la misma estación, si papá se bajará de él conmigo o si tendré que pisar tierra en solitario e ingeniármelas para encontrarle.

—Se suicidó —responde él, entristecido —no pude impedirselo.

—¿Por qué?

—No lo recuerdo, hijo —susurra— lo siento.

Me quedo mirando su camiseta del Liverpool, sus pantalones pesqueros... Está tan igual, que parece que nunca se marchó. Él pone la mano sobre mi rodilla, con la otra me levanta la barbilla y musita con lentitud en mi oreja que, una vez terminada la misión, jamás volveremos al tren.

—Me parece bien —acepto, encantado.

Pero según pronuncio esas palabras el sentimiento de culpa se apodera de mi garganta y no puedo decir más. Hay tantas personas a mí alrededor, tantísimas almas... Y todas ellas tendrán familia, amigos y gente que las quiera. Si me sigo subiendo al tren, podría salvarles; o por lo menos intentarlo.

—Promételo —repite, al ver la expresión de mi semblante—. Promete que cuando regresemos a casa, no volverás al tren.

Pienso en Ruth, en Gabriella, en Randall Miller y en la chica pelirroja del camisón cuyo nombre no fui capaz de averiguar. Decido llamarla Cosette en mis recuerdos porque es el único nombre que tengo asociado a ella.

—Jake, promételo —insiste cabizbajo.

Asiento con la cabeza, para hacerle feliz, aunque no lo pronuncio en voz alta.

Para distraerme, procuro concentrar mi atención en Angélica. No es una chica muy agraciada, pero tampoco se la ve bien conservada a pesar de su juventud. Tendrá entre dieciocho y veinte años, el pelo moreno, los ojos marrones enterrados entre unas inmensas ojeras moradas y la piel blanquecina. Parece algo regordeta, pero sus atuendos tampoco me permiten observarla con claridad.

—Próxima parada... ¡Londres! —grita el bigotudo de los billetes mientras agita enérgicamente sus campanillas.

—Bien, Inglaterra —suspiro.

Papá me besa la frente y me agarra de la mano, como cuando era pequeño. No puedo evitar volver a sentirme un niño que anhela el amor de su padre hasta que el tren comienza a disminuir la velocidad y recuerdo que esto no lo estoy haciendo sólo por mí. Mi hermana pequeña sí es una niña que necesita a sus padres.

—Por si no lo consigo, papá... Irina y mamá te echan mucho de menos —balbuceo. Estoy haciendo enormes esfuerzos por no llorar—. Y Rose ha cuidado de nosotros, quería que lo supieras.

Él me abraza, pensativo, aunque no me responde hasta que el tren se detiene por completo y el hombre bigotudo me apremia para que me levante.

—Juntos lo conseguiremos, hijo.

Sonrío con tristeza.

¿Por qué estoy triste? ¿Por qué me siento tan extraño? Debería de estar feliz, ilusionado.

Antes de que papá desaparezca de mi campo de visión, le digo adiós con la mano y él me responde, con lágrimas en los ojos, que me quiere.

El revisor no vuelve a desearme suerte. Sencillamente se queda callado, inmóvil, observando la tierna escena que acaba de tener lugar en el vagón que él vigila.

Cuando estoy en el exterior y el tren ya ha desaparecido, contemplo mi entorno sin dar crédito a lo que mis pupilas observan.

—¡Papá!— exclamo exaltado.

El hombre que tiene mis ojos y viste con una camiseta de su equipo favorito, se queda pasmado mirándome, con el semblante envuelto en terror.

Camina hacia mí mientras susurra “no, no puede ser”, y yo me lanzo en sus brazos como si no le acabase de ver en el tren.

—¿Qué narices haces aquí, Jake? —pregunta, anonadado— ¡No puede ser...!

—Papá, cálmate— bisbiseo con un tono de voz suave y tranquilo. Uno de los dos tiene que mantenerse sosegado—. Estoy aquí para ayudarte. Antes de poder explicarle más, mi padre se echa a llorar como un niño pequeño.

—Esto significa que no lo voy a conseguir...— musita, apretándome con fuerza contra él.

—No, papá. Esto significa que no lo lograste, pero que, ahora, lo podemos conseguir. Juntos, papá —repito, sereno—. Regresaremos a casa juntos.

Tarda varios minutos en poder soltarme y cuando ya está calmado, vuelve a repetirme todo lo que me acaba de decir en el tren: “estás enorme, hijo mío”, “qué mayor estás”, “casi no te reconozco”... Yo me río con nerviosismo y sí, me permito tomarme un respiro y disfrutar de la felicidad que siento. Vuelvo a explicarle que mamá e Irina le echan de menos, que Rose, a pesar de su enemistad con él, ha cuidado de su mujer y de sus hijos.

Hablamos de tantas cosas durante tanto tiempo, que no puedo evitar empezar a preocuparme por la hora y por Angélica.

—Hace menos de diez minutos te he dado un beso de buenas noches y te he tapado con las mantas —me cuenta extrañado— y no eres tan alto, hijo. Todavía me llegas por aquí —se ríe, mientras coloca la mano por la altura de su ombligo.

—Papá, tenemos que ayudar a Angélica antes de que transcurra el tiempo — señalo con seriedad.

Cuando regresemos a casa, tendremos el resto de nuestras vidas para estar juntos.

—Está bien —responde— sé que vive en ese convento de ahí y que está embarazada. No recuerda cómo murió.

—Se suicidó —respondo con tristeza— me lo acabas de contar en el tren. Recuerdo a ver visto a la chica un poco regordeta, pero no tenía tripa de embarazada. Doy por hecho que en estas doce horas da a luz o que, cuando la he visto, tan sólo llevaba unos pocos meses de embarazo.

Papá se para en seco y frunce el ceño.

—Me ha dicho que era muy feliz...

No respondo.

Cuando yo la he visto estaba tan pálida... Parecía cualquier cosa menos feliz.

A pesar de que el dinero ahorrado que llevaba encima me lo he dejado en pagar al taxi, mi padre va bien provisionado y decidimos parar en una cafetería a tomar un refresco mientras planeamos la mejor manera de entrar al convento.

Va a ser difícil, muy complicado.

Papá me explica que en esos “centros” sólo puede haber mujeres y que rara vez se les permite salir de él o recibir visitas, así que, no sabemos cómo nos las vamos a apañar.

Mientras me trago mi segundo refresco de cola y papá y yo charlamos como hacía años que no hacíamos, saco los paquetitos de galletas y los devoro todos con mucha ansia.

Sentado en una pequeña cafetería londinense, somnoliento pero con el estómago lleno y junto a mi padre, me siento genial, feliz e ilusionado.

A pesar de que la lluvia ha decidido darnos un respiro y de que el sol brilla con resplandor, hace frío. Muchísimo frío. Me alegro de haber escogido las botas en vez de las deportivas, porque con el forro interior mis pies se mantienen calentitos, y agradezco el refuerzo de la cazadora sobre mis hombros.

Papá me dice que no sabe muy bien cómo enfrentarse a “la panda de monjas” que nos esperan y, a pesar de que intenta bromear diciendo que “le encantaría saber cómo actuó la primera vez para no cometer los mismos errores que en el pasado”, sé que está muy preocupado.

No había comprendido la presión que él tiene encima hasta que ha apretado con fuerza mi hombro mientras caminábamos, como si procurase protegerme de lo malo que nos deparará el día.

Ahora no sólo tiene que preocuparse por volver sano y salvo a casa, también tiene que asegurar mi regreso. Lógicamente, eso le asusta.

Cuando alcanzados la puerta principal del convento y dejamos atrás la muralla que lo resguarda, papá aporrea repetidas veces la puerta sin obtener respuesta a cambio.

—¿Qué hacemos? —pregunto con nerviosismo.

Saco el reloj del bolsillo y observo, inquieto, la aguja que lo decora; todavía hay tiempo de sobra.

—¿Sabes que yo ayudé a tío Albert a construirlo?

—No, no lo sabía —respondo anonadado— ¿le ayudaste?, ¿por qué sólo pusisteis una aguja, papá?

El roñoso engranaje de la puerta del convento chirria cuando alguien la abre y nos saca de nuestra conversación.

—¿Qué desean? —nos pregunta una monja con cara de pocos amigos.

—Disculpe, señora, venimos a visitar a Angélica Guzmán.

—¿Qué sucede, hermana? —pregunta una segunda mujer, que ha aparecido de fondo tras la primera.

—Estos señores quieren visitar a Angélica.

—Lo siento, hoy no será posible —anuncia la segunda mujer, cortante, mientras cierra la puerta sin decir adiós.

Papá mete el pie entre la ranura del marco y la puerta y ahoga un gritito cuando la monja se lo aplasta.

—¿Puede explicarme por qué no será posible? —interroga él, decidido.

¡No, no, no! ¿Ha muerto?, ¿ha muerto ya?

—Porque en estos momentos, está dando a luz —anuncia la primera monja.

Suspiro aliviado. ¡Menos mal!

—Por favor, hermana Bonnie, regrese a sus tareas. Yo me encargo de esta gente.

La monja abre la puerta de par en par sin invitarnos a pasar. Papá tiene un gesto serio, decidido, plantado en su semblante y me pregunto qué estará tramando para poder ver a la chica.

—Con más razón deseamos visitarla ahora, hermana. Esperábamos que todavía no naciese el bebé —miente.

—Soy la madre superiora, y sintiéndolo mucho, les tengo que repetir que no se encuentra en condición de recibir visitas.

—A pesar de que comprendo perfectamente sus palabras, insisto. Deseamos verla en estos momentos. Es de vital importancia.

La monja frunce el ceño y suspira con desesperación. Parece ser que papá tenía razón; no somos bienvenidos entre estas paredes.

—¿Vital importancia? —repite— ¿Quiénes son ustedes?

—Soy el tío de Angélica, Ray, y este es mi hijo, Jake. El primo de Angélica.

Parece creernos, pero todavía no se la ve dispuesta a dejarnos entrar.

—¿Qué asuntos les trae al convento?— pregunta, curiosa.

—Mi hermana, la madre de Angélica, falleció ayer tras padecer una larga enfermedad. Venimos a comunicárselo a mi sobrina —cuenta, aparentemente conmovido por el trágico suceso.

Papá es bastante buen actor, la verdad.

—¿Y piensa que éste es un buen momento para que la muchacha reciba la noticia? ¡Madre de Dios! —exclama, sumida entre la indignación y el asombro.

—Señora, debe saberlo. Está en su derecho de ser informada.

La mujer vuelve a suspirar; su desesperación está en aumento. Yo me mantengo, inmóvil, agarrado a la mano de papá, en silencio.

—Está bien. Se lo comunicaré personalmente.— accede la madre superiora.

—No señora, creo que esas noticias deben de ser notificadas por un familiar.

—¡Nosotras también somos su familia! —replica con rabia—. No es un buen momento, regresen mañana.

La monja vuelve a cerrar la puerta y papá repite su último acto, introducir el pie para impedir que encaje.

—¡Basta ya! —grita ella— ¡Están en la casa de Dios, señores!

—No sólo queremos hablar ese tema, señora. Hay algo más que quisiéramos tratar con usted.

—¿Y qué más quieren tratar? —pregunta, asomando la cabeza por la rendija de la puerta.

—Queremos saber a dónde van a mandar a mi primito —hablo por primera vez, dudoso.

Papá aprieta mi mano en señal de aprobación.

—Ese tema quedó zanjado con el padre de la criatura, creo que no hay nada más que hablar.

—Sí que lo hay. ¿A dónde se le llevará? —insiste papá.

—Será entregado a una familia que pueda cuidar como es debido de él.

La mujer vuelve a abrir la puerta, cabreada. Parece estar a punto de estallar.

Las piezas del puzle, poco a poco, comienzan encajar. Apostaría cualquier cosa a que Angélica no sabe lo que harán con su bebé, y que, al descubrir que se le ha sido arrebatado contra su voluntad, se suicidará.

La cosa no pinta bien.

—Nosotros nos haremos cargo del bebé —dice mi padre, convencido.

¿Cómo vamos a hacernos cargo de un bebé?

La monja se prepara para protestar cuando otra mujer, vestida con atuendos similares pero más juveniles, la sorprende para comunicarle que “el niño ya ha nacido y está muy saludable”.

Pocos segundos después la puerta del convento está a rebosar. Los padres que acogerán al bebé han acudido a conocer al niño y, la monja discute acaloradamente con papá mientras la otra chica me observa anonadada.

—¡El bebé se queda con nosotros! —exclamaba papá, que parece estar perdiendo el control y la tranquilidad.

—¿Cómo que este señor se quedará con nuestro hijo? ¡No puede hacer eso! —protesta la madre adoptiva.

Es una pareja joven, bien vestida, que parece poseer una buena suma de dinero en sus cuentas bancarias. El hombre, inquieto, abraza a su mujer por la cintura y la calma con un beso en la mejilla.

—No te preocupes, cariño, solucionaremos esto —le dice, procurando tranquilizarla.

—La madre del bebé quiere quedarse con su hijo. Soy su tío, Ray —se presenta papá—. Y éste es mi hijo Jake.

La pareja adinerada ignora a papá y lanza una mirada furiosa a la monja mayor.

—La madre de ese bebé soy yo —alega, indignada— es nuestro hijo y no saldremos de aquí sin él.

—¿Y qué le dirán a mi sobrina? —pregunta papá, cabreado— ¿qué historia se inventarán?

—Su sobrina, con perdón de mi vocabulario, es una golfa que no ha

sabido controlarse. Una muchacha de diecisiete años no puede hacerse cargo de un bebé.

—Exacto —afirma el hombre adinerado—. Nosotros le daremos un buen hogar y una buena familia en la que crecer.

—¡Nosotros nos haremos cargo del bebé! —protesta papá—soy una persona adulta, que cuida de su mujer, sus hijos y que tiene un buen sueldo para alimentar a la criatura. Si mi sobrina decide quedarse con su hijo, nos haremos cargo de él. ¡Y de ella también si es necesario!

La chica adinerada suelta un gritito y se echa a llorar desconsoladamente.

—¡Esto no puede ser verdad! —exclama, mientras esconde su rostro en el torso de su marido— ¡No pueden quitarnos a nuestro hijo!

—Le repito, señora, que no es su hijo —suelta papá.

—¡Basta ya! —sentencia la monja, enfurecida y fuera de sí misma—. Entremos dentro y hablemos como personas civilizadas, por favor.

Aunque decidan no quitarle a Angélica el niño, ¿cómo pretende papá resolver esta situación?, ¿cómo pretende hacerse cargo de la chica y del bebé? No tiene sentido. Siento que sólo estamos empeorando las cosas en vez de mejorarlas.

Sí, acordar con la monja será complicado... Pero deberíamos convencerla para que la chica pueda quedarse con su niño y no revolver demás el asunto.

Cuando entramos a dentro, la pareja adinerada intenta sobornar a papá para que se esté callado y él amenaza con llamar a las autoridades. El ambiente está caldeado y no cesan de discutir ni para coger aire.

—Llame a las autoridades si lo desea— ríe— usted no es ni padre ni madre ni tutor legal de la muchacha, así que no tengo obligación de dejar que la vea.

—Pero están robándole a su bebé —exclama papá, hecho una furia— ¿cree que eso no les interesará?

La discusión continúa y yo escucho, callado, cada detalle que se debate mientras observo como la aguja avanza para alcanzar al trenecito.

Mientras la mujer llora, la monja grita, el hombre adinerado insulta indignado a papá y se arma un jaleo tremendo que parece que jamás alcanzará final, una chica, también vestida con hábito, aparece de pronto en mitad de la habitación, con expresión de horror.

—Madre... la necesitamos... Angélica...

Está tan impactada que la pobre no puede ni hablar.

Papá y yo cruzamos una mirada repleta de terror sin saber a qué aferrarnos.

—¿Qué le pasa?— pregunta la monja— ¿Qué ha pasado?

—Debería de acompañarme, por favor —suplica la recién llegada, sin casi ni poder hablar.

—Espérenme aquí, señores —nos pide, mientras se levanta y camina detrás de la asustada muchacha.

Papá también se levanta para salir tras ellas y yo le sigo muy cerca, aterrorizado. Sé lo que vamos a encontrarnos... Si Angélica no está muerta, estará a punto de morir.

Nos conducen hasta la azotea que forma el tejado del convento y nos encontramos a la chica del tren con un camisón ensangrentado, amenazando a gritos con saltar al vacío si no se le devuelve a su hijo.

—¿Qué ocurre aquí?— interroga la madre superiora, asombrada.

—No se cree que el bebé naciese muerto —explica la asustada chica que ha acudido a la habitación—. Asegura que al nacer, le escuchó llorar.

Papá fulmina con la mirada a la monja con la que ha discutido.

—¡Es usted repugnante!— exclama con rabia.

La mujer parece haber palidecido tres tonos por lo menos desde la primera vez que nos recibió.

—Jake, haremos una cosa, ¿vale? —me dice papá— es probable que esa pareja se lleve al bebé mientras estemos distraídos, es muy probable... Recupera al niño y tráeselo a Angélica. ¿Podrás hacerlo?

Ni siquiera sé cómo hay que coger a un bebé, ni dónde lo tienen escondido.

—Sólo tienes que seguir a los dos tipos ricos— susurra— ¿Podrás hacerlo?

—Está bien, papá. Lo intentaré.— acepto, dubitativo.

—Yo me quedo con Angélica. Intentaré hacerla entrar en razón.

Abrazo con fuerza a papá y después nos separamos. Espero que logre persuadirla.

Me apresuro escaleras abajo hasta dar con la habitación donde había tenido lugar la disputa. Como mi padre había precedido, la pareja adinerada ha desaparecido y el cuartucho está desierto.

Deambulo por los largos y retorcidos pasillos del convento sin saber qué hacer o a dónde dirigirme hasta que el exasperante sonido de un llanto alcanza mis oídos. ¡Es un bebé!

Acelero en su dirección, lo más rápido que puedo, y cuando lo alcanzo es demasiado tarde. La chica adinerada lo balancea en sus brazos mientras le susurra una nana, intentado calmarle.

Cuando me ven, el matrimonio y la hermana que les ha entregado el niño se quedan en silencio, mirándome.

—Cuidaremos bien de tu primito —promete.

¡No pueden llevárselo! ¡Angélica no puede morir! ¡No se pueden llevar al niño!

—Señora...— balbuceo entrecortado.

¿Qué digo?, ¿qué puedo hacer para recuperar el niño? No quiero fallar a papá. No quiero quedarme encerrado en este tiempo, en esta vida, en este lugar. No quiero que una chica inocente se suicide. No quiero que Irina me pierda... ¡Irina!

—¿Qué quieres, chico? —pregunta la hermana.

—¿Podría despedirme de él? —pregunto, porque es lo primero que se me ocurre. Necesito ganar tiempo—. ¿De mi primito?

El hombre adinerado frunce el ceño, desconfiado, pero la chica asiente sonriente y me dice que sí.

—Estira los brazos, voy a enseñarte como cogerlo —me dice.

¿Me va a dejar cogerlo? ¡Bien, Jake, prepárate para correr! Hago lo que ella me dice y deposita al pequeño entre mis brazos. ¡Qué pequeño es!

—Así, ¡muy bien! —exclama la mujer— ¡mira, está sonriendo! Va a ser un niño muy bonito, ¿verdad, amor?

No escucho la respuesta del marido porque, cuando empiezo a correr, moviendo las piernas lo más rápido que puedo, el bebé comienza a gritar y llorar enloquecedoramente enmascarando el resto de los sonidos que puedan haber a mi alrededor.

Cuando alcanzo la azotea, exhausto por el esfuerzo físico que acabo de sufrir, perseguido por la pareja, la monja, y con el bebé berreando... ¡Mis ojos son incapaces de creer lo que están viendo!

La desesperación es notable en el brillo de sus ojos. No es consciente de lo que hace, aunque los actos precipitados siempre conllevan algún tipo de locura de la mano.

Papá está a su lado, susurrando con voz calmada que le escuche, que se

detenga a pensar en su futuro. Pero no, ella salta, sin mirar atrás, sin pensar en las consecuencias, sin saber si su hijo, de verdad, nació muerto o no.

No le importa nada porque lo que más anhelaba en este mundo le ha sido arrebatado a la fuerza. Su vida, su cachito de ser... su hijo. Me imagino qué no haría papá por mí y no soy capaz de responderme. Supongo que no existe la respuesta.

Cuando la veo dar el salto, las rodillas me tiemblan y la pequeña Irina vuelve a mi cabeza. Y mientras se prepara para dejar el mundo y decirnos adiós, un acto de indecisión le entorpece el gran final. Ha escuchado el llanto del bebé, sí. Sabe que su hijo está vivo; que no está loca. Que ella tiene razón. Esa pequeña indecisión, esa diminuta duda que vuela unos segundos por su cabeza, hacen que papá tenga el tiempo suficiente para reaccionar con rapidez, agarrarla de la mano y evitar que caiga al vacío.

Ahora mi padre está en el suelo, con medio cuerpo en el aire y soportando el peso de otra persona con sus brazos. Instintivamente, echo a correr hacia ellos pero me detengo acto seguido; con el bebé en brazos no voy a poder socorrerles.

—¡Qué alguien les ayude! —chillo, asustado.

Una de las monjas se tira encima de papá y le ayuda a subir a la chica. Los dos quedan agotados, en el suelo, tirados bocarriba. Pero Angélica saca fuerzas para levantarse y venir hacia mí.

—¿Es mi hijo?— me pregunta, llorando desconsoladamente.

—Sí —afirmo yo. No sé qué más decir.

Lo coge en brazos sin titubear. Tanto ella como el bebé, son un mar de lágrimas que no quieren recibir consuelo.

Sonríó ilusionado porque, a pesar de todo, Angélica recuperará lo perdido. Igual que yo.

Regresamos a casa... ¡Juntos!

A pesar de que el tiempo junto a papá avanza con demasiada rapidez, no sé si el tren decidirá regresar a la estación alguna vez. Nos sentamos juntos a esperar y no mediamos palabra. No hay nada que decir; tanto él como yo, deseamos retornar nuestro viaje al hogar.

Está claro que no recuerda la promesa que le hice de no regresar jamás, pero yo no consigo olvidarla. Me pregunto una y otra vez qué hubiese sido de la chica que bauticé como Cosette, de la familia del corrupto Miller... Y qué habría sido de mí sin conocer a Ruth. No puedo evitar imaginármela con sus colores vivos, gritando emocionada: “¡lo has conseguido, Jake, lo has conseguido!” y saltando a mis brazos para regalarme un beso en la mejilla. Sonrío al pensar en ella.

Port Isaac, el pueblucho pesquero. Cueste lo que me cueste, regresaré para volver a verla.

Como era de esperar, el tren de los disfraces aparece a las doce de la noche. Ni un minuto antes, ni un minuto después. En realidad no se retrasa ni siquiera un segundo.

Papá y yo nos subimos a él y esperamos, junto al hombre bigotudo, a que las luces regresen.

—Me alegra saber que estás de vuelta, Ray —le dice el de los billetes dorados— y tú también, chico.

Papá le sonrío sin demasiado entusiasmo y, cuando las luces regresan, nos sentamos en nuestros correspondientes lugares con un terrible cansancio dibujado en nuestros rostros.

—Papá, cuando llegemos a casa, si la tía Rose no está con nosotros..., ¿podemos llamarle? —pregunto esperanzado— Irina y yo la queremos mucho.

—Claro, hijo. Llamar a Rose será lo primero que hagamos, si eso te hace feliz —me responde con un guiño de ojo.

Las irritantes campanillas suenan y el bigotudo anuncia que el destino está próximo a llegar.

—Volvemos a casa, por fin —señala él— ha sido una noche muy larga, cariño.

—Han sido unos años muy largos —objeto, remarcando con interés la palabra “años” y recordando cuánto de nuestras vidas se ha perdido papá.

Me abraza sin decirme nada, porque no es capaz de comprender lo que le quiero decir. Para él, hace doce horas que me ha dejado en la cama.

—Promete que no volverás a irte, por favor.

—Te lo prometo, Jake —asegura de la misma, sin dudar—. Jamás os dejaré.

El tren comienza a disminuir su velocidad y, en pocos segundos, está completamente inmóvil frente al andén de la casa de tío Albert.

Papá y yo nos lanzamos una mirada de complicidad y, agarrados de la mano, caminamos hacia la salida para tomar tierra.

—Ray, lo siento pero..., ésta no es tu parada —señala el bigotudo mientras agarra a mi padre del brazo—. Este tiempo no te pertenece a ti.

—¿Qué? —pregunto anonadado.

¿Por qué no deja que papá se baje conmigo? ¡Le he salvado! ¡Hemos cumplido la misión con éxito!

—¿Qué pasa? —protesta mi padre, asombrado.

—Tú no te bajas aquí, te bajas en la siguiente —repite el revisor.

—¡No! ¡Él se baja conmigo!

Mi padre sonrío, aparentemente convencido con las palabras del revisor.

—Estás grande, Jake. Muy grande —me dice, mientras me achucha con fuerza contra él—. Parece que he estado años sin verte. Te veo ahora, y no soy capaz de recordar nada de los años que me faltan. No recuerdo tu décimo segundo cumpleaños, ni el décimo tercero... No recuerdo qué te regaló tío Albert las navidades pasadas ni qué tarta hizo mamá para la cena de noche buena. Faltan tantas cosas en mis recuerdos... Y todas son importantes. No puedo perderme las, hijo mío. Quiero vivirlas todas, quiero estar contigo cada día de tu vida.

—Pero...—musito lloroso— pero...

—Cuando te bajes del tren, yo te estaré esperando—promete— y no sólo seré capaz de recordar este momento de nuestras vidas, sino cada segundo de ellas que queda en el pasado. ¿Vale?

—Vale, papá —respondo, sin comprender la totalidad de sus palabras.

Me bajo del tren, solo, y veo como éste se aleja sin dejar rastro alguno de su paso por el mundo. Sin decir adiós.

Tengo un terrible nudo en el estómago y las ganas de vomitar comienzan a tornarse insoportables. Me resisto lo mejor que puedo y camino hacia la mansión de tío Albert con paso ligero. Tengo que contárselo; necesito decirle que he salvado a papá.

¿Por qué no han dejado que se bajase conmigo? ¿Le dejarán en otra estación?

¿En otro lugar, tal vez?

A las ganas de vomitar se le suma la respiración entrecortada de la ansiedad que oprime mi ser. ¿Y si todo es una triquimaña del hombre bigotudo?, ¿tendrá pensado soltar papá? Algo en él, en su sonrisa, en su mirada... no me ha terminado de convencer.

Cuando aporreo con ansia la puerta de la mansión, una Alice desaliñada y con camisón me recibe con bostezos y ojeras.

—Seee...señor...¿señorito Jake? —tartamudea asombrada— ¿Qué hace aquí?

—¡Oh, Alice, no me llames señorito! —me quejo, mientras me recupero de la caminata y controlo con esfuerzo mi descompensada respiración—. Tengo que ver a mi tío.

—¿Alice?, ¿sabe mi nombre?

Me quedo a cuadros al escuchar su pregunta. ¿Cómo no iba a saber su nombre?

—¡Claro! Tú nombre, el de tus cuatro independizados hijos y el de media parte de tu familia —me río.

La regordeta de Alice se queda asombrada, mirándome.

—¿Albert le ha hablado de mis hijos? —me pregunta, completamente anonadada.

Aquí pasa algo raro.

Tengo tanta prisa por hablar con tío Albert, que decido dejar “la poca memoria” de Alice para tratar en otro momento y, sin decirle nada más, echo a correr escaleras arriba hacia la habitación de mi tío.

Aporreo la puerta con fuerza repetidas veces. No hay respuesta.

Estoy tan, tan nervioso, que no consigo controlarme e irrumpo en la habitación. Tío Albert salta de la cama, asustado por mi intrusión, y enciende de lámpara de su mesilla.

—¿Jake? ¿Eres tú? —me pregunta él, petrificado— ¡qué demonios haces aquí, muchacho!

—Tío Albert... No te lo vas creer —comienzo, exaltado y nervioso—. Regresé en taxi con mis ahorros y me subí al tren... ¡Estaba papá! El hombre de los billetes no me engañó, me dio su asiento y viajamos juntos para salvar a una chica pero... ¡No le han dejado bajarse! ¡Lo han retenido!

—¿Qué demonios me estás...?

—¡Han dicho que éste no era su tiempo, tío Albert! ¡Tenemos que encontrarle! —interrumpo, despertando a toda la mansión.

Stephan aparece con rapidez en la habitación de mi tío y éste le dice que regrese a la cama, que no ocurre nada importante que deba perturbar su noche.

—Mi sobrino se ha fugado de casa —explica— llamaré a sus padres y nos iremos a dormir.

—¿Vas a llamar a mamá?— pregunto.

¡Estoy tan nervioso! ¡Teneemooooos que encontraaar a papaaaaaaaá!

—Sí, voy a llamarla. Seguramente estén preocupados.

Tío Albert se levanta, coge el teléfono y marca su número, ignorándome por completo.

—¿Buffy? Sí, soy Albert..., no, tranquila..., no, no llores, Jake está aquí, conmigo — dice él— ha venido hasta mi casa. Sí, será mejor que vengas. Bien, muy bien. Duerme tranquila, un beso.

—¿Qué dice mamá?

—Que te vayas a dormir, mañana será otro día... repleto de castigos. — bromea tío Albert.

No estoy de humor para divertirnos, aunque tampoco tengo ganas de discutir.

Me acompaña a mi habitación y cuando me quedo a solas, me acurruco bajo las mantas de la misma forma que lo había hecho días atrás. “Ésta es mi postura de la preocupación”, pienso para mí mismo.

He fallado. Le he fallado a papá, y también a Irina.

Cuando me despierto al día siguiente, me sorprende comprobar que he dormido más de doce horas. ¡Son las dos del medio día! Bajo apresurado las escaleras esperando encontrar a mi tío comiendo en la mesa del comedor y, para mi sorpresa, lo que encuentro es completamente diferente a lo esperado.

—¿Estarás contento con tus aventurillas, no, golfo? —me pregunta papá, mientras devora con ansia el riquísimo entrecot que Alice le ha preparado—. ¡Te parecerá bonito! Tu madre se ha pasado la noche llorando como una magdalena... ¡Gritando de todo! ¡Hasta ha logrado asustar al gato de los vecinos!

—¿Papá?

—Y la pobre de tía Rose ha llamado a todos, ¡todos!, los hospitales de la zona por si alguno te tenía ingresado, ¿te lo puedes creer? La pobre no sabía ni qué hacer para encontrarte, Jake. Ha llamado a los bomberos, la policía... ¡Menuda has armado, hijo!

—Papá...

Me siento a su lado, feliz. Él me mira con el ceño fruncido y, aparentemente, enfadado. Pero algo en el brillo de sus ojos me hace creer lo contrario; que está feliz.

Irina asalta en la cocina arrastrando a Rose de la mano y las dos me fulminan al instante con una salvaje mirada.

—¡Te parecerá bonito, Jake! —exclama Irina, indignada.

¿Me está regañando mi hermana pequeña?

—Bueno, bueno..., no nos enfademos, ¿vale? Lo importante es que estamos todos en casa, sanos y salvo —me defiende Rose.

—Tienes razón, aunque el sinvergüenza de él no se librará de un buen castigo —puntualiza mamá.

Sí, tía Rose tiene razón. Lo importante es que estamos todos en casa. Sanos... y salvos.

FIN

EPÍLOGO

Albert siempre había sido un hombre muy manitas. Esas navidades estaba dedicándolas a construir un reloj de bolsillo muy especial, que años después, terminaría regalándole a su sobrino Jake. Él no lo sabía, era imposible saber lo que el futuro le depararía.

Aquella tarde, grababa con delicadeza los dibujos que decoraban el exterior de la tapa del reloj, cuando una inquietud surcó su mente: ¿todo el mundo merecía una segunda oportunidad? Sonrió, pensando que sí. Todos y cada uno de los seres del planeta, merecían tener una segunda oportunidad. Y él era la persona que el universo había escogido para brindar esas segundas oportunidades. Él y su colega, Ray.

Pensó que jamás dejaría de viajar en el tren. En ese magnífico tren que le ayudaba a enamorarse de las personas y del mundo, que le enseñaba los rincones más escondidos del planeta y que le entregaba, sin quererlo, tanta felicidad. Y es que cuando una persona da, arriesga y se juega su propio destino por salvar el de los demás, recibe. Recibe mucho más de lo que entrega. Es una espiral; una de las tantas incoherencias del universo.

Ray se deslizó por el taller con disimulo y se colocó tras Albert. El reloj al que tanto tiempo habían dedicado, estaba a punto de ser finalizado.

—Una verdadera obra maestra —bromeó Ray, divertido, mientras la concentración del artista sufría una tremenda sacudida.

—¿No sabes llamar a la puerta?

—Lo siento, hombre... Pensaba que entre la familia, la intimidad quedaba anulada.

Ray siempre había sido un hombre muy risueño, muy bromista.

—¿Viajarás esta noche en el tren? —preguntó Albert, mientras procuraba retomar su trabajo.

—Seguramente —respondió su amigo, convencido— tu hermana me está saturando la cabeza, necesitareé despejarme de alguna manera.

Albert soltó una tremenda carcajada que hizo retumbar la habitación. Sí, Buffy

podía llegar a ser desesperante.

—Además, Rose me ha puesto la cabeza como un bombo. No para de criticarme, de provocarme y dice que si no me marchó yo, se marchará ella...

—No se lo tengas en cuenta —le calmó Albert— ya se le pasará, no te preocupes.

Ray suspiró, irritado.

—Necesito viajar esta noche. ¿Vendrás conmigo?

—Lo siento, colega, creo que hoy terminaré el reloj —sentenció, guiñándole un ojo a su amigo.

Con unas silenciosas palmaditas en la espalda, Ray se despidió de su amigo y abandonó al taller.

Dos horas después el reloj del *tren de la medianoche* estaba finalizado. El hombre miró la clavaba aguja pensando que, en aquel mismo instante, su colega se encontraba muy lejos de él, y a su vez muy cerca. La aguja señalaba un pequeño trencito que Albert había dibujado.

Se sentó, entusiasmado, en la mesa de trabajo. Esperó, esperó y esperó; y tras un exacto minuto, la aguja dejó de señalar el tren.

—Ray está de vuelta —exclamo en voz alta, deseando reencontrarse con él y para que le relatase su aventura nocturna.

Lo que nunca pensó, intuyó, se planteó, ni imaginó Albert era que cabía la posibilidad de que Ray no regresase. Aunque, pensándolo bien, no había de qué preocuparse... Todos tenemos nuestra segunda oportunidad.

SOBRE LA AUTORA

Haizea López es una joven escritora natural de Sopela (Vizcaya).

Con diecinueve años publicó su primera novela, "Prisionera de mi mente", dando comienzo a su carrera literaria. Le siguieron "Poveglia, la isla del no retorno" y "El veneno de Jane Ryan".

Con "El tren de la medianoche" nos presenta su primera obra juvenil, a los veintitrés años de edad.

Tiene varios premios literarios a su espalda, participa en diversas antologías y se describe a sí misma como una persona soñadora, llena de energía y de motivación.